



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Rada Verdecia, Iván Alonso

De obreros, buhoneros y vagabundos : dinámicas sociales en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Rada Verdecia, I. A. (2025). *De obreros, buhoneros y vagabundos: dinámicas sociales en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX. (Tesis de maestría). Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, Argentina. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/5558>*

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

De obreros, buhoneros y vagabundos: Dinámicas sociales en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX

TESIS DE MAESTRÍA

Iván Alonso Rada Verdecia

ivanrada95@gmail.com

Resumen

Se postula que, durante la primera mitad del siglo XX, el crecimiento económico e industrial de Bogotá no solo estuvo impulsado por la fuerza laboral proveniente de los núcleos de obreros, buhoneros y vagabundos, sino que también se vio significativamente influenciado por las redes de intercambio y cooperación establecidas entre estos grupos de origen migrante y los sectores comerciales emergentes en la ciudad. Esta idea sugiere que las interacciones entre migrantes y trabajadores urbanos facilitaron la adaptación de las prácticas comerciales y laborales, contribuyendo así de manera significativa al dinamismo económico y al desarrollo industrial de Bogotá en dicho período. Desde esta perspectiva basada en la historia social, con un énfasis

particular en las comunidades tradicionalmente marginadas, buscamos proporcionar una comprensión más completa y matizada del problema estudiado. Al enfocar nuestra investigación en los obreros, buhoneros y vagabundos, no solo se visibilizan sus contribuciones y luchas, sino que también enriquece nuestra comprensión de la dinámica social y económica de la ciudad. Bajo esta óptica, estos grupos no solo fueron participantes pasivos del proceso de urbanización e industrialización, sino que también jugaron un papel activo en la configuración de la ciudad y en la creación de sus propias formas de resistencia y organización frente a las condiciones de explotación y marginación que enfrentaron. Además, al recuperar y analizar la experiencia de estas comunidades, la tesis tiene el potencial de influir en los debates contemporáneos sobre urbanización, desigualdad y políticas públicas, ofreciendo perspectivas históricas que pueden informar el diseño de estrategias más inclusivas y equitativas en el presente.

En términos de estructura, los objetivos específicos de esta investigación orientan directamente el desarrollo de los capítulos. El Capítulo 1 se ocupa de identificar y analizar los procesos migratorios del campo a la ciudad, atendiendo a sus causas, flujos y consecuencias espaciales, en diálogo con el primer objetivo. El Capítulo 2 aborda el impacto de la transformación económica y la expansión capitalista en la configuración de los núcleos

de obreros, buhoneros y vagabundos, en línea con el segundo objetivo, con especial énfasis en sus formas de inserción social y urbana. El Capítulo 3 introduce la dimensión simbólica y cultural a través del estudio del caso de la chicha, mostrando cómo estas dinámicas se articularon con procesos de exclusión e identidades populares. Finalmente, el Capítulo 4 responde al tercer objetivo al examinar cómo las transformaciones sociales y urbanas afectaron la estabilidad y permanencia de estos grupos en la ciudad, analizando tanto los mecanismos de resistencia como los procesos de integración. Esta secuencia permite una lectura progresiva de los fenómenos tratados, desde las causas estructurales hasta las respuestas sociales concretas que moldearon la historia urbana de Bogotá.



De obreros, buhoneros y vagabundos: Dinámicas sociales en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX

Iván Alonso Rada Verdecia

Directora:

Dra. Carolina Alejandra Biernat

Maestría en Ciencias Sociales y Humanidades
Mención en Historia

Noviembre de 2024

Contenido

Introducción	1
Capítulo 1. La migración campo-ciudad hacia Bogotá (1900-1948)	11
1.1 Antecedentes y contexto histórico	13
1.2 Causas	18
1.3 Direcciones y flujos	22
1.4 Cambios espaciales	27
1.5. Inserción urbana	33
Conclusiones	39
Capítulo 2. Estructuras sociales y dinámicas urbanas	41
2.1. Guerra, migraciones y epidemia	42
2.2 Configuración de los núcleos obreros a principios del Siglo XX	48
2.3 El Comercio ambulante y los buhoneros	54
2.4 Vagancia y estratificación social	58
2.5 Conclusiones	68
Capítulo 3: La chicha en tiempos de agitación	70
3.1 La enemiga de la élite bogotana	73
3.2 Símbolo de resistencia durante el Bogotazo	77
3.3 Campañas de desprestigio	86
Conclusiones	89
Capítulo 4: El impacto de las transformaciones sociales y urbanas	91
4.1. Identidad política: solidaridad y organización	92
4.2 Procesos migratorios y estabilidad de los asentamientos	102
4.3 Mecanismos de resistencia	106
4.4 Integración y permanencia	108
Conclusiones	111
4. Conclusiones generales	113
5. Bibliografía	116

Introducción

¿Cómo influyó la migración campo-ciudad en la configuración de nuevos grupos sociales en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX? Esta investigación parte de esa pregunta central para analizar el surgimiento, articulación y visibilidad de tres sectores populares obreros, buhoneros y vagabundos en el marco de las transformaciones económicas, políticas y urbanas que atravesó la capital colombiana entre 1900 y 1950. La tesis que se propone es que dichos grupos no solo fueron el resultado de procesos migratorios impulsados por la crisis agraria, la industrialización incipiente y la violencia política, sino también agentes activos en la construcción del tejido urbano, en la economía informal y en las formas de resistencia social y cultural frente a un modelo de ciudad excluyente. Al examinar estos procesos desde una perspectiva de historia social y urbana, este trabajo busca contribuir al campo de estudios sobre migraciones internas en América Latina, aportando una mirada situada que visibiliza a actores tradicionalmente marginalizados y revela cómo, desde los márgenes, incidieron en la transformación estructural de la ciudad moderna.

Durante las primeras décadas del siglo XX, Colombia protagonizó una serie de cambios sociales, económicos y políticos que dejaron una marca indeleble en la vida de sus habitantes. En particular la ciudad capital, Bogotá, al consolidarse como el principal polo industrial, comercial y administrativo de la época, se erigió como un foco de atracción para quienes eran expulsados de los espacios rurales como consecuencia de los procesos de concentración de la propiedad, de la crisis del modelo agroexportador, cuyo principal producto era el café, y de la violencia política y social.

La transformación de Bogotá, así como la consolidación de la clase trabajadora no se pueden entender sin considerar el contexto histórico más amplio de Colombia en ese período. El país se encontraba en un proceso de transición de una economía predominantemente agrícola a una de industrialización liviana, en gran parte debido a la necesidad de sustituir importaciones de productos e insumos industriales que se vieron afectados por la guerra y las crisis económicas. Dicho modelo de sustitución de importaciones fue adoptado, también, con la idea de reducir la dependencia agraria y fomentar la autonomía económica nacional a través de la industria, siguiendo una tendencia observada en muchos países de la región (Ansaldi y Giordano, 2012,

Tomo II, pp. 226-238). Así, las primeras formas de industria en el país se desarrollaron alrededor de 1920 en torno a la producción de alimentos y de productos textiles y metalúrgicos. No obstante, el café se consolidó como el motor económico principal, impulsando tanto la economía nacional como la expansión industrial (Mayor, 2017). Esto se debió a que el auge cafetero generó un importante flujo de capital que permitió financiar infraestructuras clave, como ferrocarriles y puertos, y fomentó la creación de empresas dedicadas al procesamiento y exportación que estimularon el crecimiento del sector industrial. A su vez, la industria de la construcción, ligada a la urbanización acelerada de Bogotá, creció notablemente. En consecuencia, la ciudad se convirtió en el epicentro de estas dinámicas, atrayendo a trabajadores de diversas regiones históricamente agrarias.

La migración desde zonas rurales hacia Bogotá, como destaca Vega Cantor (2002), se enmarca en un contexto global y latinoamericano de profundos cambios socioeconómicos. La modernización económica se manifestó a través de la integración de los mercados nacionales, la expansión demográfica y la migración campo-ciudad. Esta lógica de migración-colonización-conflicto-migración, fue recurrente en la vida rural colombiana durante el siglo XX, con notables consecuencias demográficas y culturales. Archila Neira (1991) destaca que las ciudades colombianas, incluida Bogotá, fueron epicentros de migración interna desde áreas rurales, conservando una fuerte influencia campesina en su cultura. Según el autor, este flujo de población contribuyó significativamente al crecimiento demográfico de la ciudad que pasó de 121.257 habitantes en 1912 a 715.250 en 1951. Además, evidenció un lento proceso de urbanización propiciado, también, por la industrialización.

La migración campo-ciudad es un fenómeno que no solo refleja la búsqueda de oportunidades económicas de sus protagonistas, sino que también ilustra la adaptación de la población a una nueva realidad caracterizada por la industrialización incipiente, la urbanización en aumento y los cambios en la estructura social. La investigación de este proceso de migración y sus consecuencias es esencial para comprender los factores más relevantes del crecimiento industrial y explicar el nacimiento de diferentes núcleos sociales congregados alrededor de distintas actividades urbanas e identidades en común.

La Guerra de los Mil Días (1899-1902) que enfrentó a las guerrillas liberales contra el gobierno conservador que intentaba perpetuarse en el poder e imponer una Constitución de tipo

unitaria, se erigió como uno de los conflictos más prolongados y destructivos en la historia de Colombia. La conflagración estuvo signada por una virulenta serie de embates en las zonas rurales perpetrados por el partido de gobierno y sus fuerzas institucionales, en el contexto de lo que se conoció como la Hegemonía Conservadora (Bejarano, 1980). Esta situación de conflicto prolongado y la presión ejercida sobre las comunidades rurales tuvieron un impacto directo en los movimientos migratorios de la población que buscaba escapar de la violencia y la inestabilidad económica.

Tras la victoria del Partido Conservador en 1902, Colombia comenzó a evidenciar indicios de desarrollo económico, propiciado por las políticas proteccionistas, los estímulos gubernamentales y la estabilidad política. A su vez, la inversión extranjera fue central para el crecimiento de diversas industrias, entre las que destacan la textil, la del petróleo y la de cemento, y para la construcción de una red ferroviaria que representó el primer intento de conectar regiones apartadas del país. Un hito relevante que ilustra esta inversión extranjera es la misión Kemmerer de 1923, una iniciativa de reformas económicas y financieras que tuvo como objetivo modernizar y estabilizar la economía colombiana mediante la reestructuración del sistema bancario y fiscal. Esta misión surgió, además, como resultado de la compensación que Estados Unidos debió pagar al gobierno colombiano por su participación en la separación de Panamá y su proyecto de construcción del canal (Bejarano, 1989, p. 63). Estos cambios políticos y económicos tuvieron un impacto significativo en las transformaciones sociales de la época. Núñez (2006) destaca que durante la segunda y la tercera década del siglo XX emergieron nuevos actores sociales como los trabajadores urbanos, entre ellos los obreros que, en los primeros años, comprendían a una amplia diversidad de grupos, incluyendo a artesanos, empleados asalariados, trabajadores autónomos y pequeños industriales. Esta variedad de la mano de obra reflejaba la complejidad de la transformación económica que Bogotá experimentaba. Así, a medida que las industrias se diversificaban y expandían, también lo hacía la composición de la fuerza laboral, enriqueciendo la dinámica social y económica de la ciudad (Archila, 1991). La fuerza laboral no solo impulsó la producción industrial, sino que también desencadenó la creación, desarrollo y expansión de barrios populares en la ciudad. Este fenómeno reflejó de manera tangible el impacto del crecimiento industrial en la estructura urbana de Bogotá, como lo sugiere Kalmanovitz (2010). La ciudad se convirtió en un espacio atractivo para aquellos que anhelaban empleo y una mejora en su calidad de vida, lo que contribuyó a la rápida expansión demográfica y a la formación de barrios populares.

Los obreros asumieron una parte sustancial del legado artesanal y lo combinaron con nuevas prácticas sindicales e identitarias organizadas por anarquistas y socialistas, para adaptarse a las cambiantes condiciones sociales y laborales y desafiar la incipiente modernización capitalista y la hegemonía conservadora. Además, adoptaron muchas de las formas de lucha, reivindicaciones y símbolos que habían sido característicos de los artesanos. En cuanto a su organización, se caracterizaron por su temprana articulación, con intentos de formar un Partido Obrero desde 1910 y la creación de la Unión Obrera Colombiana en 1913. Este proceso estuvo marcado por una serie de huelgas y protestas, como la de los trabajadores del transporte del Magdalena en 1914 y la huelga textil de Bello en 1920, que reflejaban la creciente conciencia y organización de los trabajadores en la búsqueda de mejores condiciones laborales y sociales. (Archila, 1991, p. 54)

Por otro lado, Santa (1998) plantea que hubo un grupo de individuos notorios: los buhoneros y cacharrereros ambulantes. Estos hombres y mujeres se movían incansablemente de un lugar a otro, llevando consigo las señales de una nueva era industrial que apenas comenzaba a tomar forma. Transportaban sus mercancías en valijas rústicas a través de caminos escabrosos, bajo el sol abrasador y la lluvia inclemente, a veces a pie, a veces en mulas o caballos de alquiler. Su aparición fue resultado directo de la creciente demanda de trabajo por parte de los migrantes que llegaban a las ciudades y no lograban vincularse con trabajos formales en fábricas u otras industrias emergentes. Estos emprendedores itinerantes encontraron en el comercio ambulante una manera de subsistir y de llevar productos de la incipiente era industrial colombiana a diferentes rincones de la ciudad. Además, desempeñaron un papel importante en el tejido económico y social de Bogotá, pues a menudo, vendían productos que no estaban disponibles en las tiendas tradicionales y satisfacían las necesidades de una población diversa. Su movilidad les permitía adaptarse rápidamente a las cambiantes demandas del mercado. Si bien su presencia contribuyó a la vitalidad económica de la ciudad, también planteó obstáculos en términos de regulación y competencia con el comercio formal.

En tal sentido, el término buhonero es empleado como categoría nativa, pues aparece con frecuencia en fuentes de la época como prensa, ordenanzas municipales y registros policiales, para referirse a quienes ejercían el comercio ambulante de manera informal. La palabra portaba connotaciones de marginalidad y movilidad, pero también de emprendimiento popular, y era utilizada tanto por los sectores populares como por las autoridades, aunque con sentidos

diferenciados. Recuperarla en esta tesis permite dialogar con las formas en que los propios actores sociales fueron nombrados, clasificados o estigmatizados en el discurso público y estatal.

En este contexto de cambio y crecimiento industrial, Bogotá se destacó como un centro importante de actividad económica. Para 1916, la ciudad albergaba muchas fábricas y la industria se diversificó en la producción de bienes de consumo cotidiano. Dichos cambios cuantitativos y cualitativos llevaron a un proceso firme de industrialización en todo el país. Sin embargo, el impacto que produjo en la población fue traumático. Muchos individuos, bajo la influencia de actividades delictivas y el rechazo social, terminaron en una vida de vagabundeo y marginación. Según Vega Cantor (2002), los vagabundos eran personas que carecían de condiciones materiales y económicas estables. Algunos de ellos se veían compelidos a involucrarse en actividades delictivas como una forma de subsistencia, lo que a menudo los ponía en conflicto con la ley y la sociedad en general, además de enfrentar constantes dificultades socioeconómicas. Algunos afrontaban también problemas de salud mental y adicciones. La presencia de estos grupos en la ciudad planteaba desafíos sobre la necesidad de intervenciones públicas adecuadas para abordar esta compleja problemática. Incluida dentro de una larga lista que en la época configuró la llamada cuestión social, fue respondida, como en la mayor parte de los países latinoamericanos, con políticas que se propusieron responder a las demandas de los grupos de trabajadores organizados y mitigar de forma preventiva los desequilibrios que el avance del capitalismo imponía a la sociedad (Suriano, 2000 y Biernat y Ramacciotti 2012, pp. 9-36).

La premisa inicial de esta tesis se centra en la relación entre el proceso migratorio y la formación de grupos sociales específicos en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX. Este problema histórico proporciona una guía para la investigación, estableciendo las relaciones causales entre el fenómeno migratorio, la transformación económica y la aparición de grupos sociales particulares. Así pues, el objetivo principal de esta tesis es examinar cómo los patrones migratorios hacia Bogotá influyeron en la configuración de los núcleos de obreros, de buhoneros y de vagabundos, y cómo estos fenómenos impactaron en el crecimiento económico e industrial de la ciudad.

Así mismo, se plantean tres objetivos específicos. En primer lugar, identificar los procesos migratorios del campo a la ciudad; lo cual incluye tanto sus principales características, causas, direcciones y flujos, como las condiciones por las que atravesaba el país a principios de siglo como

consecuencia de un período de tensiones entre los principales partidos políticos tradicionales, la violencia, el desplazamiento y la crítica situación económica. En segundo lugar, evaluar el impacto del modelo económico vigente en la época y la expansión capitalista en la configuración de los núcleos de obreros, buhoneros y vagabundos en Bogotá, dando cuenta de cómo estas fuerzas económicas y sociales influyeron en la estructura ocupacional y en la estratificación social de la ciudad. Por último, analizar cómo las transformaciones sociales y urbanas en Bogotá durante el período en cuestión afectaron la duración y la estabilidad de los asentamientos de los grupos estudiados.

Para responder a estos objetivos, la investigación se fundamenta en un enfoque teórico-metodológico que integra la teoría de la modernización con perspectivas de la historia social y urbana. Desde la teoría de la modernización, se examina cómo el proceso de industrialización y urbanización impactó en la configuración social y en las dinámicas de movilidad de la población. En el marco de esta investigación, la teoría de la modernización se entiende como una herramienta analítica que permite examinar los procesos de transformación estructural que atravesó Colombia durante la primera mitad del siglo XX, particularmente el tránsito de una economía agrícola a una estructura urbana-industrial incipiente. Se parte del supuesto de que dicho proceso no fue homogéneo ni progresivo, sino profundamente desigual, segmentado y conflictivo, en función de las condiciones de un capitalismo periférico. Entre las categorías clave que se adoptan están: la diferenciación funcional entre campo y ciudad; la migración interna como consecuencia del desequilibrio estructural y la crisis del agro; la proletarianización de sectores campesinos; y la aparición de formas marginales de inserción urbana como el comercio informal y la vagancia. Este enfoque permite situar los fenómenos analizados, migración, trabajo informal y conflicto urbano, como efectos de largo plazo de un modelo de desarrollo centrado en el café, acompañado de procesos desiguales de urbanización, escasa planificación estatal y respuestas fragmentarias desde las élites. En este sentido, la teoría de la modernización no se adopta como una narrativa de progreso, sino como un lente para comprender las tensiones estructurales que moldearon el surgimiento de nuevos actores sociales urbanos.

Además, se recurre a la historia social para analizar los modos de vida y las condiciones materiales de los obreros, buhoneros y vagabundos, con el fin de entender los niveles de marginalidad y resistencia en los sectores populares. El enfoque de historia urbana complementa

este análisis al estudiar cómo el crecimiento de Bogotá y sus políticas urbanísticas incidieron en la distribución espacial y la integración o exclusión de estos grupos.

Metodológicamente, se emplea una combinación de análisis cualitativo y cuantitativo, apoyado en un enfoque interdisciplinario que articula la historia social, la historia urbana y los estudios sobre migración. Esta perspectiva permite captar tanto las condiciones estructurales como las prácticas cotidianas y simbólicas de los actores sociales estudiados. Para ello, se recurrió a una amplia variedad de fuentes primarias, recolectadas durante el trabajo de campo documental en el Archivo General de la Nación, la Biblioteca Nacional de Colombia, la Biblioteca Luis Ángel Arango y el Archivo Distrital de Bogotá.

Las fuentes utilizadas incluyen censos de población, informes gubernamentales, decretos municipales, planos urbanos, reglamentos de policía, expedientes judiciales, correspondencia oficial, memorias ministeriales, prensa de la época, así como registros de sindicatos, asociaciones de trabajadores y documentos eclesiásticos. La recolección de estas fuentes se realizó con criterios temáticos (migración, trabajo, comercio ambulante, vagancia, políticas sociales) y cronológicos (1900-1950), procurando cubrir tanto la dimensión normativa e institucional como las expresiones cotidianas y subalternas de los sectores populares. El análisis de estas fuentes se apoyó en técnicas de crítica documental, codificación temática, y comparación entre distintos tipos de registros (legales, narrativos, cartográficos). En los casos donde fue posible, se triangularon datos estadísticos (como los censos) con fuentes narrativas y reglamentarias, lo cual permitió reconstruir no solo procesos generales, sino también conflictos sociales, disputas simbólicas y formas de resistencia localizadas. Este trabajo metodológico tuvo como objetivo articular la densidad empírica con una mirada interpretativa que visibilizara las experiencias de sujetos históricos frecuentemente invisibilizados en las narrativas tradicionales.

A lo largo de las últimas décadas, la historiografía colombiana ha desarrollado múltiples enfoques para analizar los procesos de modernización, migración y urbanización en el siglo XX, muchos de ellos centrados en Bogotá como epicentro de cambio. Investigaciones como las de Archila Neira (1991) han sido fundamentales para comprender la conformación del movimiento obrero urbano, sus formas organizativas, sus prácticas culturales y su papel en la construcción del espacio urbano. Por su parte, Vega Cantor (2002) ha explorado las dinámicas estructurales del capitalismo periférico y su impacto en la recomposición de las clases sociales, situando la

migración interna como resultado de tensiones agrarias, políticas y económicas de largo aliento. A estos estudios se suman trabajos como los de Carbonell (2011), quien ha analizado los cambios en la centralidad urbana y la estigmatización de los sectores populares en barrios como San Victorino, así como los de Cifuentes (2018), centrados en la historia de los barrios obreros y los procesos de autoconstrucción. Estas obras ofrecen un valioso panorama del surgimiento de nuevas formas de habitar, trabajar y resistir en la ciudad durante el siglo XX.

A nivel regional, la llamada “cuestión social” ha sido ampliamente abordada por historiadores como Suriano (2000), quien mostró cómo las migraciones masivas, el trabajo informal y la expansión urbana generaron nuevas formas de conflictividad en las ciudades latinoamericanas. Del mismo modo, Biernat y Ramacciotti (2012) han problematizado la respuesta estatal frente a los sectores subalternos, particularmente en lo que respecta a la infancia desprotegida, la vagancia y la criminalización de la pobreza. Esta tesis dialoga con dichas investigaciones, pero propone un enfoque integrador que articula las dinámicas migratorias con la conformación concreta de tres grupos sociales, obreros, buhoneros y vagabundos, atendiendo tanto a sus trayectorias materiales como a sus representaciones simbólicas en el espacio urbano. Desde esta perspectiva, el trabajo aporta una mirada renovada a la historia social bogotana al visibilizar sujetos populares que, si bien han sido mencionados en la historiografía, no siempre han sido tratados de forma conjunta o desde una lógica comparada. Así, se propone una lectura que rescata no solo las condiciones estructurales que dieron origen a estos grupos, sino también sus formas de agencia, resistencia y adaptación en una ciudad en transformación.

La elección del marco temporal que abarca desde 1900 hasta 1950 responde a las profundas transformaciones económicas, sociales y políticas que definieron este periodo en Bogotá. A comienzos del siglo XX, la capital se encontraba inmersa en un proceso de modernización acelerada que coincidió con la consolidación del modelo capitalista, la expansión del comercio y la incipiente industrialización. Estas dinámicas atrajeron a miles de migrantes del campo, impulsados por la crisis agraria y la falta de oportunidades en las zonas rurales, así como por la intensificación de la violencia bipartidista en los territorios. Este proceso migratorio dio lugar al surgimiento de nuevos grupos sociales en la ciudad, entre ellos obreros que abastecían la creciente demanda de mano de obra, buhoneros que se integraron al comercio informal, y vagabundos que quedaron al margen de la estructura económica formal. Estos cambios no solo modificaron la

estructura ocupacional, sino que también contribuyeron al crecimiento espacial y poblacional de Bogotá.

Es importante mencionar que esta investigación se inscribe en el campo de estudios históricos sobre los procesos migratorios en América Latina, particularmente en las investigaciones que analizan las dinámicas de movilidad interna, urbanización acelerada y formación de identidades populares en contextos de transición socioeconómica. En diálogo con trabajos como los de Suriano (2000), Ansaldi y Giordano (2012), y Archila (1991), la presente investigación busca contribuir a una comprensión más matizada del papel de los sectores populares en la transformación de los espacios urbanos latinoamericanos durante el siglo XX, considerando tanto las causas estructurales del éxodo rural como las formas de inserción y resistencia en las ciudades.

El año 1950 marca el cierre del marco temporal debido al impacto transformador de un evento central en la historia de Bogotá: el Bogotazo, que ocurrió el 9 de abril de 1948 tras el asesinato del líder político Jorge Eliécer Gaitán. Este suceso desencadenó una ola de disturbios y violencia que evidenció las tensiones sociales acumuladas en las décadas previas. El Bogotazo no solo marcó un punto de quiebre político, sino que también tuvo repercusiones significativas en la configuración urbana y social de la ciudad. El caos generado aceleró procesos de reordenamiento urbano y profundizó la segregación socioespacial, afectando particularmente a los sectores populares. En este sentido, el período 1900-1950 encapsula un momento de transición clave en el que Bogotá pasó de ser una ciudad con rasgos coloniales a convertirse en un centro urbano dinámico y conflictivo, moldeado por tensiones sociales, económicas y políticas que definieron el rumbo de su modernización.

En suma, se postula que, durante la primera mitad del siglo XX, el crecimiento económico e industrial de Bogotá no solo estuvo impulsado por la fuerza laboral proveniente de los núcleos de obreros, buhoneros y vagabundos, sino que también se vio significativamente influenciado por las redes de intercambio y cooperación establecidas entre estos grupos de origen migrante y los sectores comerciales emergentes en la ciudad. Esta idea sugiere que las interacciones entre migrantes y trabajadores urbanos facilitaron la adaptación de las prácticas comerciales y laborales, contribuyendo así de manera significativa al dinamismo económico y al desarrollo industrial de Bogotá en dicho período. Desde esta perspectiva basada en la historia social, con un énfasis

particular en las comunidades tradicionalmente marginadas, buscamos proporcionar una comprensión más completa y matizada del problema estudiado. Al enfocar nuestra investigación en los obreros, buhoneros y vagabundos, no solo se visibilizan sus contribuciones y luchas, sino que también enriquece nuestra comprensión de la dinámica social y económica de la ciudad. Bajo esta óptica, estos grupos no solo fueron participantes pasivos del proceso de urbanización e industrialización, sino que también jugaron un papel activo en la configuración de la ciudad y en la creación de sus propias formas de resistencia y organización frente a las condiciones de explotación y marginación que enfrentaron. Además, al recuperar y analizar la experiencia de estas comunidades, la tesis tiene el potencial de influir en los debates contemporáneos sobre urbanización, desigualdad y políticas públicas, ofreciendo perspectivas históricas que pueden informar el diseño de estrategias más inclusivas y equitativas en el presente.

En términos de estructura, los objetivos específicos de esta investigación orientan directamente el desarrollo de los capítulos. El Capítulo 1 se ocupa de identificar y analizar los procesos migratorios del campo a la ciudad, atendiendo a sus causas, flujos y consecuencias espaciales, en diálogo con el primer objetivo. El Capítulo 2 aborda el impacto de la transformación económica y la expansión capitalista en la configuración de los núcleos de obreros, buhoneros y vagabundos, en línea con el segundo objetivo, con especial énfasis en sus formas de inserción social y urbana. El Capítulo 3 introduce la dimensión simbólica y cultural a través del estudio del caso de la chicha, mostrando cómo estas dinámicas se articularon con procesos de exclusión e identidades populares. Finalmente, el Capítulo 4 responde al tercer objetivo al examinar cómo las transformaciones sociales y urbanas afectaron la estabilidad y permanencia de estos grupos en la ciudad, analizando tanto los mecanismos de resistencia como los procesos de integración. Esta secuencia permite una lectura progresiva de los fenómenos tratados, desde las causas estructurales hasta las respuestas sociales concretas que moldearon la historia urbana de Bogotá.

Capítulo 1. La migración campo-ciudad hacia Bogotá (1900-1950)

Este capítulo aborda la migración campo-ciudad hacia Bogotá durante la primera mitad del siglo XX, un fenómeno que transformó profundamente la estructura social y urbana de la capital colombiana. Más allá de un simple desplazamiento poblacional, este proceso se inserta en dinámicas más amplias de modernización económica y reconfiguración social que afectaron a Colombia y a otros países latinoamericanos en este período. En lugar de centrarnos exclusivamente en describir el fenómeno, proponemos analizar las tensiones, desigualdades y contradicciones que surgieron en torno a este movimiento migratorio. Así, nos interesa no solo explorar qué motivó a las personas a migrar, sino también comprender cómo este flujo poblacional reconfiguró los espacios urbanos y las relaciones sociales en Bogotá.

La migración es un fenómeno multidimensional. Según la Organización Internacional para las Migraciones (OIM, 2009), se trata del proceso mediante el cual las personas cambian su lugar de residencia, motivadas por factores económicos, políticos, sociales o ambientales. En el caso de Bogotá, las migraciones hacia la ciudad estuvieron influenciadas tanto por la modernización capitalista como por crisis rurales estructurales, que forzaron a miles de campesinos a buscar oportunidades en los espacios urbanos (Vega Cantor, 2002). Sin embargo, estos movimientos no se pueden entender únicamente desde la lógica del "cálculo costo-beneficio" de la teoría neoclásica (OIM, 2013); estuvieron determinados por conflictos armados, pobreza y profundas desigualdades en la distribución de la tierra.

Durante el periodo en estudio, Colombia experimentó cambios económicos y demográficos significativos. La unificación del mercado nacional, la inserción en el sistema capitalista y las obras públicas promovidas por el Estado transformaron tanto las áreas rurales como urbanas. Entre las décadas de 1930 y 1950, la población urbana colombiana creció significativamente: en 1938, apenas el 30,9% de la población vivía en ciudades, mientras que en 1951 esta cifra aumentó a un 45% (Ruíz, 2008). Este crecimiento reflejó la centralidad de la migración interna en el proceso de urbanización del país.

La migración hacia Bogotá debe entenderse dentro de un contexto más amplio de desplazamientos internos que también incluyó flujos hacia regiones cafetaleras, zonas de colonización agrícola y puertos como Barranquilla y Buenaventura (Tovar Pinzón, 2001). Sin embargo, la capital atrajo a un número creciente de migrantes debido a su expansión económica y

la incipiente industrialización. Según Vega Cantor (2002), Bogotá se consolidó como el principal centro urbano del país, lo que atrajo tanto a campesinos del altiplano cundiboyacense como a habitantes de otras regiones rurales.

La llegada masiva de migrantes transformó no solo la demografía, sino también la estructura social y urbana de Bogotá. Aunque algunos barrios obreros como La Perseverancia, Villa Javier y Ricaurte fueron concebidos para albergar a los nuevos trabajadores urbanos, la mayoría de los migrantes enfrentaron condiciones precarias. Más del 50% de la población capitalina habitaba en viviendas improvisadas de paja, con poca o ninguna provisión de servicios básicos (Vega Cantor, 2002).

Esta precariedad urbana se vio agravada por la falta de planificación. A diferencia de los barrios residenciales planificados que buscaban emular los ideales higienistas y de orden social (Cerdeño, 2007), los barrios obreros surgieron de manera desordenada, con construcciones autogestionadas y calles estrechas. Esta autoconstrucción reflejó la lucha de los migrantes por establecerse en un entorno hostil, pero también puso en evidencia las limitaciones del Estado para responder a las demandas sociales.

El rápido crecimiento poblacional y la segregación espacial entre clases sociales acentuaron las tensiones en la ciudad. Las zonas periféricas, habitadas mayoritariamente por migrantes, carecían de infraestructura adecuada y estaban marcadas por la informalidad. Mientras tanto, los sectores dominantes controlaban los espacios más céntricos y mejor equipados, perpetuando la desigualdad.

LeGrand (1988) destaca cómo las políticas estatales relacionadas con la migración rural se centraron más en regular y redirigir a los migrantes que en resolver las condiciones estructurales que los obligaban a desplazarse. En este contexto, la migración hacia Bogotá no solo fue un resultado de la modernización, sino también un catalizador de conflictos sociales, que se manifestaron en la lucha por los derechos laborales, la vivienda digna y la participación política de los sectores populares.

A lo largo de este capítulo, examinaremos las principales características de la migración hacia Bogotá entre 1900 y 1950. Nos centraremos en identificar las causas de estos movimientos, los patrones demográficos y geográficos que definieron los flujos migratorios, y las condiciones

socioeconómicas enfrentadas por los migrantes en la ciudad. Más allá de una descripción del fenómeno, el análisis buscará demostrar cómo esta migración moldeó la formación de la clase obrera urbana, las dinámicas espaciales de Bogotá y las relaciones de poder que definieron su estructura social.

1.1 Antecedentes y contexto histórico

La noción de campesino es fundamental para comprender la dinámica rural en Colombia y su conexión con los procesos migratorios. Como señala Fals Borda (1975), el campesinado colombiano ha sido históricamente una clase social que se ha dedicado a la producción agrícola directa en la tierra. Sin embargo, la naturaleza de su relación con la tierra y la producción ha variado a lo largo del tiempo y en diferentes regiones. En sus inicios, se dedicaba principalmente a satisfacer sus necesidades básicas, tanto en tierras propias como ajenas, bajo una dinámica de subsistencia. En consecuencia, las relaciones de producción se caracterizaban por priorizar la satisfacción de estas necesidades fundamentales. Este proceso se vio influenciado por el impacto del capitalismo moderno, especialmente en los indígenas de resguardo, que eran territorios legalmente reconocidos y asignados a comunidades indígenas por la Corona española durante el período colonial. Estos resguardos tenían la finalidad de proteger a los indígenas de la usurpación de tierras por parte de colonos y terratenientes, garantizando que las comunidades pudieran conservar su forma de vida, su organización social y sus prácticas culturales tradicionales.

Con el advenimiento del capitalismo y la industrialización, las relaciones de producción comenzaron a cambiar, ya que el campesinado se encontró cada vez más sujeto a las leyes de precios y mercados. Fals Borda (1975) sostiene que esto llevó a una tendencia creciente hacia la proletarianización rural. En otras palabras, los campesinos empezaron a depender más del trabajo asalariado y a someterse a las dinámicas del mercado capitalista, lo que incluía la competencia, la maximización de ganancias y la concentración de la propiedad.

La proletarianización rural se manifestó en diversas estrategias implementadas por las élites económicas y el Estado, como el fin de los resguardos y la abolición de la esclavitud. Estas estrategias buscaban promover las nuevas relaciones de producción requeridas por el capitalismo industrial incipiente y al imperialismo inglés. Además, surgieron mecanismos como el terraje, la

aparcería con obligaciones y el peonaje por deuda, que contribuyeron a la proletarización y al aumento de la transacción en moneda en lugar de pago en trabajo o especie, cambios que marcaron una transición significativa en la relación del campesinado con la tierra y la producción (Borda, 1975, p. 57 - 58).

Desde una perspectiva social, Saade (2020) define al campesino como un sujeto intercultural profundamente involucrado en el trabajo directo con la tierra y la naturaleza, de modo que, los campesinos se organizan socialmente a través del trabajo familiar y comunitario, que a menudo no está remunerado o implica la venta de su fuerza de trabajo. La vida campesina se enmarca en territorios rurales donde hombres, mujeres y niños realizan diversas actividades para obtener productos e ingresos necesarios para su subsistencia, dichos ingresos no solo son esenciales para la subsistencia individual y familiar, sino que también constituyen la base para la construcción de redes comerciales y de intercambio que fortalecen la relación con la comunidad.

La dimensión social del campesinado se manifiesta en la formación de comunidades que habitan áreas rurales como veredas, corregimientos y playones. Estas comunidades representan redes de vínculos sociales, valores compartidos y formas de vida que han evolucionado a lo largo de generaciones, mostrando una asociación estrecha con los ecosistemas circundantes y una diversidad de comunidades campesinas. Así, las comunidades rurales no solo son unidades geográficas, sino también redes de vínculos sociales y culturales. (Saade, 2020, p. 162)

En cuanto a la dimensión cultural del campesinado, es fundamental para entender su identidad y valores. Los campesinos tienen una conexión profunda con la tierra, la naturaleza y las tradiciones agrícolas transmitidas de generación en generación. Dicha cultura se expresa a través de festividades, rituales, creencias y prácticas agrícolas específicas y se sustenta en sistemas de conocimiento tradicional relacionados con la agricultura y la gestión de recursos naturales y conocimientos que se transmiten oralmente. (Saade, 2020, p. 23 - 24)

Por su parte, la territorialidad es crucial para comprender la vida rural ya que los campesinos establecen sus hogares y desarrollan actividades agrícolas en diversas condiciones geográficas, climáticas y de recursos naturales. Esta relación bidireccional entre la comunidad rural y su entorno muestra cómo las condiciones ambientales influyen en las actividades agrícolas y el estilo de vida, y cómo las actividades agrícolas y las interacciones sociales impactan el territorio, incluyendo el uso de la tierra y la gestión de recursos naturales (Saade, 2020).

En diálogo con esta investigación, el análisis de Saade (2020) sobre la vida campesina ofrece una comprensión integral de los procesos migratorios hacia Bogotá durante la primera mitad del siglo XX, pues la migración de campesinos a la ciudad implicó en muchos casos la continuidad de prácticas y valores comunitarios rurales. La adaptación de estos migrantes a la vida urbana y su contribución al crecimiento económico e industrial de Bogotá se enmarca en esta transición desde una economía agrícola hacia una más industrializada, con todas las complejidades sociales y culturales que ello conlleva.

El proceso de industrialización en las principales ciudades y la falta de garantías en el sector rural tuvieron un impacto significativo en la transformación de la relación del campesinado con la tierra y las actividades agrícolas. La incipiente industrialización generó nuevas oportunidades económicas en las ciudades, atrayendo a parte de la población rural en busca de mejores condiciones de vida y empleo en entornos urbanos. Sin embargo, esta migración campo-ciudad también estuvo impulsada por la falta de garantías en el sector rural. Las condiciones de trabajo, la tenencia de la tierra y la seguridad laboral en el campo eran precarias, lo que incentivó a algunos campesinos a buscar horizontes diferentes en las ciudades. (Saade, 2020).

Además, la urbanización y la industrialización se percibieron como una vía para escapar de la explotación, la inseguridad y la falta de oportunidades en el mundo rural, así, la búsqueda de una vida más estable y próspera en las ciudades se intensificó ante la percepción de que el campo ofrecía pocas perspectivas de desarrollo y progreso. En este sentido, la migración hacia áreas urbanas no solo fue impulsada por las oportunidades económicas, sino también por la esperanza de una vida mejor, alejada de las condiciones adversas que caracterizaban la vida rural, y por la violencia política que obligó a millones de personas a abandonar sus tierras (Duarte et al., 2020 y Sabogal, 2006).

La migración de la población rural hacia las ciudades creó una serie de exigencias significativas para los núcleos urbanos (Archila, 1991). Estas incipientes metrópolis fueron el escenario de luchas y exigencias, ya que no contaban con las condiciones, el espacio ni la infraestructura necesarios para recibir la masiva oleada de migrantes. El proceso de urbanización, aunque necesario y transformador, se caracterizó por enfrentar situaciones considerables derivadas de la velocidad y magnitud de la migración.

Para comprender en profundidad la migración campo-ciudad en Colombia durante gran parte de la primera mitad del siglo XX, debemos considerar una serie de factores tanto nacionales como internacionales que ejercieron una influencia significativa en este fenómeno.

En el ámbito nacional, la política y la economía jugaron un papel crucial en la transformación de Colombia. Durante el gobierno del general Rafael Reyes (1904-1909), una vez superada la Guerra de los Mil Días, se intentaron sentar las bases de un sistema de vías que interconectara las regiones aisladas entre sí, aunque con resultados limitados, Reyes también incentivó el desarrollo de la industria textil, especialmente en la región antioqueña, y otras industrias de bienes de consumo. No obstante, su gobierno mantuvo rasgos anclados en el siglo XIX, como el clientelismo político y la falta de intervención estatal en la economía (Archila, 1991).

La década de los diez estuvo marcada por líderes como José Vicente Concha y Marco Fidel Suárez, que no apostaron a la industrialización por sustitución de importaciones, impulsada por el cierre de los mercados europeos y la élite aún compartía la reticencia a la intervención estatal en la economía. Además, la ausencia de políticas proteccionistas adecuadas dejó a la incipiente clase obrera en una posición precaria, mientras que solo los artesanos y algunos sectores de la clase trabajadora exigieron leyes de protección (Archila, 1991).

En este contexto, el café se convirtió en un factor clave para la economía colombiana, vinculando al país con el comercio internacional y generando un mercado interno en crecimiento. Sin embargo, el proceso de modernización se limitó a ciertas regiones y grupos sociales, lo que resultó en una coexistencia entre tradición y modernización (Núñez, 2006).

Uno de los aspectos más relevantes para comprender la migración campo-ciudad en Colombia durante este periodo es la transformación demográfica y sanitaria que experimentó el país. Entre 1905 y 1938, la población total de Colombia se duplicó, pasando de 4,143,632 a 8,407,956 habitantes. Sin embargo, a pesar de este crecimiento demográfico, la esperanza de vida seguía siendo muy baja, apenas alcanzando los 36 años en 1930. Esto se debía en gran parte a las condiciones de vida precarias, la falta de acceso a atención médica adecuada y las enfermedades prevenibles que asolaban la población, como el paludismo, la anemia tropical, la diarrea, las infecciones respiratorias, la viruela, el sarampión, la difteria y la fiebre amarilla (Núñez, 2006).

Otro factor que influyó en el éxodo de campesinos a la ciudad fue la transformación económica y laboral en este periodo. El país experimentó un proceso de modernización económica, principalmente impulsado por la producción y exportación de café las regiones cafeteras, como el Eje Cafetero, se beneficiaron de un auge económico y los caficultores se convirtieron en una élite influyente (Núñez, 2006).

Es importante recalcar que, dicha modernización no se extendió de manera uniforme a todas las regiones del país. Mientras que las zonas cafeteras prosperaban, muchas áreas rurales enfrentaban dificultades económicas, falta de tierras cultivables y bajos salarios en la agricultura, situación que incentivó a la población rural a buscar oportunidades laborales en las ciudades, donde se concentraban las nuevas industrias y el comercio en crecimiento (Archila, 1991).

El auge de la industria textil y de bienes de consumo, aunque incipiente, también desempeñó un papel importante en el proceso de migración, ya que, estas industrias generaron empleo en las ciudades y atrajeron a trabajadores de las áreas rurales en busca de oportunidades económicas (Archila, 1991).

Además, la política de clientelismo político que predominaba en Colombia a principios del siglo XX tenía un impacto directo en la migración. Dicho clientelismo se basaba en relaciones personales entre líderes políticos locales y sus seguidores, quienes a menudo eran recompensados con empleos públicos y favores políticos. Esto incentivaba a las personas a mudarse a las ciudades en busca de oportunidades de empleo y el apoyo de líderes políticos locales (Archila, 1991).

El proceso de migración también planteó fuertes pretensiones tanto sociales como urbanas en Bogotá y otras ciudades colombianas, pues a medida que aumentaba la población urbana, las ciudades luchaban por proporcionar viviendas adecuadas, servicios básicos y empleo a los nuevos llegados. El hacinamiento en barrios marginales y la falta de infraestructura sanitaria contribuyeron a la propagación de enfermedades y a condiciones de vida precarias (Núñez, 2006).

En resumen, la migración desde el campo a la ciudad en Colombia entre 1900 y 1948 se vio impulsada por factores económicos, políticos y demográficos. Por otro lado, la modernización económica centrada en el café y las condiciones económicas y productivas de las áreas rurales llevaron a una migración masiva a las ciudades, de la mano de la inestabilidad política y las guerras civiles que, también contribuyeron a ese proceso.

1.2 Causas

La migración de la población rural a las áreas urbanas encuentra sus raíces en una serie de factores interrelacionados que abarcan las dimensiones económica, política, social y cultural.

En principio, para comprender por qué una gran parte de la población rural en Colombia se trasladó a la ciudad, es crucial examinar la evolución económica de la región. Vega (2002) proporciona datos que permiten rastrear el cambio en la estructura económica en Colombia. Por ejemplo, en el año 1912, aproximadamente el 74.56% de la población económicamente activa (PEA) estaba involucrada en actividades agrícolas, mientras que solo el 13.3% se dedicaba a industrias de transformación, y un 9.2% trabajaba en el sector terciario, que incluía comercio y servicios, números que reflejaban la predominancia de la agricultura y la escasa industrialización en ese momento (Vega, 2002, p. 37).

No obstante, en las décadas siguientes, se observó un cambio significativo en la composición de la PEA. Entre 1918 y 1938, las principales ciudades de Colombia, incluida Bogotá, atrajeron a una parte considerable de la población rural de los departamentos circundantes, fenómeno que se debió en gran parte al aumento del mercado interno. El crecimiento de las ciudades y su población se asoció directamente con la consolidación de relaciones laborales capitalistas, así mismo, nuevas manufacturas e industrias de transformación surgieron, y el capital fluyó a través de la economía, impulsado por el crecimiento urbano, inversiones extranjeras y la construcción de infraestructuras públicas.

Este proceso marcó el auge del trabajo asalariado en Colombia, pues a partir de la primera década del siglo XX se observó un aumento en el número de jornaleros tanto en el campo como en la ciudad. El Censo de 1912 definió a los jornaleros como “todos aquellos que, sin arte, oficio ni profesión especial, y sin ser aprendices de taller, trabajan a diario por cuenta de otros, según salario convenido en distintas industrias, oficios, artes o profesiones.” (Contraloría General de la República, 2023, p. 24)

Los censos posteriores, como el de 1918 y de 1938, ofrecieron una visión más detallada de la evolución de la PEA. En 1918, de una población total de 5.563.981 habitantes, 3.466.481 formaban parte de la PEA, lo que representaba el 62.3% del total. La PEA estaba diversificada en sectores como la agricultura, la industria extractiva, la industria manufacturera, los servicios, las

actividades liberales, los oficios domésticos, los empleados públicos y las fuerzas de seguridad del Estado, entre otros, demostrando la creciente importancia de los trabajadores asalariados (jornaleros y empleados) en la economía. En 1938, la población colombiana había aumentado a 8.407.956 personas, y 4.313.206 de ellas constituían la PEA, es decir, el 51.2% del total, la estructura de la PEA había evolucionado, con un 73.8% dedicado a la agricultura, ganadería, caza y pesca, y un 11.9% a las industrias manufactureras, esto refleja una transformación económica fundamental, marcada por el crecimiento del trabajo asalariado y la transición hacia una economía más industrial y urbana (Vega, 2002, p. 37).

Si bien esta transformación económica no abolió de manera inmediata otras formas de explotación precapitalista, como el trabajo doméstico o las modalidades laborales arraigadas en el ámbito rural, durante este periodo se consolidó de manera significativa el trabajo asalariado, especialmente en contextos urbanos. Así mismo, esta consolidación del trabajo asalariado fue un factor determinante en el incremento notable de la migración desde las zonas rurales hacia los núcleos urbanos. La proliferación de oportunidades laborales remuneradas en las ciudades ejerció una influencia decisiva en el desplazamiento de la población desde el campo hacia los centros urbanos.

La transición económica y el auge del trabajo asalariado también se reflejaron en la estructura de clases en la década de 1920. En el campo, los terratenientes y hacendados predominaban como la clase hegemónica y explotaban a campesinos, peones, colonos y arrendatarios de diversas formas, sectores agrarios subalternos que representaban la mayoría de la población colombiana. Sin embargo, en ciertas regiones, como el Valle del Cauca, la Costa Atlántica, el Tolima y Cundinamarca, surgía una burguesía agraria que configuraba empresas capitalistas basadas en el trabajo asalariado (Vega, 2002, p. 38).

En las ciudades, la estructura de clases era igualmente compleja, pues los artesanos, el naciente proletariado y la emergente burguesía industrial coexistían en un panorama urbano diverso. Al respecto, Vega (2002) afirma que, mientras que la financiación y el comercio ligados al capital internacional, especialmente el estadounidense, crecían, las mujeres se desempeñaban en las actividades domésticas, que a menudo implicaban relaciones de dependencia precapitalistas. En ese contexto, el capitalismo se estaba convirtiendo en la relación social dominante en la vida colombiana, aunque su consolidación implicaba una alianza y contradicciones de clase con los

terratenientes y otros sectores no industriales, proceso que dio lugar a la configuración de un bloque de poder que se oponía a las clases subalternas, con el proletariado emergente como actor clave.

Por otro lado, Bejarano (1975) argumenta que la consolidación del capitalismo en Colombia también tuvo un profundo impacto en la estructura agraria y social del país. La construcción de obras públicas, como carreteras y ferrocarriles, aceleró la crisis de las haciendas, ya que ofrecía una alternativa de empleo en la que los salarios eran más altos que en la agricultura y se pagaban en moneda, situación que atrajo a arrendatarios, peones y trabajadores agrícolas a las obras públicas y generó una migración significativa hacia las áreas urbanas. Este incremento del empleo provino de las obras públicas y de los sectores cafeteros y manufactureros en expansión. Las obras públicas, sin embargo, se convirtieron en su principal motor dado que eran intensivas en mano de obra (Bejarano, 1975, p. 404)

La crisis económica de 1929 tuvo un impacto significativo en la construcción de obras públicas, lo que llevó a una disminución dramática en las oportunidades de empleo en este sector, sin embargo, algunos trabajadores migrantes regresaron a las zonas agrícolas con nuevas expectativas en cuanto a salarios, condiciones laborales y la posibilidad de adquirir tierras. Es importante señalar que dicho retorno a menudo trajo consigo la experiencia de lucha acumulada en los años previos. Además, en ciertas regiones, como la occidental, la concentración de tierras y la expansión de la ganadería extensiva crearon una gran cantidad de peones y sirvientes que no podían encontrar empleo en la economía regional y que, en su mayoría, optaron por emigrar a los centros urbanos en busca de mejores oportunidades (Núñez, 2006, p. 7).

Este proceso migratorio también estuvo influenciado por factores culturales, la transformación económica y social trajo consigo cambios en la mentalidad y las aspiraciones de la población rural, pues a medida que los campesinos y peones eran testigos de un aumento en los empleos y salarios en las ciudades, sus expectativas y deseos se alinearon cada vez más con la vida urbana, cambio cultural que jugó un rol importante en la toma de decisiones de migrar hacia las áreas urbanas (Vega, 2002, p. 37).

No obstante, el proceso de industrialización desempeñó un papel crucial en el éxodo rural-urbano. La formación de la industria, caracterizada por la organización de trabajadores bajo el mando de empresarios capitalistas, representó un hito en el desarrollo económico de la región,

también la fusión de máquinas y herramientas en la industria aumentó la productividad del trabajo y sometió a los trabajadores a los ritmos y movimientos de las máquinas, con el fin de aumentar la producción de plusvalía (Vega, 2002, p. 55).

Por otro lado, según Melo (1996), entre 1910 y 1919 las exportaciones crecieron a una tasa promedio anual superior al 11%, con el café representando el 79% de las exportaciones para 1919. La burguesía nacional capitalizó fuertemente en el comercio exterior y aumentó la inversión en el sector industrial. De igual manera, los años veinte fueron testigos de un auge económico sin precedentes, impulsado por la acumulación interna, los fondos de los Estados Unidos por empréstitos y la "indemnización" a Panamá (Melo, 1996, p. 23).

Entre 1923 y 1928 se estima que ingresaron al país 128 millones de dólares por empréstitos estadounidenses y por la indemnización mencionada anteriormente. Este flujo de capital permitió la construcción de infraestructuras, como carreteras y ferrocarriles, y transformó las condiciones sociales de dominación en el campo y en la ciudad y contribuyendo también al surgimiento político de obreros y campesinos y las primeras manifestaciones organizadas del movimiento socialista fueron algunas de las consecuencias de este auge económico (Melo, 1996, p. 23).

En cuanto a la calificación de la fuerza de trabajo en las primeras generaciones de trabajadores urbanos en Bogotá, inicialmente se percibía que la clase obrera carecía de calificación debido a sus orígenes rurales, la juventud y el género de sus miembros, así como la simplicidad de los procesos tecnológicos en ese momento. Sin embargo, investigaciones más recientes, como las de Archila (1991), sugieren que la fuerza de trabajo no era tan poco calificada como se creía inicialmente y que una gran parte de los trabajadores manufactureros tenía altos índices de alfabetismo. Por ejemplo, en 1938, el 65% de los trabajadores antioqueños sabían leer y escribir, y en 1946, el índice de alfabetismo en los trabajadores barranquilleros era del 76%. El Censo Industrial de 1945 reveló que el 87.9% de los trabajadores industriales eran alfabetos, con Antioquia y Atlántico mostrando los mayores índices, mientras Cundinamarca estaba cerca del promedio. (Archila, 1991)

Archila (1991) enfatiza que, aunque muchos trabajadores sabían leer y escribir, esto no necesariamente significaba que estuvieran calificados. Las estadísticas de Echavarría para los años 50 muestran que, con excepción de Coltabaco, donde el 50% de los trabajadores tenía estudios de primaria, la mayoría de los grupos obreros apenas había pasado por la escuela. En Bogotá, los

trabajadores de las grandes empresas analizadas tenían solo un 4% de analfabetismo, y en Medellín era menos del 1%. Esta evidencia sugiere que, aunque la alfabetización era alta, la educación formal y la calificación técnica eran limitadas, lo que matiza la percepción inicial sobre la calificación de la fuerza de trabajo (Archila, 1991, p. 99).

En síntesis, la migración hacia Bogotá se debió a una combinación de factores económicos, sociales y culturales. La transición hacia una economía capitalista, caracterizada por el crecimiento del empleo asalariado y el desarrollo industrial, transformó drásticamente la estructura económica y social de Colombia y sus principales ciudades. Esta transformación económica impulsó una migración masiva de trabajadores desde áreas rurales hacia ciudades en busca de mejores oportunidades laborales y una mejora en su calidad de vida. Este movimiento migratorio no solo alteró significativamente la composición social de Bogotá, sino que también contribuyó a la configuración de una nueva sociedad colombiana, donde el empleo asalariado y la industrialización jugaron roles cruciales.

1.3 Direcciones y flujos

La migración interna en Colombia durante las primeras décadas del siglo XX se destaca como un proceso demográfico significativo. Fue producto de éxodos rurales en respuesta a la atracción ejercida por las emergentes industrias nacionales, particularmente en las regiones más urbanizadas, como Antioquia, Cundinamarca y Valle del Cauca, y a la expulsión de población rural como consecuencia de la crisis agraria y de los procesos de violencia política. A inicios del 1900, la agricultura era una parte significativa de la economía colombiana, sin embargo, la industrialización, especialmente en sectores clave como la industria textil, construcción, manufactura y minería, tomó fuerza en las principales ciudades. Dichas actividades generaron empleo, atrayendo migrantes desde zonas rurales en busca de cambios en sus condiciones de vida. El crecimiento acelerado de las áreas urbanas, impulsado por la atracción de estas industrias, impactó tanto la economía como la demografía del país. Las estadísticas demográficas y los mapas de esta época proporcionan información acerca de cómo las migraciones internas estuvieron en el centro de esta transformación.

HABITANTES DE COLOMBIA, SEGÚN LOS ÚLTIMOS CENSOS

SECCIONES	1905	1912	1918	1928	1938
DEPARTAMENTOS					
Antioquia	651.497	740.937	823.226	1.011.324	1.188.587
Atlántico	112.231	114.887	135.792	242.810	268.409
Bolívar	198.367	415.567	457.111	642.810	765.194
Boyacá	503.315	585.594	654.562	950.264	737.368
Caldas	245.809	341.198	428.137	624.201	769.968
Cauca	222.639	211.756	238.779	317.782	356.040
Cundinamarca	630.586	717.714	812.036	1.056.570	1.174.607
Huila	154.328	158.191	183.337	207.034	216.676
Magdalena	125.358	149.547	211.395	302.031	342.322
Nariño	248.204	292.535	340.765	411.763	465.868
Norte de Santander	164.290	204.381	239.235	328.872	346.181
Santander	386.170	402.983	439.161	594.799	615.710
Tolima	218.355	232.426	328.812	444.593	547.796
Valle del Cauca	214.770	217.159	271.633	506.290	613.230
Subtotal	4.075.919	4.834.875	5.563.981	7.641.110	8.407.956
INTENDENCIAS					
Amazonas	2.013	6.414
Chocó	47.518	82.810	91.386	85.399	111.216
Meta	6.344	28.218	34.071	19.320	51.674
San Andrés y Providencia	4.322	5.311	5.953	5.987	6.528
Subtotal	58.184	116.339	131.410	112.719	175.832
COMISARIAS					
Arauca	7.078	6.918	10.115	12.683	11.156
Caquetá	24.534	74.254	14.154	20.914
Guajira	1.209	53.013	22.652	33.365	53.409
Putumayo	1.142	31.380	40.770	16.520	15.688
Vaupés	5.545	6.355	9.332	7.767
Vichada	5.540	11.117	9.094
Subtotal	9.529	121.390	159.686	97.171	118.028

Totales	4.143.632	5.072.604	5.855.077	7.851.000	8.701.816
---------	-----------	-----------	-----------	-----------	-----------

Figura N° 1 Tomado de: CENSO GENERAL DE POBLACION 5 DE JULIO DE 1938
https://biblioteca.dane.gov.co/media/libros/LD_771_1938_V_1.PDF

El mapa y las estadísticas demográficas del período 1905-1938 muestran un notable aumento en la población en diversas regiones de Colombia. Entre ellas, Antioquia destacó por un crecimiento demográfico significativo, impulsado por varios factores clave: la expansión de la minería, la industria textil, el comercio y el sector servicios. En particular, ciudades como Medellín se convirtieron en centros de atracción debido al desarrollo de la industria textil, ofreciendo nuevas oportunidades laborales y económicas que atrajeron a un gran número de migrantes en busca de empleo y mejores condiciones de vida.

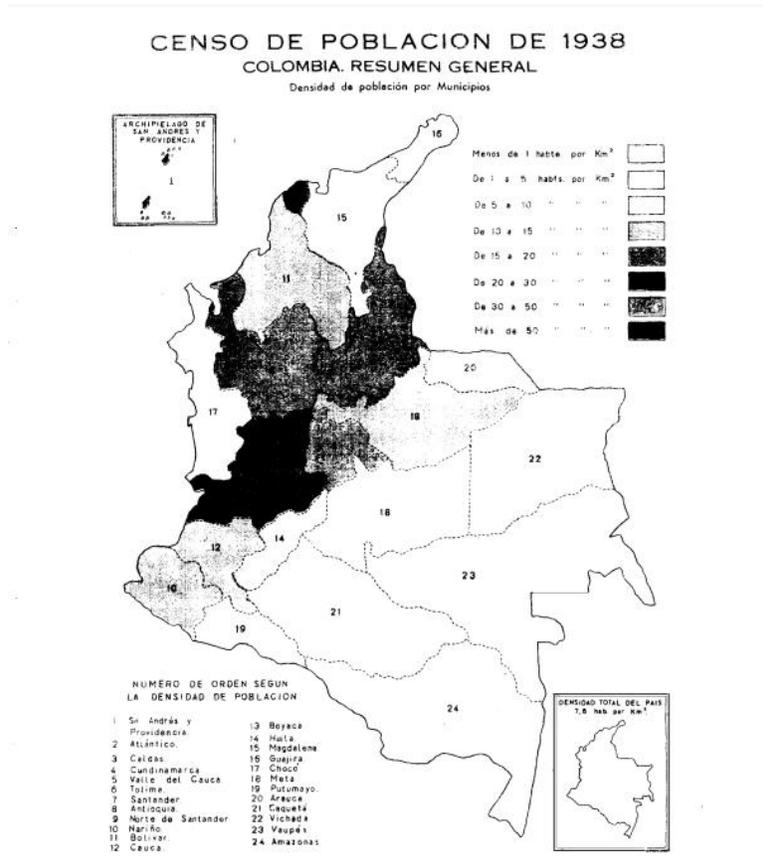


Figura N° 2 Tomado de: CENSO GENERAL DE POBLACION 5 DE JULIO DE 1938
https://biblioteca.dane.gov.co/media/libros/LD_771_1938_V_1.PDF

La industria textil fue un motor crucial en Cundinamarca, especialmente en Bogotá, donde la expansión de fábricas y la modernización contribuyeron notablemente al crecimiento demográfico de la región. Bogotá no solo se convirtió en un centro político y administrativo, sino también en un epicentro de desarrollo industrial. El mapa muestra cómo la ciudad se expandió durante este período para dar cabida a la creciente población. Valle del Cauca también experimentó un aumento en su población, especialmente en su capital, Cali. Esta región se destacó en la producción de azúcar que generó empleos que atrajeron a migrantes de áreas rurales circundantes.

A medida que la industrialización avanzaba en Colombia, se evidenciaba una disminución de la población en ciertas regiones, especialmente las más remotas y rurales. Ejemplos notorios de esto se encuentran en Vichada, Vaupés y Putumayo, áreas, aunque ricas en recursos naturales y biodiversidad, no pudieron competir con las oportunidades económicas y laborales ofrecidas por las regiones urbanas e industrializadas.

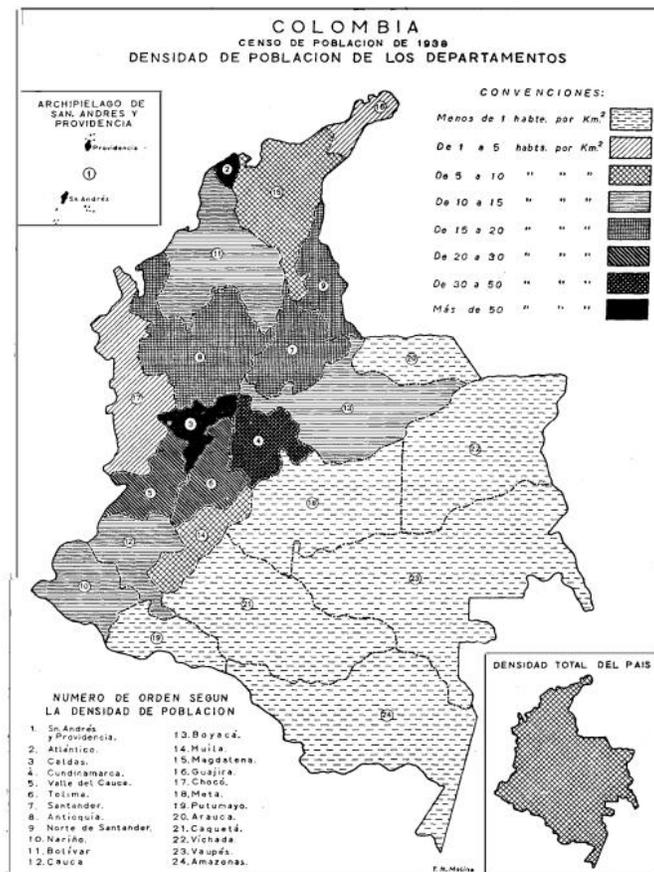


Imagen N° 3: Tomado de: CENSO GENERAL DE POBLACION 5 DE JULIO DE 1938

La falta de infraestructura, de servicios básicos y de empleo en estas zonas rurales contribuyó al éxodo de población hacia áreas más urbanas y desarrolladas. La migración de zonas como el Vaupés y Putumayo refleja cómo la falta de desarrollo económico y social en las zonas rurales llevó a la despoblación y a la concentración de población en áreas urbanas más prometedoras.

Hacia 1920 la expansión de la ciudad y la llegada de migrantes del campo llevaron a la construcción de nuevos barrios populares en Bogotá. Estos barrios, a menudo caracterizados por la falta de viviendas dignas y la subdivisión de habitaciones en "inquilinos", reflejaban las condiciones de vida de los migrantes que buscaban oportunidades en la ciudad. Así mismo, la falta de una política de vivienda adecuada y el paternalismo religioso, representado en iniciativas de la Iglesia Católica para proporcionar viviendas populares, contribuyeron a la formación de estos asentamientos informales (Archila, 1991).

A medida que la ciudad se expandía y se desarrollaba, también buscaban mejorarse los servicios públicos, como el alcantarillado, el acueducto y la electrificación. La modernización de los servicios públicos fue un elemento importante en la transformación urbana de Bogotá, aunque persistían bastantes obstáculos en términos de transporte público y vivienda popular (Archila, 1991). Durante los años 20, la migración no solo tuvo un impacto en la estructura física de la ciudad, sino también en su vida urbana y cultural. La llegada masiva de migrantes del campo llevó a la formación de barrios populares en sectores como el oriente y el sur de Bogotá, barrios que se convirtieron en epicentros de la vida de la clase trabajadora y contribuyeron a la diversificación de la estructura urbana y la creación de nuevas formas de transporte como el ferrocarril.

Además de los ferrocarriles, el sistema vial de Bogotá y la Sabana comenzó a estructurarse a principios del siglo XX, el tramo de carretera entre Cundinamarca y Boyacá se convirtió en la base de la autopista norte, una autopista que lograba conectar el flanco oriental de la ciudad con municipios circundantes ubicados hacia el norte, así mismo, se construyeron carreteras que conectaban Bogotá con Girardot, Puerto Salgar y otras regiones, facilitando el transporte de bienes y personas. De igual modo, el transporte público experimentó una transformación con la introducción de tranvías, que conectaban diferentes zonas de la ciudad, incluyendo La

Perseverancia, San Cristóbal, Yomasa y otros barrios en crecimiento, que particularmente se habían conformado como resultado de esas primeras oleadas migratorias. Estos tranvías, inicialmente de tracción animal y posteriormente electrificados, contribuyeron a la movilidad de la población en expansión de la ciudad. (Cifuentes 2018)

La migración también influyó en la oferta cultural de la ciudad. En las primeras décadas del siglo XX, Bogotá contaba con pocos espacios de diversión masiva, y las diversiones populares se centraban en los cafés para la élite y las *chicherías* para los sectores populares. Sin embargo, la llegada de migrantes y la expansión de la ciudad llevaron a la proliferación de cines y espacios de entretenimiento. La construcción de la primera plaza de toros moderna y el estadio de fútbol reflejaron la creciente importancia del deporte y el entretenimiento en la vida de la ciudad, además, la presencia de inmigrantes extranjeros, como arquitectos europeos, contribuyó a la adopción de corrientes arquitectónicas modernas en Bogotá (Archila, 1991).

En cuanto a la cultura popular, Bogotá mantuvo durante mucho tiempo una fuerte influencia religiosa, con numerosos templos católicos en la ciudad, la Iglesia Católica desempeñó un papel importante en la vida cotidiana de la población. Sin embargo, a medida que la ciudad se modernizaba y diversificaba, surgieron otras formas de expresión cultural y entretenimiento que reflejaban la mezcla de tradiciones culturales de los migrantes y la élite bogotana (Archila, 1991).

En suma, la migración interna tuvo un impacto profundo en la demografía, el paisaje y las costumbres urbanas, afectando no solo a Bogotá sino también a las principales urbes colombianas. Este fenómeno migratorio fue impulsado por el proceso de industrialización, atrayendo a la población hacia regiones con una fuerte presencia industrial como Antioquia, Cundinamarca y Valle del Cauca, mientras que áreas rurales como Vichada, Vaupés y Putumayo perdieron habitantes debido a su limitado desarrollo, situación que contribuyó a la formación de nuevos barrios populares en Bogotá, el impulso por mejorar los servicios públicos, y una enriquecedora diversificación de la vida cultural urbana.

1.4 Cambios espaciales

Los diferentes procesos a los que se vio sometida la ciudad de Bogotá durante este periodo fueron determinantes para la configuración tanto de los barrios como de la integración misma de diferentes sectores. En ese sentido Carbonell (2011) argumenta que el gran volumen de vendedores

que comenzó a aparecer en las calles, plazas y demás espacios públicos se explica por las altas tasas de migración que la ciudad comenzaba a recibir desde los inicios de la industrialización e impulsadas por la violencia política, la Guerra de los Mil Días y las condiciones de desarrollo industrial (p. 138).

En 1905 la población de Bogotá representaba solo el 2.4% de la población total de Colombia. No obstante, en el censo de 1951 la población había aumentado significativamente a 715,250 habitantes, lo que correspondía al 6.2% de la población nacional. Este salto poblacional marcó el inicio de la "macrocefalia" poblacional de la ciudad capital, en detrimento de otras regiones del país. La transformación demográfica se debió a la migración interna que llevó a la concentración de personas en la capital, ligadas a una débil relación salarial y al sector informal (Carbonell, 2011, p. 138).

Con el aumento demográfico de la ciudad, dos de los barrios más icónicos y antiguos de Bogotá, Santa Inés y San Victorino, jugaron roles destacados en este proceso de expansión urbana.

Santa Inés, según el Instituto Distrital de Patrimonio Cultural (2011), el barrio tiene una rica historia que se remonta a la época republicana. En ese período era un importante punto de acceso a la ciudad ya que conectaba el norte con el sur y el este con el oeste. Así mismo, era un epicentro para viajeros, una ubicación estratégica para diferentes estaciones de transporte que llegaban de todo el país y un centro administrativo junto con la Plaza Mayor y La Candelaria.



Imagen 4: Tomado de: <https://archivobogota.secretariageneral.gov.co/noticias/la-perdidas-irreparables-del-legado-religioso-espaa%C3%B1ol>

Con el tiempo, el barrio Santa Inés logró transformarse de manera significativa. La década de 1940 marcó un punto de inflexión ya que la Plaza de Mercado de Santa Inés se convirtió en un centro de abasto que atraía a un gran número de vendedores y compradores. Esta afluencia de personas, junto con la proliferación de negocios, dio paso a una explosión demográfica. Los espacios de la plaza ya no eran suficientes para acomodar a todos los vendedores, situación que llevó a que los puestos de venta se desbordaran hacia las calles adyacentes y que floreciera el comercio informal, atrayendo a campesinos y vendedores de alimentos de diversas regiones del país. La influencia de esta transformación se manifestó en el conflicto entre la arquitectura republicana y las familias acomodadas residentes del barrio, así como en la adaptación de locales

comerciales para satisfacer las necesidades de la creciente población de vendedores. (Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, 2011).

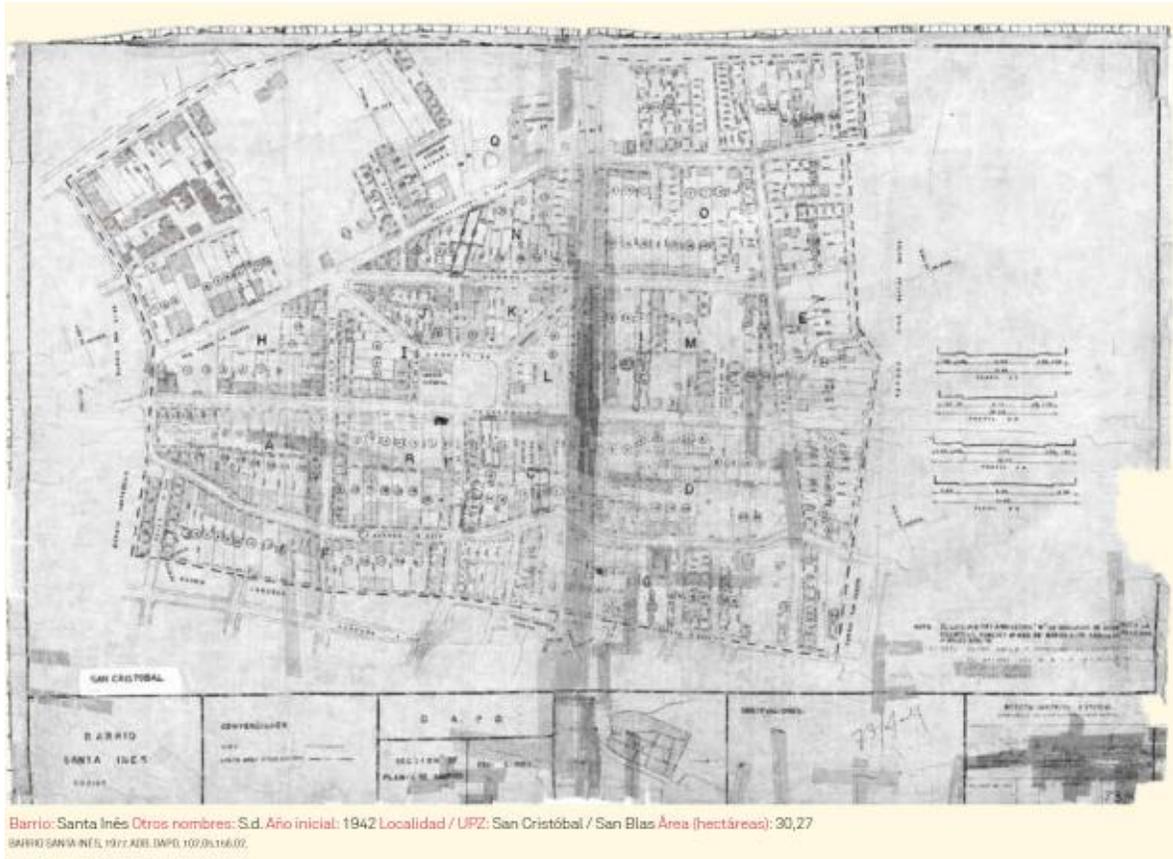


Imagen 5: Tomado de: Atlas histórico de Barrios de Bogotá. 1184-1954 p. 106

La transformación de Santa Inés fue bastante evidente, la arquitectura elegante y los lujosos hoteles fueron reemplazados por una mezcla de comercio informal, tiendas, prostíbulos y una población más diversa. Además, la presión demográfica y la creciente actividad comercial crearon un contraste con las edificaciones más antiguas del barrio que comenzaron a parecer viejas y opacas (Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, 2011).

San Victorino fue un punto clave en la transformación urbana de Bogotá durante las primeras décadas del siglo XX. Antes de los eventos de 1948, esta área ya mostraba signos de cambio social y económico significativos. Según Carbonell (2011), a lo largo de este período, San Victorino pasó de ser un sector de residencia para algunas familias tradicionales de la ciudad a convertirse en un espacio frecuentado por sectores populares, lo que reflejaba la creciente migración y la expansión de las actividades comerciales informales en la zona. Esta transformación

fue acompañada por una percepción negativa de las élites capitalinas, que describían a los nuevos habitantes del área como parte de la 'chusma' o 'plebe'. Así, se empezó a asociar el barrio con la delincuencia y la indigencia, lo que contribuyó a la desvalorización progresiva del suelo urbano y a la estigmatización del lugar como un espacio ocupado por sectores marginales (Carbonell, 2011, p. 140).

La migración hacia Bogotá durante las primeras décadas del siglo XX, tuvo repercusiones significativas, especialmente en términos de la presión sobre los recursos urbanos y la dinámica demográfica. La violencia política y social, específicamente el conflicto armado en las zonas rurales desencadenado por los sucesos de la Guerra de los Mil Días, resultó en un flujo considerable de personas desplazadas hacia la ciudad, incluyendo viudas, huérfanos y soldados. Muchas mujeres llegaron a la ciudad con pocas perspectivas y a menudo se vieron obligadas a ejercer la prostitución. Mientras tanto, los hombres, en su mayoría soldados lesionados y desempleados, vivían en condiciones de indigencia, circunstancias que dieron lugar al desarrollo económico de actividades marginales y, a menudo, delictivas, como la mendicidad y el robo. De este modo la calle se convirtió en un medio de subsistencia para muchas personas, mientras la ciudad lidiaba con un crecimiento demográfico y problemas sociales (Carbonell, 2011).

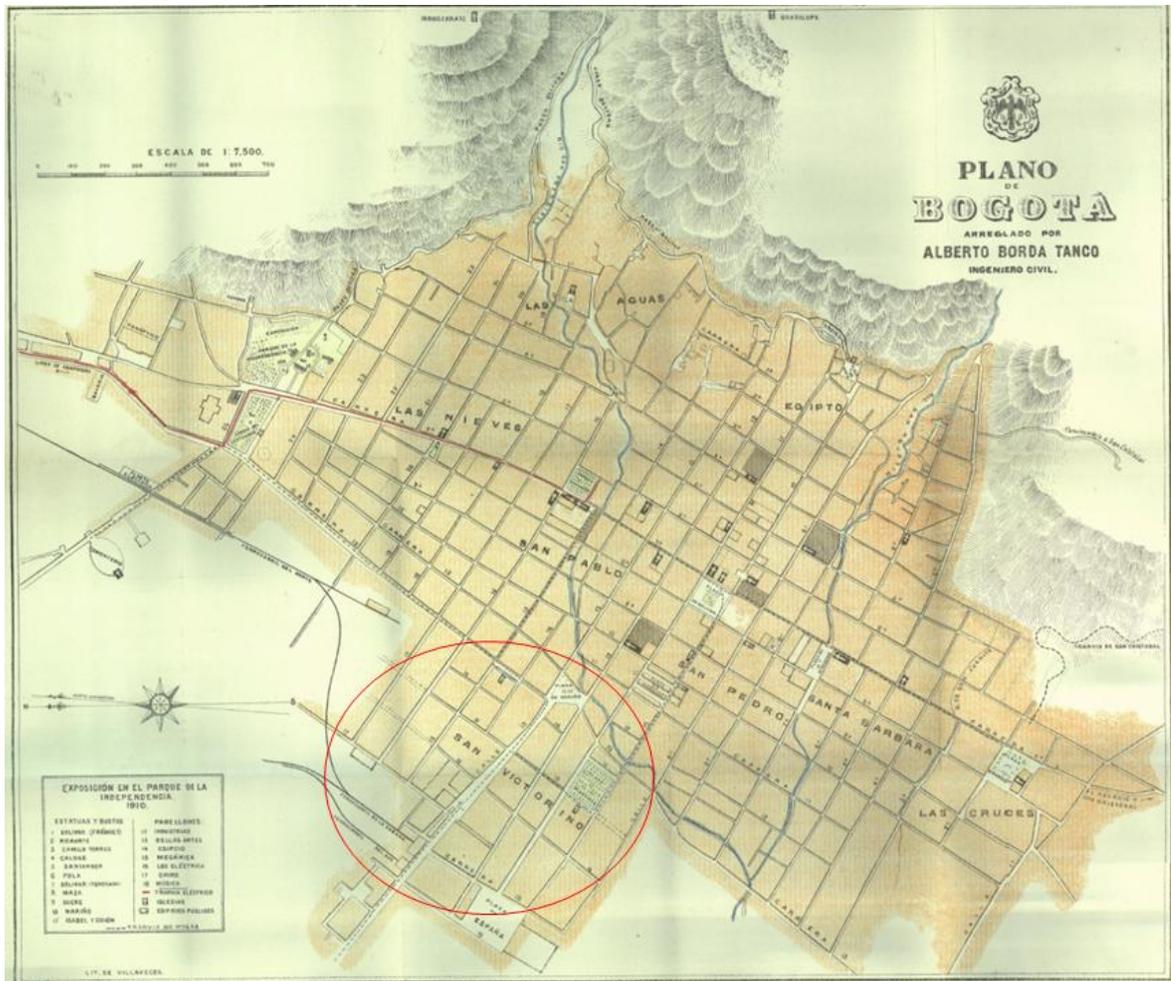


Imagen 6: Tomado de:

<https://archivobogota.secretariageneral.gov.co/sites/default/files/plano%20bogota%20urna%20centenaria.png>

A pesar de los problemas, San Victorino tuvo una transformación importante a lo largo de la historia. La creación de las Galerías Antonio Nariño cambió radicalmente la dinámica del sector al convertirlo en una zona eminentemente comercial, en contraste con su historia anterior como puerto de la ciudad, espacio de ocio, mercado, lugar de encuentro y zona de tolerancia, San Victorino se volvió un centro de actividades comerciales, (Carbonell, 2011).

Sin embargo, la presencia de comerciantes no logró alejar al sector de las condiciones de marginalidad que lo caracterizaban desde hacía tiempo, pues la delincuencia y la indigencia continuaron siendo un problema, aunque los vendedores contribuyeron a definir espacios diferenciados entre el comercio semiformal e informal y la delincuencia e indigencia, que se concentraron en áreas conocidas como "El Cartucho" y "El Bronx" (Carbonell, 2011).

En suma, la migración hacia Bogotá durante las primeras décadas del siglo XX transformó la ciudad, aumentando su población significativamente. Mientras que el barrio Santa Inés pasó de ser un centro de transporte a un bullicioso mercado, San Victorino se convirtió en un punto de encuentro para la población popular, pero también experimentó problemas sociales vinculados a la proliferación de desposeídos y habitantes de calle. La migración no solo se debió a factores económicos, sino también a la violencia en las zonas rurales, lo que llevó a problemas sociales en la ciudad, a pesar de su transformación en un centro de intercambio comercial, fue un escenario en donde proliferaban fenómenos de desigualdad bastante evidentes que lograron evidenciarse en la conformación de múltiples grupos y agremiaciones laborales

1.5. Inserción urbana

La formación de barrios populares en Bogotá estuvo estrechamente ligada a la migración. A medida que trabajadores rurales y de otras regiones llegaban a la ciudad en busca de oportunidades laborales, se establecieron en las áreas urbanas en expansión, dando origen a comunidades obreras que típicamente se localizaban en las zonas periféricas de la ciudad. Estos asentamientos periféricos, que albergaban a los obreros y a sus familias, a menudo se caracterizaban por condiciones de vida precarias y una falta de servicios básicos. Entre ellos se encontraban lugares como Las Cruces y San Cristóbal, conocidos por albergar numerosas industrias dedicadas a la producción de tejas a partir de arcilla, utilizadas principalmente en la construcción de techos. Estas empresas, denominadas tejares o alfarerías, formaban parte integral de la economía local, proporcionando materiales clave para la infraestructura urbana y rural. De un total de 85 establecimientos alfareros, 59 se encontraban ubicados al suroriente de la ciudad. En San Cristóbal y Las Cruces se hallaban casi el 70% de todos los chircales y tejares de la ciudad, y estos controlaban poco más del 65% de la producción de ladrillos, tejas y tubos. (Cienfuentes,2018, p. 154)

Según la concepción de obreros de la época, se refiere a un término amplio y diverso que abarca a trabajadores urbanos y rurales cuya subsistencia depende principalmente de un salario. Como indica Archila (1991), este grupo incluye desde asalariados en talleres artesanales hasta jornaleros agrícolas, pasando por trabajadores en la manufactura, el transporte y la minería. Esta definición se centra en la relación laboral asalariada, excluyendo a aquellos que obtienen ingresos de la propiedad, sin importar su escala.

Los obreros desempeñaron un papel esencial en el desarrollo de Bogotá durante la primera mitad del siglo XX, pues su contribución fue vital en la construcción de la naciente ciudad industrializada. A medida que se expandía la industria y se requería una fuerza laboral creciente, los obreros se convirtieron en una parte fundamental del tejido social, situación que aumentó los niveles de migración y recepción de la ciudad de la época.

Empresas alfareras y tejares de Bogotá para 1914

Ubicación	Número de empresas	Cantidad de hornos	Piezas producidas*
Chapinero	13	32	442.500
Sucre	8	21	482.000
Santa Bárbara	5	10	103.000
Las Cruces	59	132	1.941.000
San Cristóbal			

*** Ladrillos, tejas y tubos.**

Tomado de: Cifuentes 2018, Barrios obreros en Bogotá: San Cristóbal y la vivienda obrera, 1910-1940, p. 154

La migración hacia Bogotá facilitó la consolidación de una clase obrera unida, ya que los migrantes compartían sus vivencias y desafíos comunes, lo que fortaleció la cohesión social y propició la emergencia de líderes sindicales. Estos líderes desempeñaron un papel crucial en la defensa de los derechos laborales y en la lucha por mejores condiciones de trabajo. Además, los barrios obreros se convirtieron en centros de actividad política y social, donde se debatían temas fundamentales como la equidad salarial y las condiciones laborales. Según Cifuentes (2018), los trabajadores del tranvía se involucraron activamente en los primeros esfuerzos organizativos del movimiento obrero en Colombia, siendo su sindicato afín al Partido Socialista desde 1919 y protagonizando una significativa huelga en 1924.

En el contexto de la lucha por los derechos laborales y las condiciones de trabajo, el movimiento sindical se convirtió en un vehículo esencial para promover mejores salarios, jornadas laborales más cortas y condiciones laborales seguras para la emergente clase obrera. En este sentido, las huelgas y manifestaciones fueron tácticas frecuentes empleadas por los trabajadores para presionar tanto a los empleadores como al gobierno. Archila (1991) destaca que en 1913 surgió en Bogotá la Unión Obrera Colombiana, una organización que se distanció de los esfuerzos previos y criticó a la UNIO (Unión de Industriales y Obreros) por estar influenciada por los

industriales. Esta nueva organización se centró exclusivamente en los trabajadores y denunció la "explotación" por parte de los capitalistas. A través de su periódico, La Unión Obrera, contribuyó significativamente a la formación de la identidad de clase entre los trabajadores asalariados.

Otro grupo de trabajadores que se desempeñaban en el mercado informal eran los buhoneros. Como lo describe Castañeda y García (2007), representaban un grupo diverso de vendedores ambulantes en Bogotá que incluía vendedores de alimentos, mercancías en general, revistas y otros productos. Fenómenos externos influyeron de manera significativa en el crecimiento de buhoneros y vendedores ambulantes. Martínez (2010) señala que la diáspora judía incentivó el establecimiento de pequeñas comunidades comerciantes en la ciudad de Bogotá haciendo uso de una estrategia económica que resultaba innovadora para la época, como lo es entregar mercancías a crédito (Martínez, 2010, p. 274).

Durante las primeras décadas del siglo XX, las autoridades bogotanas ya mostraban preocupación por la proliferación de buhoneros en los distintos barrios de la ciudad. A medida que Bogotá crecía, la presencia de vendedores ambulantes en las calles empezó a ser vista como un desafío para la circulación, la vigilancia y la limpieza urbana. Este fenómeno generó tensiones entre las autoridades y los buhoneros, que ocupaban espacios públicos para ganarse la vida en un contexto de expansión capitalista y transformación urbana. Aunque no fue hasta después de 1948 cuando se reglamentó formalmente esta profesión popular, los debates sobre cómo gestionar la presencia de vendedores informales ya estaban presentes en las discusiones municipales antes de ese año. (Decreto 76 de 1950)

El artículo 1 definía al vendedor ambulante como “todo el que ejecuta actos de comercio sin tener local especialmente establecido y destinado para ello”. El artículo 2 establecía una serie de requisitos que deberían cumplir aquellos dedicados a esta actividad, incluyendo la afiliación a una asociación o sindicato con personería jurídica, la comprobación de condiciones sanitarias y de conducta, la nacionalidad colombiana, entre otros aspectos. (Decreto 76 de 1950). La normativa también contemplaba la creación de registros de vendedores ambulantes, donde se establecían detalles como el número de patente, nombre del vendedor, artículos que expende, domicilio, entre otros, además, se establecía la obligación de los gremios de mantener uniformados a sus afiliados, con especificaciones detalladas sobre el tipo de uniforme permitido.

Finalmente, el decreto limitaba el número de vendedores ambulantes afiliados y permite la afiliación de un mismo individuo a dos o más gremios, clasificados en diferentes categorías según la naturaleza de su actividad comercial. (Decreto 76 de 1950)

Los buhoneros operaban en diversos lugares de Bogotá, con la Plaza de Mercado de Santa Inés como un importante punto de referencia para el comercio informal. Esta plaza, como se mencionó con anterioridad, se convirtió en un centro de actividad para los buhoneros y se caracterizaba por la venta de una amplia gama de productos. Sin embargo, el crecimiento descontrolado de los buhoneros y vendedores ambulantes en las calles adyacentes, generó problemas en términos de espacio y regulación. A medida que aumentaba la competencia y la oferta de productos en las calles, las autoridades se vieron compelidas a establecer reglas para garantizar la convivencia en el espacio público. (Decreto 76 de 1950)

Estas regulaciones tenían como objetivo abordar diversas situaciones asociadas con el comercio informal, como la competencia desleal y la congestión en las calles. No obstante, también planteaban cuestiones de justicia y estabilidad para los buhoneros. Las sanciones por incumplimiento incluían multas, arrestos y la suspensión de licencias, lo que generaba tensiones entre los vendedores y las autoridades.

Los vagabundos eran otro grupo social que desempeñó un papel en la configuración de la ciudad de Bogotá durante la primera parte del siglo XX. Como describe Vega (2002), la legislación colombiana de la época abordó la cuestión de la vagancia a través de la ley 105 de 1922, esta ley definió a los vagabundos como personas sin bienes, rentas, ocupación lícita o medios conocidos de subsistencia. La vagancia se consideraba entonces un problema social y se abordaba mediante la relegación de los vagabundos a colonias penales.

La legislación proponía medidas punitivas para aquellos considerados reincidentes en delitos contra la propiedad, así como para quienes fueran declarados vagos por la policía.

El artículo 1° de la ley estableció la obligación del juez de solicitar informes sobre la conducta del acusado en casos de delitos contra la propiedad, lo que permitía determinar si el individuo era reincidente. Por su parte, el artículo 2° instauró las penas de relegación a colonias penales para los reincidentes en delitos contra la propiedad, con duraciones que aumentaban con cada reincidencia.”. (LEY 105 DE 1922)

El artículo 4° ampliaba el alcance de la ley al incluir a los declarados vagos por la policía, estableciendo que las Asambleas Departamentales determinarían el procedimiento para su juzgamiento y las penas correspondientes. Por último, el artículo 5° definía quién podía ser considerado vago para los fines de la ley, estableciendo criterios como la falta de bienes o ingresos, la ausencia de ocupación lícita y un estilo de vida perjudicial para la sociedad, definido como "quien no posee bienes o rentas, o no ejerce profesión, arte u oficio, industria, ocupación lícita o algún otro medio legítimo conocido de subsistencia, y, además, su modo de vivir da fundamento bastante para estimarlo perjudicial a la sociedad, y que habiendo sido requerido por la autoridad competente hasta por dos veces, en el curso de un semestre, no cambie sus hábitos viciosos". (LEY 105 DE 1922)

Dichos artículos reflejan la preocupación de las autoridades por abordar el problema de la delincuencia y la vagancia mediante la aplicación de penas punitivas, aunque también plantean interrogantes sobre la efectividad de estas medidas, así como sobre su impacto en los derechos individuales y la reinserción social de los infractores.

La expresión *gamín* ha sido internalizada en el tejido social de la sociedad bogotana como un epíteto que designa a una categoría específica: la del vagabundo, esta figura se distingue por la presencia constante en los espacios urbanos, donde se dedican a actividades como la mendicidad o conductas delictivas. A menudo, estos individuos se agrupan en conjuntos denominados *galladas*, enfrentando las condiciones climáticas adversas a través del resguardo provisorio de cartones y periódicos para mitigar el frío, de igual modo, su vestimenta suele ser holgada y deteriorada, sirviendo tanto como camuflaje para objetos obtenidos ilícitamente como instrumento para suscitar la simpatía del público. (De Nicolás, J. A. 2009)

El *gamín* personifica una entidad desvinculada de la estabilidad familiar, ya que, a pesar de tener progenitores o residencias, la carencia de apoyo en aspectos económicos, morales y afectivos los expone a una suerte de orfandad emocional, condición que se manifiesta como una respuesta a las condiciones de escasez material y al desamparo afectivo que han experimentado, impulsándolos a buscar autarquía que, bajo una apariencia de rebeldía y desafío, subyace un intento por trascender y ajustarse a un entorno adverso.

En el marco de esta investigación, se utiliza el término *vagabundo* para referirse a personas que, a pesar de haber perdido sus posesiones materiales fundamentales, se encuentran en

situaciones como el consumo de sustancias, la comisión de actos delictivos u otros fenómenos sociales, y han optado por residir en las vías públicas urbanas. Esta elección busca capturar la diversidad de experiencias y realidades asociadas con la vida de estos sujetos, evitando una simplificación mediante un término específico.

En este contexto, De Nicoló, J., Ardila, I., Castrellón, C., & Mariño, G. (2006) describen a estos individuos como aquellos que pasan todo el día en la calle, pidiendo limosna o cometiendo robos, resguardándose de la intemperie con cartones y periódicos. Agrupados en *galladas*, utilizan un argot característico y visten ropas desgastadas para esconder lo que roban y provocar la compasión pública. Son jóvenes sin apoyo económico, moral o afectivo, aunque tengan padres en algún lugar, su situación de desamparo los lleva a buscar independencia como una forma de superación personal.

Los vagabundos se encontraban en una situación precaria, marginados de la sociedad, su existencia reflejaba las tensiones y los desafíos económicos y sociales de la época y la evidente marginación que experimentaban algunos sectores sociales que no lograban incorporarse ni a la economía formal ni la informal. La legislación destinada a controlar a los vagabundos ilustra la preocupación por el control de la fuerza de trabajo y el mantenimiento del orden social.

La migración hacia Bogotá contribuyó al aumento de la población de vagabundos, pues las personas que no lograban encontrar empleo o medios de subsistencia quedaban atrapadas en la categoría de vagabundos, así mismo, la falta de oportunidades laborales y la creciente urbanización citadina generaban una población de desempleados y vagabundos.

En resumen, la migración en el siglo XX modeló gran parte de la ciudad de Bogotá, especialmente la formación de barrios obreros y populares, pues los trabajadores migrantes, provenientes de diversas regiones, impulsaron el crecimiento industrial y económico. Su concentración en áreas como las Cruces y San Cristóbal evidenció condiciones precarias no solo en términos de organización, sino también frente a condiciones de higiene y salubridad.

Así mismo, la noción de obrero en la Bogotá en proceso de industrialización no se limitó a los trabajadores de fábricas, sino que abarcó una amplia gama de asalariados, como jornaleros agrícolas, mineros, trabajadores del transporte y de talleres artesanales. Este grupo diverso desempeñó un papel crucial en la transformación económica, social y urbana de la ciudad. Los

barrios obreros no solo reflejaron el crecimiento urbano, sino que se convirtieron en focos de actividad política, donde surgieron movimientos sindicales y luchas laborales por mejores condiciones de trabajo.

Por otro lado, grupos como los buhoneros y vagabundos, aunque marginados, también influyeron en la configuración de Bogotá. El comercio ambulante y la exclusión de muchos por la falta de empleo resaltaban las contradicciones de la industrialización. La ciudad, al desarrollarse industrialmente, ofrecía oportunidades para unos mientras dejaba a otros en situaciones de precariedad, marcando un proceso de transformación urbana acompañado de tensiones sociales y políticas.

Conclusiones

En el presente capítulo se ha emprendido una exploración del papel crucial que desempeñó la migración en la configuración de los grupos de obreros, buhoneros y vagabundos en la ciudad. Se ha resaltado la importancia de abordar la noción de *campesino* desde múltiples dimensiones, que abarcan lo económico, lo social, lo cultural y lo territorial. En este contexto, el café tuvo un significativo impacto en la economía colombiana, como generador de un mercado interno en constante expansión. No obstante, la modernización se restringió a determinadas regiones y segmentos sociales, lo que resultó en una coexistencia peculiar de tradición y modernización en el contexto colombiano.

Además, los conflictos internos y guerras civiles, como la Guerra de los Mil Días, jugaron un papel destacado en el desplazamiento de la población rural hacia los centros urbanos, creando una dinámica migratoria relevante. En lo que respecta a la estructura de clases, se han observado diferencias marcadas entre el campo y las ciudades. Mientras que en el campo predominaban los terratenientes y hacendados, en las áreas urbanas coexistían artesanos, proletariado y burguesía industrial. Así mismo, el capitalismo estaba emergiendo como la relación social preeminente en la vida colombiana, aunque su consolidación venía acompañada de alianzas y contradicciones de clase con otros sectores no industriales.

Por último, se ha abordado el crucial tema de la calificación de la fuerza de trabajo, desafiando la percepción inicial de que la clase obrera carecía de habilidades específicas, en un análisis que ha demostrado la diversidad y el dinamismo de la clase trabajadora colombiana.

El análisis presentado en este capítulo desempeña un papel fundamental en el desarrollo de esta investigación en su conjunto, al proporcionar una base contextual para los capítulos subsiguientes, la comprensión de cómo la migración contribuyó a la configuración de grupos sociales específicos en Bogotá durante la primera mitad del Siglo XX es esencial para demostrar cómo estos grupos influyeron en el desarrollo económico e industrial de la ciudad.

Capítulo 2. Estructuras sociales y dinámicas urbanas

A lo largo de su evolución histórica, Bogotá ha sido testigo de diversas metamorfosis tanto en el ámbito económico como social, cuyas repercusiones han dejado una marcada huella en el desarrollo urbano de la ciudad y en la cotidianidad de sus residentes. Este capítulo se centra en examinar el impacto del modelo económico imperante durante las décadas que abarcan la primera mitad del siglo XX en la configuración de los núcleos obreros, buhoneros y vagabundos de la ciudad. El objetivo es indagar cómo la expansión capitalista moldeó la estructura ocupacional y la estratificación social de la ciudad. En este contexto, se analiza cómo las condiciones impuestas por el sistema productivo de la época propiciaron la integración de ciertos grupos sociales y la marginalización de otros.

El período en cuestión se caracteriza por la transición de una economía nacional principalmente agraria a una orientada hacia la industria y el comercio, proceso influenciado en gran medida por la expansión del capitalismo, gestado durante la segunda mitad del siglo XIX. Esta transformación económica trajo consigo una serie de cambios en la vida y la organización urbana, así como también nuevas oportunidades para las personas en la ciudad. Es esencial entender cómo estos cambios impactaron en la configuración de los distintos grupos ocupacionales que desempeñaron un papel fundamental en la vida de la ciudad y en su estructura social.

Todas las adaptaciones y modificaciones urbanas observadas son resultado del dinamismo de los principales sectores populares, vinculados a diferentes actividades productivas. Muchos de estos grupos y sus agremiaciones fueron los responsables de fundar, organizar y hasta movilizar espacios enteros que se convirtieron en pequeños asentamientos suburbanos con una clara herencia popular.

El contexto económico en el que se inscribe el capítulo es el de la industrialización por sustitución de importaciones, en donde la aparición de las primeras industrias en las ciudades colombianas más importantes supuso una reorganización social. Bogotá se convirtió en un microcosmos que reflejó y, al mismo tiempo, adaptó a su propia realidad las tendencias económicas y sociales globales. Archila (1991) señala como la expansión capitalista, la industrialización y la urbanización surgieron como fuerzas transformadoras que tuvieron un impacto sustancial en la ciudad y en la vida de sus habitantes, buscando ajustarse de manera

singular a las características de ciudades europeas en donde este proceso se desarrolló con muchos años y condiciones disímiles. La reestructuración de la ocupación laboral y las primeras formas de estratificación social contemporánea en Bogotá se convirtieron en un testimonio vívido de estos procesos de cambio.

Entender cómo el modelo económico y productivo vigente, así como también la expansión capitalista impactaron en la formación de los núcleos obreros, buhoneros y vagabundos en la Bogotá del siglo XX, es esencial para desentrañar la complejidad de la historia social de la ciudad. Los núcleos obreros, por ejemplo, surgieron como una respuesta a la creciente demanda de mano de obra industrial, y su evolución refleja la adaptabilidad, las condiciones y las necesidades de la época. Los buhoneros, por su parte, encarnaron la lucha por la supervivencia haciéndose un lugar entre los intersticios de la economía formal e informal, mientras que los vagabundos representaron una manifestación extrema de la estratificación social, de la segregación y la marginación de aquellos desposeídos de los incontables conflictos internos que ha experimentado la sociedad colombiana.

En la estructura de este capítulo primero se examina el contexto histórico y económico de Bogotá en las primeras décadas del siglo XX para comprender las fuerzas subyacentes que impulsaron los cambios en la ciudad. Luego, se indaga la configuración de los núcleos obreros en Bogotá, destacando sus orígenes y evolución, así como su impacto en la estructura laboral y organizativa de la ciudad. Después se explora el auge del comercio ambulante y la comunidad de buhoneros, destacando cómo este grupo se adaptó a las dinámicas económicas y sociales imperantes. Finalmente, se exponen las particularidades de la presencia de vagabundos en la ciudad de Bogotá y su conexión con la estratificación social, explorando las causas y consecuencias de la *vagancia* en la ciudad.

2.1. Guerra, migraciones y epidemia

Durante la transición del siglo XIX al XX, Bogotá fue testigo de una serie de eventos trascendentales que moldearían su devenir histórico. Su participación en la Guerra de los Mil Días (1899-1902) dejó un impacto devastador en la población, como señala Vega (2006), con la pérdida de aproximadamente 100,000 vidas, la capital colombiana fue escenario de otros acontecimientos de gran relevancia. Entre ellos, destacan la industrialización creciente, el fenómeno de la migración

interna y la emergencia de formas incipientes de capitalismo. En ese entonces, Bogotá, la ciudad más grande del país, albergaba alrededor de 78,000 habitantes, lo que la situaba como una urbe relativamente pequeña en comparación con otras ciudades latinoamericanas.

Además de la desproporción de fuerzas durante la Guerra de los Mil Días, es crucial considerar la dinámica política imperante en ese periodo. El Partido Conservador colombiano, prácticamente único en el poder hasta 1930, ejerció una influencia considerable en la configuración territorial y poblacional del país. En este contexto, se observó un desplazamiento significativo de poblaciones enteras motivado por diferencias ideológicas. Los liberales, como resultado de esta situación, fueron desplazados hacia otros territorios como consecuencia de la predominancia del Partido Conservador. Además, el respaldo del partido gobernante por parte de fuerzas paramilitares exacerbó aún más este fenómeno, incitando a personas y comunidades enteras a retornar a sus lugares de origen bajo amenazas o coacción. (Melo, 1996 pp. 22-23)

Al respecto, el periódico *El conservador* de 1902 en Pasto, con orientación abiertamente conservadora, informaba sobre las disposiciones gubernamentales de la época, durante la vicepresidencia de José Manuel Marroquín, para abordar las confiscaciones y destrucciones de bienes durante conflictos revolucionarios en Colombia. Se dictaron medidas que establecían que los bienes confiscados o destruidos fuera de operaciones militares debían ser reintegrados de inmediato a sus propietarios con dinero recaudado de los enemigos del gobierno, mencionando “Desde la publicación de este Decreto en adelante, los bienes que les sean confiscados ó destruidos, fuera de operaciones militares, á los amigos del Gobierno, por los agentes de la revolución, les serán reintegrados inmediatamente con dinero, que al efecto se les exigirá á los enemigos del Gobierno.” (26 de Junio de 1902 p.2) Para reclamar el valor de los bienes, los afectados debían presentar un recibo entregado por los revolucionarios o, en su ausencia, declaraciones de tres testigos ante la autoridad local. El cumplimiento de estas medidas fue asignado al Ministerio de Guerra en Bogotá y a los gobernadores de los departamentos (*El conservador* 1902).

La sociedad colombiana de la época era predominantemente rural, y en el ámbito económico y social, los hacendados ejercían una influencia preponderante. Como ya se ha mencionado, políticamente, el Partido Conservador dominaba la escena, y la Iglesia católica desempeñaba un papel ideológico y cultural crucial. Vega (2006) argumenta que esta estructura que se consolidó desde la Constitución de 1886, comenzó a tambalear en la década de 1920 con la

llegada de procesos de industrialización que lograron consolidar aún más el modelo capitalista y las corrientes modernizadoras. Estos cambios marcaron el inicio de una era de transformaciones culturales, ideológicas, políticas y simbólicas que se producirían en los "ruidosos años veinte".

El contexto social se vio profundamente afectado por la propagación de epidemias mortales, destacándose la gripe que asoló a Colombia en 1918. Esta epidemia cobró la vida de alrededor de 40,000 personas en el país, con aproximadamente mil víctimas en Bogotá, afectando especialmente a los sectores más desfavorecidos de la población. Se estima que la enfermedad impactó al 28% de la población de Bogotá, evidenciando la gravedad de la crisis. Las condiciones de higiene y salubridad eran deficientes en los barrios y zonas periféricas de la capital, donde la escasez de servicios básicos y la falta de hospitales agravaban la agonía de cientos de personas (Vega, 2006).

En este contexto, la percepción de la epidemia varió en diferentes lugares. Por ejemplo, el 16 de octubre de 1918, el periódico *La Nación* de Argentina publicaba un artículo que minimizaba el riesgo de la gripe, sugiriendo que su presentación sería benigna en comparación con las condiciones sanitarias de Europa y Brasil. A pesar de las advertencias sobre el contagio, en Buenos Aires, la sociedad parecía ignorar la amenaza, saliendo a pasear sin preocupación. No obstante, mientras la prensa ofrecía mensajes tranquilizadores, también se reportaba un fenómeno recurrente durante las epidemias: la especulación en torno a productos que se creían efectivos para protegerse contra la gripe. La escasez de información y la desesperación llevaron a un aumento desmedido en el precio de remedios populares, lo que reflejaba la angustia de la población ante una crisis sanitaria que, como en Bogotá, exacerbaba la ya precaria situación de los sectores más vulnerables (Carbonetti, 2009).

Para el diario *El Tiempo* (28 de octubre de 1918), la gripe ocasionó la muerte de alrededor de 871 bogotanos, "La epidemia, aunque tocó a todos los sectores de la sociedad, se ensañó especialmente con la población menos favorecida" (p. 1). En la figura 7 se puede apreciar el desplome de personas en las calles a causa de la epidemia, lo que refleja la gravedad de la situación. En la figura 8, se observan las condiciones de precariedad y necesidad que caracterizaban a las personas durante ese contexto, destacando el impacto mayor de las epidemias sobre las clases más vulnerables de la sociedad.



Imagen 7: Tomado de: <https://www.eltiempo.com/salud/como-se-vivio-la-gripa-espanola-en-colombia-500828>

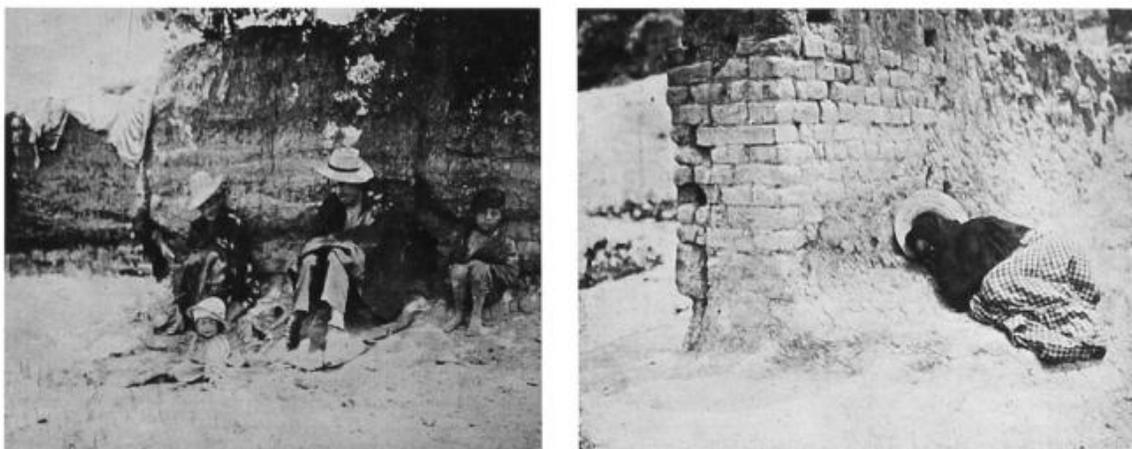


Imagen 8: Escenas de la epidemia de gripa en la capital (*Cromos 187 V. VI*, octubre 26 de 1918, p. 244).

La llegada del capitalismo a Colombia marcó un punto de inflexión en una sociedad predominantemente agraria y conservadora. Este cambio económico estuvo influenciado no solo por la mejora de la infraestructura de transporte, sino también por la producción y exportación de productos clave que se convirtieron en pilares fundamentales de la economía. Para Restrepo (2006), el capitalismo irrumpió en Colombia en una época en que la sociedad se encontraba fundamentalmente estructurada en torno a una economía rural y una política conservadora. Esta transformación económica no solo fue impulsada por los factores ya mencionados, como la

infraestructura de transporte, sino también por la producción de productos clave que se convirtieron en pilares de la economía colombiana. Productos como el café, el caucho, el tabaco, la quina y el añil desempeñaron un papel fundamental en el desarrollo económico del país.

Un elemento crucial en esta transformación económica y demográfica fue el desarrollo de infraestructuras de transporte, como los ferrocarriles y carreteras. En el período analizado, los ferrocarriles se trazaron siguiendo la estructura de los antiguos caminos de herradura que conectaban Bogotá con las demás regiones del país. Estos ferrocarriles permitieron una mayor integración de la ciudad con otras regiones de Colombia. (Acebedo 2006, p. 23)

De la misma manera, la proliferación de fábricas en Bogotá durante los inicios del siglo XX no solo influyó en la creación de barrios obreros, sino que también subrayó las necesidades higiénicas urgentes de estos asentamientos, ya que la ciudad no estaba preparada para recibir tal cantidad de migrantes y afrontar los retos asociados con el rápido crecimiento industrial. Según Gutiérrez (2017), la ciudad estaba estratificada de manera marcada, con los sectores industriales ubicados principalmente al occidente, a excepción de San Diego, que albergaba industrias cervecera y textil debido a la proximidad de las vías férreas, facilitando el transporte de mercancías. Estas condiciones propiciaron la formación de grupos sociales específicos como los obreros, quienes encontraron empleo en las fábricas y necesitaron viviendas cercanas a sus lugares de trabajo.

Asimismo, la presencia de industrias y comercios generó oportunidades para los buhoneros, quienes establecieron sus negocios en áreas próximas a los centros de actividad económica. Por otro lado, el rápido crecimiento urbano y la falta de oportunidades laborales formales llevaron a la aparición de grupos de vagabundos, que encontraron refugio en los barrios marginales y zonas periféricas de la ciudad. De esta manera, la conformación de estos grupos sociales estuvo estrechamente ligada a los distintos escenarios laborales y lugares de actividad económica en Bogotá durante este período histórico.

El sector norte estaba reservado para la población más acomodada, con centros deportivos, recreativos y educativos. En contraste, los barrios obreros se extendieron por todas las direcciones, desde el occidente hasta el oriente y del sur al norte, cabe señalar que, la nomenclatura “barrio obrero” abarcaba dos tipos de hábitats en la primera mitad del siglo XX, el primero se refería a construcciones en las periferias de la ciudad, generalmente asociadas con las clases populares y

trabajadoras, mientras el segundo tipo surgía después de la década de 1920, caracterizándose por viviendas específicamente diseñadas para la clase obrera, como La Perseverancia y Villa Javier.

El proceso de pavimentación de la ciudad era lento y complejo, aunque para la época se había logrado pavimentar una proporción significativa de las calles. Los sectores de élite de la sociedad bogotana expresaban insatisfacción, deseando que la ciudad estuviera a la vanguardia y fuera digna de ser llamada la “Atenas suramericana”. Esta insatisfacción reflejaba no solo una preocupación estética, sino también las limitaciones de la infraestructura urbana para lidiar con el crecimiento demográfico y la expansión industrial. De la mano de dichas limitaciones, la fundación de nuevos barrios destinados a los trabajadores y obreros lograba completar el panorama de rápida expansión urbana, muestra de ello es la Imagen 9 que se refiere a la Inauguración de casas para obreros en el barrio de San Francisco Javier en 1919.



Imagen 9: *Inauguración de casas para obreros en el barrio de San Francisco Javier 1919, fotograbados, Cromos No. 192, p. 192.*

Tomado de: <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-396/barrios-obreros-y-habitaciones>

El crítico panorama higiénico de los barrios obreros se manifestaba en la falta de servicios básicos y condiciones sanitarias adecuadas. La rápida urbanización y migración hacia la ciudad

generaron un aumento demográfico significativo, dando origen a una gran cantidad de problemas de salubridad vinculados con el manejo de los desechos y los residuos. En este contexto, la industrialización no solo contribuía al desarrollo económico, sino que también exponía las brechas en la planificación urbana y resaltaba la urgencia de abordar las condiciones de vida en los nuevos barrios obreros. Por otro lado, la necesidad de mejorar la higiene y la salubridad se convertía en un imperativo por parte de las autoridades para mitigar los riesgos asociados con el rápido crecimiento urbano.

En suma, en la transición del siglo XIX al XX, Bogotá experimentó la devastación de la Guerra de los Mil Días y la expansión del capitalismo. Así mismo, la epidemia de gripe de 1918 afectó especialmente a los sectores desfavorecidos, revelando condiciones precarias en los nacientes barrios periféricos. Por otro lado, el crecimiento demográfico y la industrialización, liderada por empresas como la Cervecería Bavaria, crearon barrios obreros, destacando la falta de planificación urbana y las carencias en higiene. De la mano de ello, la competencia en la industria cervecera evidenció la dinámica del mercado, incentivando la transformación económica no solamente de la ciudad, sino también del país, que se vio respaldada por infraestructuras de transporte, como ferrocarriles y carreteras, conectando Bogotá con otras regiones.

2.2 Configuración de los núcleos obreros a principios del Siglo XX

La formación de los núcleos obreros en Bogotá fue un proceso de gran complejidad, influido por una interacción multifacética de factores económicos, sociales y políticos. En este apartado se busca explorar en detalle los elementos que contribuyeron a dar forma a la clase trabajadora en la ciudad de Bogotá, así como abordar los elementos más significativos que estuvieron detrás de la formación de los primeros barrios obreros.

Tomando como punto de partida la noción de E.P. Thompson (1966) de que la clase trabajadora es el resultado de una historia política, cultural y económica, es importante entender que ésta no surgió de manera espontánea con la introducción del sistema fabril. En su lugar, la transformación de las relaciones de producción y las condiciones laborales afectó a individuos que ya llevaban consigo una herencia cultural y política bastante nutrida. En el caso de Bogotá, la transición hacia una economía industrial y urbanizada implicó cambios profundos tanto en las

dinámicas laborales como en la conciencia de clase. Adicionalmente, el vínculo de esta naciente clase trabajadora con el artesanado radical va a dar como resultado una herencia de ideas liberales, de modo que, la construcción de los núcleos obreros en la ciudad fue, en gran medida, una respuesta a dichas transformaciones.

Las fábricas jugaron un papel central en la configuración de los núcleos obreros, permitiendo a los empresarios capitalistas ejercer un control sin precedentes sobre los materiales y el tiempo de trabajo (Vega, 2013). En esta nueva era, el control del tiempo se volvió cada vez más crítico, y los capitalistas implementaron diversas estrategias para imponer una disciplina temporal. Esta noción es fundamental para comprender cómo la revolución industrial no solo transformó la economía, sino también la estructura de la mano de obra y las relaciones laborales. La maquinaria y las operaciones fabriles requerían una sincronización meticulosa y la puntualidad se convirtió en una característica esencial. En consecuencia, la distancia existente entre el hogar y el trabajo se fue reduciendo de manera significativa al punto de configurar barrios exclusivamente para los trabajadores de alguna fábrica en particular.

El surgimiento de los primeros barrios obreros en Bogotá se entrelaza de manera íntima con la formación de los núcleos obreros, pues estos barrios fueron una respuesta directa a los cambios sociales y económicos que caracterizaron la transformación de la ciudad en las primeras décadas del siglo XX. Como señala Cifuentes (2018), en la década de 1910 comenzaron a aparecer nuevos barrios como La Perseverancia y El Ricaurte, que ya eran calificados por sus contemporáneos como obreros. Estos barrios eran una manifestación tangible de la concentración de trabajadores en la ciudad y de las condiciones de vida a las que se enfrentaban.

Por otro lado, las fábricas generaron una división jerárquica en las fuerzas de trabajo, con una escala salarial diferencial que separó a los obreros calificados de los no calificados (Vega, 2013). Mientras los obreros no calificados no requerían una formación laboral sofisticada y, por lo tanto, no implicaban costos significativos de aprendizaje, los obreros calificados vieron reducidos sus costos de aprendizaje en comparación con la artesanía, ya que las tareas se simplificaron. Este cambio no solo tuvo implicaciones económicas, sino que también dividió a la clase trabajadora en categorías que influirían en su organización y luchas subsiguientes. Adicionalmente logró evidenciarse una suerte de segmentación social en los nacientes barrios, pues algunos de ellos no lograban contar con los servicios mínimos de subsistencia.

El proceso de urbanización y el surgimiento de barrios obreros no ocurrió de manera aislada, pues fue parte integral del crecimiento urbano de Bogotá que se expandía hacia áreas como el suroriente de la ciudad. El hecho de que los barrios obreros se establecieran en el suroriente estuvo relacionado con múltiples factores. Por un lado, la presencia de fábricas en la zona, terrenos asequibles y una línea de tranvía facilitaron la creación de estos barrios (Cifuentes, 2018). Por otro, la disponibilidad de fuentes de agua potable y otros servicios básicos.

En el caso de barrios como el 1° de Mayo y Buenos Aires, se evidencia una relación compleja entre las autoridades municipales y la creación de viviendas obreras. La Junta de Habitaciones para Obreros, creada por el Concejo de Bogotá en 1919 tras la crisis derivada de la epidemia de gripe española (Rodríguez, 2013), fue una respuesta a la urgente necesidad de vivienda para los sectores más desfavorecidos. Esta junta tenía el objetivo de construir un barrio para obreros financiado con fondos municipales. Desempeñó un papel crucial en la planificación y ejecución de urbanizaciones en áreas como San Cristóbal, donde se encontraban estos barrios. (Silva, 1989)

La iniciativa se fundamentaba en la idea de ofrecer viviendas asequibles a los trabajadores de la ciudad, pero detrás de esta decisión operaban diversos factores, como la disponibilidad de terrenos aptos para urbanización y ciertos intereses económicos. Estos intereses estaban relacionados con las nacientes industrias, que buscaban aprovechar la localización estratégica de los terrenos cercanos a los centros de producción y transporte, lo que facilitaba tanto el acceso de la mano de obra como la distribución de mercancías.

Finalmente, el municipio destinó fondos públicos a la construcción de urbanizaciones, la intervención estatal, a través de la Junta de Habitaciones para Obreros, que, según menciona Rodríguez (2013), formaba parte de una política pública que buscaba ofrecer soluciones a la necesidad de viviendas asequibles para los trabajadores, en un contexto de expansión urbana y cambio social. Estas urbanizaciones, además de proveer un espacio residencial, intentaban regular el crecimiento de la ciudad bajo ciertos parámetros, con el objetivo de evitar un desarrollo no planificado.

Sin embargo, la limitación en el acceso a estas viviendas llevó a que muchas familias, que no podían beneficiarse de estas políticas, ocuparan terrenos vacíos en las periferias de la ciudad. Este proceso de ocupación, conocido como invasión, dio lugar a la construcción de viviendas de

ciudad, sino también mejorar las condiciones de vida y combatir la falta de higiene en los sectores más empobrecidos.

Si bien las fábricas y las nuevas relaciones laborales jugaron un papel esencial en la conformación de los núcleos obreros en Bogotá, es fundamental recordar que este proceso estuvo vinculado estrechamente con la figura de agremiaciones. Así, los primeros sindicatos en Colombia fueron de tipo gremial y estaban compuestos en su mayoría por trabajadores calificados. Esto se debió, en parte, a que, durante la Hegemonía Conservadora, el Estado no respaldaba las organizaciones sindicales. Por el contrario, las perseguía y en ocasiones, reprimía violentamente a los trabajadores que intentaban organizar huelgas. La falta de protección estatal dificultó en gran medida la efectividad de los sindicatos de trabajadores no calificados. Este contexto hostil hacia el sindicalismo contribuyó a los fracasos iniciales de las huelgas de los trabajadores no calificados, lo que se observa en los conflictos en las bananeras y en el sector de la construcción (Urrutia, 2016). En contraste, los sindicatos de trabajadores calificados, como los ferroviarios, tuvieron más éxito y lograron mejoras en las condiciones de trabajo.

En este contexto, la Ley 83 de 1931 formalizó el derecho de los trabajadores a asociarse libremente en defensa de sus intereses. La ley reconoció la figura del sindicato como la asociación de trabajadores de una misma profesión, oficio o especialidad, constituida exclusivamente para el estudio, desarrollo y defensa de los intereses comunes de su profesión. Además, extendió este derecho también a las profesiones liberales, a los industriales y a los trabajadores asalariados por el Estado, los Departamentos y los Municipios. (Urrutia 2016, p. 169)

Esta ley distinguía entre sindicatos gremiales, formados por individuos de una misma profesión, y sindicatos industriales, compuestos por trabajadores de varios oficios relacionados con un mismo producto o empresa. También permitió la formación de sindicatos mixtos en regiones o industrias donde no se alcanzaba el número mínimo de trabajadores exigido por la ley para formar un sindicato gremial o industrial. (Urrutia 2016, pp. 97 - 98)

Para obtener la personería jurídica, los sindicatos debían presentar una solicitud al Ministerio de Gobierno con detalles sobre sus miembros, su nacionalidad y su profesión, junto con tres copias de sus estatutos y del acta de fundación. Esta solicitud debía ser aprobada por el Ministerio de Gobierno, previa consulta con la Oficina General del Trabajo, siempre y cuando los estatutos no contravinieran la Constitución, las leyes o las buenas costumbres. (LEY 83 DE 1931)

La Ley 83 de 1931 también estableció requisitos específicos para los estatutos de los sindicatos, incluyendo su denominación, domicilio, objeto, la organización de la directiva, las condiciones de admisión de miembros, las razones de expulsión, y la administración de cuotas. Asimismo, obligaba a la directiva del sindicato a rendir cuentas detalladas de la administración de los fondos a la asamblea general cada seis meses.

Esta normativa representó un avance significativo en la organización y regulación de los sindicatos en Colombia, proporcionando un marco legal que facilitaba la creación y funcionamiento de estas asociaciones laborales. Al formalizar los derechos y deberes de los sindicatos, la ley contribuyó a la consolidación de un movimiento obrero más estructurado y capaz de defender los intereses de los trabajadores en un contexto de industrialización y modernización creciente.

La constitución de núcleos obreros no solo involucró luchas económicas y laborales, sino también una construcción de conciencia política y social. Los trabajadores en Bogotá se vieron influenciados por una herencia racionalista, que se nutría de la literatura circulante y fomentaba valores radicales, a pesar de la censura política y eclesiástica (Archila, 1991). Esta influencia se manifestó en la participación de los trabajadores en grupos de estudio y clubes culturales, donde se discutían cuestiones políticas y sociales. Las tradiciones radicales se transmitían en los hogares y en la vida cotidiana, y las familias que compartían estas ideologías inculcaban a sus hijos un conjunto de valores y actitudes radicales. Por otro lado, esta tradición se nutrió con la participación en funerales de dirigentes políticos y procesiones a cementerios laicos (Archila, 1991). Estos rituales se acompañaban de discursos que exaltaban los valores radicales y dejaban una impresión duradera en las mentes de los futuros líderes obreros. La influencia de figuras liberales y radicales, como Vargas Vila, activista político, periodista y orador ayudó a moldear la ideología de los trabajadores.

Otro elemento que contribuyó a la conformación de núcleos obreros dentro de la urbanización de Bogotá, fue el cambio de la economía agraria a una industrial. La construcción de obras públicas proporcionó empleo a arrendatarios, peones y trabajadores, lo que aseguraba un salario en moneda y, en muchos casos, ingresos más altos que los que se obtenían en las actividades agrícolas (Núñez, 2006). A pesar de la disminución de las obras públicas después de la crisis de

1929, esta experiencia cambió la percepción de los trabajadores en torno a los salarios, las condiciones laborales e incluso la propiedad de la tierra.

La conformación de núcleos obreros en Bogotá no estuvo exenta de dificultades y tensiones. Como señala Archila (1991), las condiciones laborales en Colombia eran precarias y caracterizadas por el maltrato y la explotación de los trabajadores, los abusos iban desde multas hasta castigos físicos, lo que evidenciaba la falta de canales de expresión y protección de los derechos laborales. Estas condiciones adversas se sumaban a la falta de apoyo gubernamental a las organizaciones sindicales de trabajadores no calificados, lo que a menudo llevaba a la represión violenta de las huelgas y las manifestaciones.

En síntesis, para comprender la formación de los núcleos obreros en Bogotá, es esencial reconocer que estos procesos no fueron lineales ni homogéneos, en un contexto de transformación industrial y de urbanización. En la construcción de una conciencia política, los trabajadores se enfrentaron a condiciones complejas. La lucha por los derechos laborales y la mejora de las condiciones de trabajo se convirtieron en un eje central de esta construcción de la clase trabajadora en Bogotá. La urbanización de la ciudad y la economía en evolución fueron factores determinantes que atrajeron a trabajadores desde las zonas rurales hacia los centros urbanos y fomentaron la formación de núcleos obreros activos y conscientes de sus derechos.

2.3 El Comercio ambulante y los buhoneros

Durante la primera mitad del siglo XX, la ciudad de Bogotá, inmersa en una dinámica demográfica acelerada, experimentó una rápida urbanización que generó nuevas demandas y necesidades en la población. El cambio demográfico no solo afectó la estructura social de la ciudad, sino que también propició el surgimiento de oportunidades laborales alternativas, especialmente en el ámbito del comercio ambulante. La expansión de esta forma de comercio informal, no solo tuvo implicaciones económicas, sino que también desencadenó debates sobre la regulación y el control de estas actividades. Tanto las autoridades distritales como las municipales, en un intento por gestionar el crecimiento desordenado de este sector, implementaron diversas medidas y regulaciones a lo largo del periodo estudiado. (Carbonell 2011 p. 137)

En este contexto, es esencial entender que la figura del buhonero o vendedor ambulante, como destaca Carbonell (2011), arraigó de manera distintiva en la Bogotá de la época, siendo la

Plaza de San Victorino el epicentro vibrante de esta expresión comercial. Descrita como festiva y pintoresca, esta plaza se convirtió en el punto de encuentro para buhoneros, prestidigitadores y vendedores ambulantes. Así, en este bullicioso espacio, la oferta de mercancías, intrínsecamente ligada a la era industrial y las demandas de la metrópoli moderna, no solo definió la identidad de estos comerciantes, sino que también delineó la naturaleza cambiante de la vida urbana en Bogotá.

No obstante, a pesar de la vitalidad y colorido de la Plaza de San Victorino, la presencia de los buhoneros estaba marcada por un peculiar desapego hacia la propiedad del suelo urbano, en un contexto de creciente especulación inmobiliaria ligada tanto a la expansión de la ciudad como al surgimiento de fábricas e industrias locales. Este fenómeno sugiere una especie de dualidad, pues mientras los vendedores ambulantes contribuían a la animación y diversificación del espacio público, su movilidad constante reflejaba cierta resistencia o desvinculación respecto a la estructura de propiedad arraigada en la ciudad.

La génesis de la figura del buhonero, según Carbonell (2011), estaba intrínsecamente vinculada a las transformaciones económicas de la época ya que, aunque los mercados en plazas ya existían desde épocas coloniales, la migración de nuevos habitantes urbanos provenientes de diversas regiones creó un espacio de deambulación para diferentes estratos sociales. El Parque de los Mártires, inicialmente un lugar arbolado, se transformó en una suerte de estación sureña de la Avenida Caracas, atrayendo a campesinos, obreros, gitanos, vagabundos y comerciantes. Esta convergencia de personajes diversos delineó la génesis de un submundo o bajo mundo que encontró su consolidación en la década de 1960 en el sector ampliado de San Victorino.

Este proceso de convergencia no solo llevó a la coexistencia de diferentes estratos sociales en el espacio urbano, sino que también contribuyó a la formación de un tejido social complejo y multifacético. La Plaza de San Victorino se convirtió en un microcosmos donde las dinámicas económicas, sociales y culturales se entrelazaron, creando un escenario único que reflejaba las complejidades de la Bogotá en desarrollo durante la primera mitad del siglo XX. Así, la figura del buhonero no solo fue la de un actor económico, sino también un símbolo de la diversidad y la dinámica cambiante de la vida urbana en esa época.

La migración del campo a la ciudad, como subraya Niño (2023), fue un fenómeno significativo que contribuyó directamente a la expansión del comercio ambulante, pues trabajadores provenientes de diversas áreas, como canteras, chircales, ladrilleras y oficios varios,

fueron atraídos por las promesas de empleo en la creciente ciudad. Estos nuevos habitantes, a menudo con bajos ingresos y sin formación formal, se vieron confrontados con la necesidad imperante de buscar formas alternativas de subsistencia en un entorno urbano en constante cambio.

El comercio ambulante, en este contexto, se erigió como una opción atractiva para aquellos cuyas oportunidades laborales formales eran limitadas. La inestabilidad laboral, unida a la presión de mantener a familias numerosas en un entorno urbano en expansión, contribuyó al crecimiento exponencial de esta actividad económica. Los buhoneros, al establecerse en lugares estratégicos como la Plaza de San Victorino, desempeñaron un papel estratégico en el tejido económico urbano, articulando flujos de bienes y servicios que respondían a las necesidades cambiantes de una población en expansión constante.

El análisis de Carbonell (2011) destaca una discrepancia significativa entre las divisiones imaginarias en la ciudad y la realidad social de la época, pues en lugar de adherirse estrictamente a las delimitaciones geográficas o sociales preestablecidas, la presencia de mendigos, vagabundos, delincuentes de menor cuantía y vendedores ambulantes se esparcía por diferentes rincones de Bogotá, especialmente en las zonas céntricas. La existencia de este "submundo" o "bajo mundo" en San Victorino a principios de la segunda mitad del siglo XX no solo desafiaba las nociones tradicionales de orden urbano, sino que también contribuía a la desvalorización del suelo urbano en esta zona estratégica de la ciudad.

La desvalorización del suelo urbano en el sector de San Victorino, asociada tanto al comercio ambulante como a eventos naturales como las inundaciones, ilustra cómo los factores económicos y ambientales convergieron para dar forma al desarrollo urbano. Esta transformación no solo afectó la estabilidad económica de la zona, sino que también influyó en la percepción que la población tenía de este espacio. San Victorino pasó de ser una plaza comercial vibrante a convertirse en un área que reflejaba las complejidades y desafíos del crecimiento urbano.

Finalmente, las regulaciones normativas, según lo señalado por Ramos (2016), ofrecen una ventana hacia la percepción cambiante del comercio ambulante a lo largo del tiempo en Bogotá. Desde el Acuerdo 37 de 1932 hasta el Decreto 76 de 1950, las autoridades municipales se esforzaron por definir y controlar la actividad de los vendedores ambulantes en respuesta a la evolución de la ciudad. Estas medidas regulatorias, concebidas con la intención de salvaguardar la salubridad y mantener el orden público, no solo demuestran la atención y preocupación de las

autoridades por aspectos fundamentales de la vida urbana, sino que también revelan la complejidad intrínseca y la adaptabilidad del fenómeno del comercio ambulante en el contexto bogotano. A lo largo de las décadas abarcadas por estas regulaciones, la ciudad experimentó cambios sustanciales en su demografía, economía y estructura social, lo que llevó a una constante necesidad de ajustar las normativas existentes para adecuarse a las dinámicas cambiantes.

El Acuerdo 37 de 1932, con sus disposiciones que categorizaban a los vendedores ambulantes y exigían certificados de sanidad, marcó un primer intento de las autoridades por regular esta actividad emergente. Sin embargo, la evolución constante del comercio ambulante y las dinámicas urbanas llevaron a la promulgación del Decreto 76 de 1950, que modificó las licencias y estableció nuevos requisitos. Entre ellos, la limitación de la expedición a hombres mayores de 21 años, con la exclusión explícita de las mujeres, resalta las percepciones de género arraigadas en la sociedad de la época.

Estas regulaciones no solo buscaban controlar la actividad comercial, sino que también reflejaban las tensiones inherentes entre la necesidad de regulación y el reconocimiento de la importancia económica de los vendedores ambulantes. El comercio ambulante, lejos de ser estático, evolucionó constantemente para adaptarse a las nuevas realidades urbanas y económicas. Las medidas regulatorias, por ende, representan un intento continuo de las autoridades por equilibrar la necesidad de control con la realidad dinámica y en constante cambio del comercio ambulante en Bogotá.

En resumen, el comercio ambulante y la presencia de buhoneros en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX fueron respuestas dinámicas a los cambios demográficos, económicos y sociales que transformaron la ciudad. Desde la Plaza de San Victorino hasta la regulación gubernamental, estos elementos se entrelazaron y controvirtieron las normas tradicionales, dejando una huella profunda en la morfología urbana y la identidad de la ciudad. Además de ser simples actores económicos, los buhoneros fueron arquitectos de una Bogotá en constante evolución, reflejando la complejidad de una sociedad en transformación.

Asimismo, las regulaciones gubernamentales, aunque buscaban controlar el fenómeno, también demostraron la adaptabilidad del comercio ambulante a lo largo del tiempo, evidenciando cómo este sector se ajustaba a las distintas normativas. En última instancia, este periodo histórico

destaca cómo el comercio ambulante no solo fue una actividad económica, sino una expresión vital de la diversidad y dinámica cambiantes de la vida urbana en Bogotá.

2.4 Vagancia y estratificación social

Analizar cómo la llamada vagancia logró influir directamente en la estratificación social implica explorar no solo las condiciones económicas, sino también las percepciones y estigmatizaciones sociales. Los vagabundos, al vivir en la calle y adoptar un estilo de vida marginal, eran señalados como elementos disruptivos en la nueva Bogotá en desarrollo. Por lo tanto, la estratificación no solo era económica, sino también cultural y moral.

El fenómeno de la vagancia en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX debe interpretarse como una expresión compleja de las dinámicas de exclusión e inclusión social que atravesaban la ciudad en un momento de intensos cambios. Lejos de reducirse a un problema moral o criminal, la vagancia se encontraba estrechamente ligada a transformaciones profundas en las estructuras económicas, sociales y políticas de una urbe en proceso de modernización. Siguiendo la perspectiva de Castel (2008), quien sostiene que "la inseguridad social no solo mantiene viva la pobreza" sino que actúa como un principio de desmoralización y disociación social, es posible comprender cómo las condiciones de precariedad de los sectores marginados en Bogotá generaban no solo exclusión, sino también una "corrosión del carácter" que debilitaba los lazos comunitarios y el sentido de pertenencia (Castel, 2008, p. 40).

En este contexto, la vagancia puede entenderse como un síntoma de una inseguridad social generalizada, en la cual los individuos no lograban "dominar el presente ni anticipar positivamente el porvenir" (Castel, 2008, p. 40). De este modo, la vagancia no era solo una respuesta a la falta de oportunidades laborales, sino una manifestación de la precariedad y vulnerabilidad en la que se encontraban amplios sectores de la población. Este apartado se propone analizar cómo la vagancia fue construida y gestionada tanto por las autoridades como por la sociedad en su conjunto, vinculando el fenómeno con el contexto más amplio de la cuestión social, las políticas de control de la minoridad y la exclusión. Así, las políticas de control social no solo buscaban combatir la vagancia como una falta individual, sino también gestionar una "inseguridad" que permeaba los espacios sociales y laborales, revelando las tensiones y contradicciones de una ciudad que se debatía entre los impulsos de modernización y las persistentes desigualdades estructurales.

Desde principios del siglo XX, el Estado colombiano, al igual que otros estados latinoamericanos, comenzó a definir políticas sociales para enfrentar los efectos de la pobreza, la criminalidad y la exclusión, especialmente tras la Guerra de los Mil Días (1899-1902) (Castrillón, 2014). En este contexto, la vagancia, particularmente infantil, adquirió relevancia como problema social. El Estado, intentando secularizar y modernizar las formas de tutela social que hasta entonces estaban bajo control de la Iglesia Católica, creó una serie de instituciones y políticas para gestionar a las poblaciones consideradas "peligrosas", especialmente a los niños y menores sin hogar, trabajo o tutela parental.

De la mano de lo anterior, es fundamental comprender el concepto de minoridad. Este término, según Castrillón (2014), no se limita a su dimensión legal-etaria, que se refiere a la incapacidad e inimputabilidad de los menores de edad. Más bien, la minoridad se inscribe en discursos más complejos que colocan a los niños y menores en el eje delincuente/abandonado y en el eje criminalidad/mortalidad infantil. Así, la minoridad se convierte en una categoría que refleja tanto la vulnerabilidad de estos sujetos ante las condiciones socioeconómicas adversas como las respuestas institucionales que buscan controlar y gestionar su situación, evidenciando el papel del Estado en la configuración de sus vidas.

Las causas de la vagancia en Bogotá eran tan variadas como las trayectorias individuales de los jóvenes que se encontraban en esta situación. Factores como la falta de oportunidades educativas y laborales, la desintegración familiar y el crecimiento desbordado de la ciudad se combinaron, generando un entorno que fomentaba la marginalización, la exclusión y, en algunos casos, el consumo de sustancias. Sin embargo, las consecuencias de este fenómeno trascendían el ámbito individual, ya que afectaban profundamente la percepción que la sociedad tenía de estos jóvenes y contribuían a construir una narrativa de peligrosidad en torno a ellos.

En este proceso de estigmatización, las políticas de control social implementadas reflejaban una visión de exclusión que Balibar (2013) define como una "división de la población en dos categorías estancas", donde los excluidos permanecen "al margen del juego social" y carecen de los derechos y recursos necesarios para ejercer un rol activo en la comunidad (Balibar, 2013, p. 105). De esta forma, la gestión de la vagancia se convirtió en un reflejo de las tensiones de inclusión y exclusión que caracterizaban a Bogotá en ese momento histórico, evidenciando los

límites y contradicciones de las políticas sociales en una ciudad que se encontraba en pleno proceso de transformación y modernización.

Suriano (2000) sostiene que "aunque es cierto que los contenidos de conceptos como precariedad, expulsión, inserción o fragilidad son diferentes en la actualidad, en el comienzo del proceso de modernización o en el periodo previo, existe una homologación de los sectores sociales que integran y han integrado esas zonas como, por ejemplo, los vagabundos, los pobres y menesterosos de la sociedad precapitalista, así como los desempleados, pobres y marginados del mercado laboral del mundo actual" (p. 6). Esta perspectiva resalta cómo la marginalización de los jóvenes vagabundos en Bogotá no era un fenómeno aislado, sino parte de un patrón más amplio de exclusión social que ha persistido a lo largo del tiempo. Las políticas de control social, en lugar de ofrecer soluciones efectivas, perpetuaron una imagen negativa que dificultaba la reintegración de estos jóvenes a la sociedad, reforzando un ciclo de exclusión que se retroalimenta con las dinámicas de pobreza y desigualdad presentes en el entorno urbano.



Imagen 11: Tomado de: Suárez, C. (2015) Civilizados o bárbaros: algunas regiones de la sociedad colombiana descritas por los viajeros, 1880 – 1930 (p.87) Citando a: Röthlisberger (1963).

La imagen 11 captura la cruda realidad de dos niños inmersos en las condiciones desoladoras de la vida en la calle en Bogotá a principios del siglo XX, pues en sus rostros se refleja una combinación de inocencia perdida y la dura experiencia de la supervivencia diaria en un entorno hostil. La imagen se convierte en un testimonio visual de la vulnerabilidad extrema y la

vulneración de los derechos de estos niños, quienes encarnan la figura del “gamín” o vagabundo de la época.

La vestimenta andrajosa de los niños y su aparente falta de cuidado personal son indicadores visuales de la difícil situación en la que se encontraban. Elementos que no solo hablan de la carencia de recursos materiales, sino también de la ausencia de una red de apoyo social y familiar. Así mismo la expresión en sus rostros revela más que la mera falta de comodidades, una lucha diaria por la supervivencia. Sus ojos, tal vez más allá de su corta edad, transmiten historias de adversidad, abandono y la búsqueda constante de un refugio en un entorno que no ofrece más que incertidumbre. La calle, que debería ser un espacio de juego y descubrimiento, se convierte para ellos en un terreno de desafíos y privaciones.

El entorno que rodea a los niños refuerza la narrativa de la imagen. Calles descuidadas, edificios desgastados y la ausencia de figuras adultas responsables resaltan la marginalidad de su existencia. La falta de acceso a condiciones básicas de bienestar se convierte en un recordatorio impactante de las desigualdades sociales y económicas que caracterizaban a la Bogotá de aquel tiempo.

Resulta importante señalar que, el “gamín” es rotulado de esta manera de acuerdo con algunas cualidades y similitudes tanto en su actuar como con sus condiciones materiales de existencias, así, Ortega (1968) lo define:

“el niño vago, sucio y abandonado que duerme en los portales, deambula por las calles y aprovecha cualquier ocasión que se le presente para robar, pedir limosna, introducirse sin boleta a los espectáculos en donde hay aglomeraciones, viajar en la parte de atrás de los buses o carros, etc.” (p. 92)

La vagancia en Bogotá a principios del siglo XX se configuraba como un fenómeno complejo, producto de la intersección de factores económicos, sociales y culturales. Su comprensión requiere un análisis de las condiciones materiales y de las percepciones y actitudes que rodeaban a los jóvenes involucrados. Este fenómeno se convirtió en un reflejo de las tensiones y limitaciones de una ciudad en transformación.

En el contexto de intervención estatal, las casas de corrección y las instituciones como la Casa Correccional de Paiba desempeñaron un papel significativo. Estas instituciones, en gran parte

gestionadas por órdenes religiosas, fueron objeto de críticas por las condiciones en las que operaban. Pardo, en su tesis de derecho de 1923, señalaba que las casas de corrección funcionaban como espacios ineficientes para la rehabilitación de los menores, priorizando una educación rudimentaria y una instrucción moral limitada en lugar de una reintegración social efectiva (Castrillón, 2014). Esta situación ilustra un patrón de exclusión, donde las instituciones de control reforzaban la marginalización de los vagabundos al ofrecer escasas oportunidades de desarrollo.

La vagancia infantil se vinculaba estrechamente con la delincuencia juvenil y se gestionaba principalmente a través del sistema judicial. Leyes como la Ley 98 de 1920 otorgaban a los jueces de menores amplias facultades para decidir el destino de estos niños, considerados una amenaza para el orden social (Castrillón, 2014). A pesar de su intención de reformar, estas leyes perpetuaban la exclusión al institucionalizar a los menores en ambientes de corrección más que en entornos de educación o inserción social efectiva.

El concepto de “gamín”, descrito por Álvarez (2012), simbolizaba la marginalización urbana. Estos niños, dedicados a oficios informales como lustrabotas, vendedores de loterías o caramelos, fueron estereotipados como vagabundos y pequeños delincuentes. La vagancia infantil no solo reflejaba la falta de oportunidades laborales o educativas, sino que también se constituyó como una categoría social que definía los límites de inclusión y exclusión en la sociedad bogotana.

A pesar de las políticas represivas, surgieron intentos de incluir a los vagabundos y menores en riesgo a través de programas de trabajo, como las granjas agrícolas, con el objetivo de transformarlos en trabajadores rurales. Sin embargo, Joaquín Quijano Mantilla, citado por Castrillón (2014) argumenta que el enfoque de estas instituciones era formar "peones prácticos", sin aspiraciones educativas o técnicas más allá del trabajo manual (Castrillón, 2014). Este tipo de inclusión, más que ofrecer oportunidades, operaba como un mecanismo de control social que relegaba a los vagabundos a los márgenes del sistema productivo formal.

Las políticas asistenciales de la década de 1930, como la creación del Instituto Tutelar y la Ley 9 de 1930, buscaron gestionar la vagancia infantil bajo un marco de asistencia pública. Aunque reconocieron la necesidad de proteger a los niños pobres y huérfanos, estas iniciativas continuaron promoviendo la segregación de estos menores en instituciones que los mantenían separados del resto de la sociedad (Álvarez, 2012). La inclusión, en este contexto, era limitada y a menudo condicional, reforzando las barreras entre los niños vagabundos y el resto de la población.

La modernización de Bogotá intensificó las tensiones en torno a la vagancia. A medida que la ciudad crecía, los vagabundos y “gamines” se convirtieron en figuras cada vez más visibles y problemáticas en los espacios públicos. Cárdenas (2012) señala que los expertos de la época consideraban a estos sujetos como una amenaza para la moral y el orden urbano, justificando así la expansión de formas de control social y sanitario sobre la población pobre. Este discurso de control sugiere que la vagancia fue construida como un "peligro" para la ciudad moderna, más que ser una simple consecuencia de la pobreza.

La presencia de los vagabundos, identificados como “gamines”, en las calles de Bogotá durante los primeros años del siglo XX, evidenciaba que su existencia no era un producto aleatorio, sino una respuesta a la falta de integración en el tejido social en transformación. Nicólo et al. (2009) describen que estos individuos pasaban la totalidad del día en la calle, ya fuera pidiendo limosna, cometiendo actos delictivos o simplemente deambulando. Su apariencia y estilo de vida eran marcadores de su diferencia con la creciente sociedad industrializada en la ciudad.

La exclusión de estos jóvenes se formalizó mediante la Ley 105 de 1922, una normativa que reflejaba la preocupación de la sociedad y el gobierno de la época. Esta ley, en sus artículos 4° y 5°, tenía como objetivo controlar la vagancia, considerada una amenaza para el orden social emergente, proponiendo el confinamiento en colonias penales de aquellos identificados como vagabundos por la Policía. El término "vago" se definió legalmente, etiquetando a quienes no poseían propiedades, carecían de ingresos y no estaban involucrados en ocupaciones lícitas, considerando su estilo de vida perjudicial para la sociedad en general. Esta definición sirvió como base para la identificación y segregación de los “gamines”, marcando una distinción clara entre aquellos integrados en la estructura social y quienes eran percibidos como una amenaza. (Ley 105 de 1922)

Al relegar a estos individuos a colonias penales, la legislación buscaba apartarlos de la vista pública y del desarrollo social de la ciudad. Este enfoque punitivo, que pretendía controlar la vagancia, perpetuaba la exclusión al no abordar las causas subyacentes del fenómeno. Al clasificar a estos jóvenes como una amenaza social, se ignoraron las condiciones que los llevaron a adoptar la vagancia como forma de vida.

Como señala Suriano (2000), "el temor y la inseguridad provocadas por la sensación de la posible pérdida del control sobre los sectores populares eran realimentados por el aumento (y

visibilidad) de la pobreza en el ámbito de las ciudades que eran incapaces de ofrecer trabajo y vivienda digna a todos los inmigrantes que a ella arribaban" (p. 3-4). Esta perspectiva resalta cómo la falta de políticas efectivas que abordaran las necesidades básicas de la población marginal contribuyó a la estigmatización y al encierro de aquellos considerados "problemáticos". La percepción de los jóvenes como un peligro social no solo reflejaba una respuesta defensiva ante la creciente pobreza, sino que también limitaba las posibilidades de integración y apoyo, perpetuando un ciclo de exclusión que seguía sin resolverse. En lugar de ofrecer oportunidades de reintegración y desarrollo, las colonias penales se convirtieron en un recurso para gestionar la visibilidad de la pobreza y la marginación, sin cuestionar las estructuras sociales que generaban estas condiciones.

La respuesta de los "gamines" a estas medidas legales fue multifacética. El confinamiento en colonias penales, en muchos casos, no abordaba las raíces del problema, sino que alejaba temporalmente a estos jóvenes de la vista pública. Granados (1976) observa que "más tarde aprende que los individuos ganan dinero 'fácil', es decir, robando, y que a veces están de mala suerte y los mandan a 'veranear' a la cárcel, pero allá no duran mucho" (p. 63). Esta afirmación indica una percepción de los espacios de confinamiento entre estos grupos de "gamines". En consecuencia, la vagancia, lejos de disminuir, podía transformarse en una manifestación de resistencia ante un sistema que no ofrecía oportunidades ni alternativas, donde las medidas legales represivas intensificaban la percepción de estos jóvenes como marginados.

Este ciclo de exclusión y respuesta resistente ilustra la desconexión entre las políticas implementadas y las necesidades reales de estos jóvenes. La falta de programas efectivos de reintegración social, educación y oportunidades laborales contribuyó a la persistencia de la vagancia como forma de vida. La sociedad, al centrarse en medidas de control, perpetuaba un ciclo de exclusión que profundizaba las divisiones en la estructura social emergente de Bogotá. Esta situación se vinculaba con la escasez de oportunidades laborales para migrantes que llegaban a Bogotá, víctimas del desplazamiento, e incluso para aquellos que habían quedado huérfanos debido a conflictos internos en el país.

El desarrollo industrial en Bogotá a principios del siglo XX, propiciado por la maquinaria y la producción en serie, contribuyó a la creación de una brecha socioeconómica entre aquellos que lograron adaptarse a las nuevas demandas laborales y aquellos que quedaron rezagados. Los jóvenes que no encontraron oportunidades dentro de los marcos económicos convencionales se

vieron forzados a optar por la calle como un espacio que les ofrecía cierta libertad. En este entorno, muchos buscaron sobrevivir mediante actividades informales como la mendicidad y el trabajo en la economía informal.

La "vagancia" puede entenderse como una respuesta a las limitaciones impuestas por un modelo económico excluyente. Según Granados (1976), los jóvenes en situación de vagancia representan una realidad social donde una gran parte de la población está constituida por niños que asumen responsabilidades de adultos desde una edad temprana, enfrentando condiciones como el trabajo infantil, el hacinamiento y la falta de acceso a educación y esparcimiento (p. 118).

En este contexto, la calle se convierte en un terreno donde estos jóvenes pueden desafiar las normas impuestas por una sociedad que los ha relegado a la marginación. La figura del vagabundo representa no solo un desafío a las nuevas formas de organización social, sino también una postura contestataria frente al establecimiento. En lugar de aceptar pasivamente su exclusión, los jóvenes en situación de vagancia expresan su rechazo a un sistema que no les ofrece oportunidades significativas. Este fenómeno no solo surge como respuesta a la falta de oportunidades económicas, sino también como una estrategia de resistencia ante la estigmatización social que enfrentan.

Al desafiar las normas sociales convencionales y negarse a conformarse con la marginalidad impuesta, estos jóvenes encontraron en la calle un espacio para construir una identidad propia, aunque esta estuviera en conflicto con las expectativas sociales predominantes. La vagancia, surgida de la exclusión económica, se convirtió en un distintivo claro de la estratificación social en la Bogotá de principios del siglo XX. Al residir en la calle y vivir al margen de las estructuras sociales convencionales, estos jóvenes se convirtieron en una categoría estigmatizada por la sociedad.

Freidenraij (2020) señala que más que buscar relaciones causa-efecto entre delincuencia y prisión, entre abandono de niños y hospicio, entre orfandad y asilo, es necesario dar "una explicación del nacimiento de las instituciones de encierro que hilvane tanto la existencia real de los fenómenos sociales (la delincuencia infantil, el abandono de niños, la orfandad) como las tensiones que se hallaban detrás de sus promotores institucionales" (p. 21). Esta perspectiva sugiere que las instituciones sociales, incluidas aquellas que abordaban la vagancia, no surgieron meramente como respuestas a un problema preexistente, sino que fueron parte de un proceso más

amplio que definió la naturaleza de la marginalidad. Así, la categorización de estos jóvenes como vagabundos no solo evidenciaba su exclusión, sino que también reflejaba los intereses y prejuicios de una sociedad que necesitaba clasificar y controlar a aquellos que desafiaban el orden establecido.

Hernández (2007) señala que estos jóvenes eran identificados como individuos sin contexto familiar aparente, inmersos en la pobreza y desprovistos de apoyo afectivo y moral. Su investigación resalta cómo la estratificación social se manifestaba de manera contundente en la vida de estos jóvenes en situación de marginación. La falta de respaldo familiar y la precariedad económica los situaban en los estratos más bajos de la sociedad, dejándolos vulnerables a la exclusión y a la búsqueda de formas alternativas de subsistencia. Hernández también analiza cómo la falta de oportunidades y el acceso limitado a servicios básicos contribuían a perpetuar su situación de marginalidad, evidenciando las disparidades sociales presentes en la época.

La "vagancia" no se limitaba únicamente a ser una consecuencia de la falta de oportunidades económicas, sino que también representaba una manifestación visible de la fractura social emergente. En un contexto de control y normalización, la sociedad estigmatizaba a estos jóvenes, perpetuando un ciclo de exclusión que iba más allá de lo económico y los mantenía en un estado de ostracismo social caracterizado por la persecución y diversas formas de violencia.

Un ejemplo de esta percepción negativa hacia la vagancia y el gaminismo se encuentra en el periódico *Sancho Bogotá*, un periódico que combinaba contenido comercial, político, literario y de información general, dirigido a un público diverso que frecuentaba lugares como hoteles, teatros, peluquerías, clubes y restaurantes. Aunque se presentaba como "imparcial" en asuntos políticos y sociales, su interés principal en temas industriales y comerciales indica que estaba pensado principalmente para lectores de clase media y alta, interesados en el desarrollo económico y en los temas sociales de Bogotá. El 24 de enero de 1925, que menciona una "banda al parecer de emboladores" que perturba la tranquilidad de los vecinos, evidenciando una asociación entre su actividad y comportamientos considerados problemáticos. Este artículo refuerza la imagen de abandono asociada a la figura del "gamín", al implicar que la madre de estos jóvenes carecía de preocupación por su comportamiento.

El proceso de "gaminización" descrito por Nicólo et al. (2009), revela la dinámica por la cual estos jóvenes, inicialmente en los márgenes de la sociedad, eran empujados hacia la periferia.

Esta transformación social los alejaba progresivamente de las estructuras familiares y comunitarias convencionales. La estigmatización, según Hernández (2007), contribuía a la construcción de una identidad social negativa que reforzaba su exclusión. Este ciclo se volvía vicioso, ya que la sociedad, al estigmatizar a los jóvenes, reforzaba su propia percepción de la vagancia como un problema, sin abordar las causas subyacentes.

En un fragmento del periódico *Gil Blas*, un periódico de corte liberal que desde el sarcasmo y la sátira tocaba temas políticos, del 17 de enero de 1912, se ofrece una visión sobre la percepción social de los jóvenes en situación de vagancia y su relación con las normas sociales. El texto describe una movilización en torno a una estatua del “Viejo Caro”, donde la presencia de los “gamines” limpiabotas los identifica como parte del público en un espectáculo. El artículo menciona que "Uribe, que no tenía punto alguno de apoyo, no podía bajarse, so pena de rodar con galápago y todo. En vano clamaba enfurecido, mientras los gamines limpiabotas - aquellos mismos que él deseaba para irrisión del grande hombre - aplaudían frenéticamente" (p. 2). Esta situación sugiere que, a pesar de ser objeto de burla, los “gamines” encontraban en el caos una forma de entretenimiento o expresión de descontento hacia figuras de autoridad, además de resaltar su rol como actores sociales marginales.

En este contexto, la estratificación social no solo se traducía en términos de acceso a recursos económicos, sino también en la imposición de roles y etiquetas sociales. Al ser categorizados como vagabundos, los jóvenes en situación de calle eran relegados a los márgenes de la sociedad, limitando sus oportunidades de integración y perpetuando su exclusión. La vagancia, por ende, no solo reflejaba la falta de oportunidades económicas, sino que también era un símbolo de la fractura social y la desigualdad que la sociedad experimentaba al estigmatizar a estos jóvenes.

La definición de márgenes y periferias, según David Harvey (2012), implica que los márgenes son aquellos espacios que quedan fuera de las estructuras de poder y control social, donde se concentran las experiencias de exclusión y marginación. Por otro lado, las periferias representan áreas geográficas y sociales que, aunque pueden estar físicamente separadas del centro urbano, están interconectadas con las dinámicas de poder, economía y cultura de la ciudad. En este sentido, la estratificación, exclusión y clasificación social contribuyeron al relegamiento de numerosos niños y jóvenes desposeídos y vulnerables.

Las consecuencias de la vagancia eran profundas, afectando tanto a nivel individual como social. A nivel personal, los jóvenes enfrentaban riesgos constantes para su salud y seguridad, expuestos a accidentes y agresiones, como señala Cárdenas (2012). La sociedad, por su parte, percibía a estos jóvenes como una amenaza, lo que reflejaba la incapacidad del sistema para integrar a quienes quedaban al margen.

Finalmente, la vagancia en Bogotá a principios del siglo XX fue un fenómeno complejo y multifacético, estrechamente ligado al modelo económico de la época, reflejado en la presencia de vagabundos, o “gamines”, que revelaban las grietas en el sistema socioeconómico que no lograba absorber a todos los jóvenes en crecimiento ni articularlos con las nacientes industrias bogotanas, así, la estratificación social se manifestaba claramente, marcando la vida de aquellos que, al no encontrar cabida en la ciudad industrializada, optaban por la calle como refugio.

Las leyes y regulaciones de la época, como la Ley 105 de 1922, reflejaban, de alguna manera, la preocupación de la sociedad y el gobierno por controlar la vagancia. Sin embargo, estas medidas legales también revelaban la falta de comprensión y la estigmatización de estos jóvenes como una amenaza social, la vagancia, en última instancia, era tanto una respuesta a la exclusión como una expresión de resistencia ante un sistema que no ofrecía oportunidades equitativas.

La estratificación social, evidente en la progresión del proceso de gaminización, daba cuenta de la incapacidad del sistema para integrar a aquellos que quedaban al margen de la prosperidad prometida por la industrialización, los “gamines”, lejos de ser simplemente un problema a ser controlado, eran un reflejo de las fallas sistémicas que requerían una respuesta más profunda.

2.5 Conclusiones

El análisis del impacto del modelo económico y la expansión capitalista en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX revela una compleja red de influencias que configuraron la estructura social y ocupacional de la ciudad. A medida que la economía transitaba de una base agraria hacia la industrialización y el comercio, se generaron transformaciones significativas que afectaron a los núcleos obreros, buhoneros y vagabundos, que venían asentándose en la ciudad, delineando una realidad urbana única.

La transición económica de Bogotá, documentada en las primeras secciones del capítulo, revela cómo la ciudad pasó de ser predominantemente agraria a adoptar una orientación más industrial y comercial, cambio que tuvo repercusiones directas en la configuración de los núcleos obreros, que emergieron como fuerzas laborales esenciales en la nueva economía. La adaptación de los buhoneros a estas dinámicas económicas refleja la capacidad de ciertos sectores para amoldarse a las transformaciones, convirtiéndose en actores cruciales en la vida económica de la ciudad.

La presencia de vagabundos, aunque a menudo marginada, también se revela como un fenómeno intrínsecamente ligado a los cambios económicos y sociales, pues la expansión capitalista, al tiempo que generaba oportunidades para algunos, dejaba a otros en las franjas más vulnerables de la sociedad, fue así como, la vagancia se convirtió en una respuesta a las dinámicas de exclusión y desigualdad generadas por el modelo económico imperante.

La discrepancia entre las divisiones imaginarias y la realidad social de Bogotá durante este periodo es particularmente reveladora, pues la presencia dispersa de mendigos, vagabundos y vendedores ambulantes desafía las nociones tradicionales de orden urbano y revela las complejidades de la estratificación social, fenómeno que también contribuyó a la desvalorización del suelo urbano en áreas estratégicas de la ciudad, evidenciando las tensiones entre las dinámicas sociales y las concepciones urbanísticas.

De esta manera, la vagancia se insertaba en las dinámicas de exclusión social, donde los vagabundos eran percibidos como cuerpos desechables, que no podían ser absorbidos por los procesos de modernización y progreso. Sin embargo, al mismo tiempo, estos individuos, a través de su participación en la economía informal y sus luchas cotidianas por la supervivencia, encontraron formas de resistir y redefinir su lugar en la ciudad.

La relación entre vagancia y exclusión social en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX fue compleja. Aunque las políticas y las instituciones intentaban reformar o controlar a los vagabundos, en muchos casos simplemente reforzaban su marginalización. La vagancia era tanto un resultado como un símbolo de las desigualdades estructurales que caracterizaban a la ciudad en expansión, donde ciertos grupos quedaban sistemáticamente excluidos.

Capítulo 3: La chicha en tiempos de agitación

A lo largo del siglo XX, Bogotá experimentó profundos cambios sociales, políticos y económicos que se reflejaron en la vida cotidiana de sus habitantes, especialmente en las clases populares. En este contexto, la chicha —una bebida tradicional fermentada— se erigió no solo como un elemento central en la dieta y la cultura de los sectores populares, sino también como un símbolo de resistencia frente a las crecientes imposiciones de las élites y el Estado. Tal como señala Hobsbawm (2010), el contexto de polarización social y las desigualdades económicas empujaron a los obreros y a los trabajadores del siglo XIX europeo a compartir un estilo de vida común, del cual surgió una identidad compartida, reforzada en espacios que actuaban como refugios y centros de sociabilidad. La chichería, al igual que la taberna en Europa, cumplía una función crucial como lugar de encuentro, debate y construcción de una conciencia de clase, donde las relaciones cotidianas de los obreros y las clases populares se consolidaban.

En este sentido, la chicha y sus espacios de consumo se convirtieron en parte de esa "iglesia del obrero" mencionada por Hobsbawm (2010), donde se construían no solo redes de apoyo mutuo y solidaridad, sino también un modo de pensar colectivo. Así, la prohibición de la chicha y la presión para sustituirla por bebidas consideradas "más modernas" reflejaban no solo un intento de modificar las costumbres de los sectores populares, sino también de debilitar estos espacios de cohesión social y cultural que escapaban al control de las autoridades y amenazaban la homogeneización promovida desde las élites.

Este capítulo analiza cómo la chicha y las chicherías se convirtieron en espacios clave de socialización y resistencia, transformándose, en momentos de crisis como el Bogotazo de 1948, en objetivos de represión. Este evento histórico, que tuvo lugar el 9 de abril de 1948, marcó un antes y un después en la historia de Bogotá. Fue una revuelta popular desatada por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, líder político liberal y candidato presidencial, quien representaba los intereses y aspiraciones de las clases populares. Gaitán, una figura emblemática del liberalismo y defensor de los sectores desfavorecidos, era cercano a las tradiciones y cultura de los barrios populares, en particular del barrio La Perseverancia, donde la chicha y el tejo constituían símbolos de identidad comunitaria.

Archila (1991) destaca cómo la élite capitalina desde el siglo XIX luchó por erradicar los sitios de consumo, las chicherías, consiguiendo alejarlas al menos del centro de la ciudad. Más tarde, centró su discurso contra las antihigiénicas condiciones de preparación de la bebida y, en los años 20 intentó promocionar una bebida preparada higiénicamente, la maizola, que fue un fracaso desde el punto de vista del consumo (p. 165). Este esfuerzo por sustituir la chicha no solo subraya los intentos de modernización y control sobre los hábitos y la moralización de las clases populares, sino también la resistencia activa de estas al rechazar productos que intentaban imponerles desde arriba.

Durante el Bogotazo, la chicha adquirió una relevancia particular, al convertirse en un símbolo de identidad popular y de resistencia frente a las políticas modernizadoras de las élites y las prohibiciones del Estado. La bebida, que había sido demonizada como parte de un problema de higiene pública, fue revitalizada como una expresión de la autenticidad de las clases obreras y de su conexión con una tradición histórica profundamente arraigada en la vida urbana de Bogotá. Este simbolismo fue evidente en los levantamientos populares de la época, donde la chicha no solo se consumía, sino que se reivindicaba como una parte esencial de la cultura barrial y popular, a menudo en contraste con la cerveza, que representaba la influencia extranjera y el control del mercado por parte de las clases dominantes. (Calvo, O. y Saade, M. 2002 p. 101)

La chicha no solo satisfacía necesidades alimentarias, pues como lo mencionan Calvo, O. y Saade (2002) “la bebida ancestral de los muiscas pasó de ser considerada como un alimento por la población e incluso por algunos de los médicos de principios del siglo XIX (p. 259), sino que representaba una tradición que conectaba a las clases trabajadoras con su identidad y su historia. En las chicherías se entretejían vidas, relatos y movimientos de resistencia, mientras las élites buscaban estigmatizar el consumo de la bebida por considerarlo nocivo y degenerativo (Bejarano, 1950).

Esta narrativa fue parte de un proyecto más amplio de control social y transformación cultural impulsado por el creciente proceso de industrialización y urbanización que acompañó el auge de empresas como Bavaria. Fundada en 1889, Bavaria se consolidó como una de las principales cerveceras de Colombia, y a lo largo del siglo XX, jugó un papel crucial en la consolidación de una cultura de consumo alineada con los intereses de las élites industriales y económicas del país. La compañía no solo dominaba el mercado cervecero, sino que también

representaba los valores de la modernidad, la higiene y la civilización en contraposición a las tradiciones populares como el consumo de chicha. En este contexto, Bavaria no solo competía en términos económicos, sino que se erigió como un actor central en la configuración de las normas sociales y culturales, promoviendo una visión que relegaba a las bebidas tradicionales y a sus consumidores a un espacio marginal, asociado con la pobreza y la barbarie. De este modo, la empresa no solo buscaba imponer su producto, sino también reconfigurar la identidad colectiva, favoreciendo las costumbres más alineadas con la modernidad industrial y excluyendo aquellas que representaban la resistencia cultural de las clases populares. (Vega Cantor 2002)

En el contexto de la violencia política que sacudió a Colombia, especialmente con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y el subsiguiente Bogotazo, la chicha fue testigo de una transformación significativa. Los barrios populares, como La Perseverancia, se convirtieron en escenarios de confrontación entre las clases trabajadoras y el poder estatal. En este entorno, los diferentes intentos fallidos de prohibición de la chicha en 1948 simbolizaron un esfuerzo por erradicar no solo una bebida, sino una forma de vida profundamente vinculada a la identidad popular y a las resistencias frente al orden establecido.

En este capítulo se aborda la relación entre la chicha y las dinámicas sociales y políticas en Bogotá, centrándose en su papel como símbolo de resistencia en diferentes contextos. En primer lugar, se examina cómo las chicherías, espacios sociales emblemáticos de la cultura popular, se convirtieron en epicentros de socialización para las clases trabajadoras. Estas chicherías, situadas estratégicamente cerca de áreas como la Plaza de Bolívar y mercados bulliciosos, eran lugares donde diversas clases sociales convergían, desde obreros hasta intelectuales. La chicha, lejos de ser una simple bebida, se transforma en un símbolo de resistencia y desafío a las normas impuestas por las élites, que buscaban deslegitimar su consumo mediante la estigmatización médica y cultural.

En segundo lugar, el capítulo contextualiza la chicha dentro de la agitación política de las décadas de 1940 y 1950, especialmente en relación con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y el consiguiente Bogotazo. La presencia de Gaitán en estos espacios populares enriquecía la percepción de la chicha como símbolo de lucha y resistencia, evidenciando su importancia en la vida cotidiana de sus habitantes. Sin embargo, tras el estallido del Bogotazo, la represión estatal

se intensificó y la chicha fue prohibida, lo que ilustra cómo la violencia política impactó en las prácticas culturales y la vida social en los barrios.

Finalmente, el capítulo explora la campaña de desprestigio que sufrió la chicha desde finales del siglo XIX hasta la mitad del siglo XX, reflejando las luchas de poder entre las élites bogotanas y las clases populares. Las élites asociaron la chicha con la degeneración social y la salud pública, utilizando discursos que la deslegitimaban como parte de su esfuerzo por modernizar la ciudad y controlar su imagen. Este proceso no solo afectó la percepción de la bebida, sino que también buscó erradicar las prácticas culturales vinculadas a ella. A pesar de estos intentos de censura, las clases populares mantuvieron su apego a la chicha como parte de su herencia cultural, evidenciando un proceso de reivindicación que fortaleció su sentido de pertenencia y cohesión comunitaria.

3.1 La enemiga de la élite bogotana

Desde finales del siglo XIX hasta bien entrada la primera mitad del siglo XX, la chicha, una bebida tradicional de origen indígena, fue objeto de una intensa campaña de desprestigio en Bogotá. Esta bebida, que había sido parte integral de la cultura popular y de la vida social de muchas comunidades, se convirtió en el blanco de críticas por parte de sectores de la élite. Para ellos, el debate sobre la chicha trascendía lo meramente gastronómico y representaba una confrontación cultural y social.

Lejos de ser un simple debate sobre preferencias de consumo, este enfrentamiento contra la chicha reflejaba una guerra simbólica más profunda. Las élites veían la chicha como un símbolo de la resistencia a la modernización de las clases populares y como un recordatorio de las raíces indígenas del país.

El rechazo a la chicha se articuló en discursos que la presentaban como un peligro para la salud pública, asociado con la vagancia y el desorden social. Se difundieron narrativas que vinculaban el consumo de esta bebida con la delincuencia y la indeseabilidad, fomentando así un estigma que no solo afectaba a la bebida en sí, sino también a quienes la consumían. Para las élites, la chicha se convertía en un obstáculo frente a sus aspiraciones de modernización y control social,

ya que la aceptación de esta bebida y su consumo en espacios públicos desafiaba las normas de orden y limpieza que ellas promovían. (Archila 1991)

Este conflicto se hizo evidente en la regulación de los espacios donde se podía vender y consumir la bebida, así como en las constantes campañas de moralización que buscaban erradicar su presencia en la vida cotidiana. A través de estas acciones, la élite buscaba reafirmar su control sobre la ciudad y sus habitantes, tratando de imponer un modelo de comportamiento que alineara a la población con sus ideales de progreso y civilización.

Así, el desprestigio de la chicha no solo era un ataque a una bebida popular, sino un reflejo de las luchas de poder en Bogotá y de los esfuerzos de las élites por moldear una identidad urbana que excluyera a los sectores menos favorecidos, marcando una clara línea entre lo que consideraban aceptable y lo que representaba una amenaza a su visión de la modernidad.

La chicha era una bebida vinculada a la identidad cultural y las tradiciones de los sectores populares. Su consumo no solo se limitaba a ser un acto de disfrute, sino que implicaba rituales sociales y comunitarios. Sin embargo, en la percepción de las élites, la chicha encarnaba lo que consideraban como un comportamiento degenerado, un fenómeno que se intensificó a medida que las dinámicas sociales en Bogotá comenzaban a cambiar con el crecimiento de la ciudad y el incremento de la población trabajadora. Este cambio social generó un clima de tensión, en el cual la élite, preocupada por el control y la imagen de la ciudad, decidió posicionarse en contra de lo que consideraban prácticas poco higiénicas y de mal gusto. (Calvo, O. y Saade, M. 2002 pp. 123 - 124)

Así mismo, la campaña en contra de la chicha no solo atacaba su condición artesanal y los peligros percibidos en su consumo, sino que también cargaba con profundas connotaciones morales y sociales. Como señala Archila (1991), el discurso sobre la chicha sirvió para estigmatizar a los trabajadores del interior, a quienes se les atribuía un comportamiento degenerado y propenso al crimen debido al consumo de esta bebida. Este estigma se alimentaba de un discurso que posicionaba a la élite como defensora de la moral y el progreso, mientras que los sectores populares eran retratados como problemáticos y retrógrados.

La comparación con otras regiones del país, como Antioquia o la Costa Atlántica, donde se consumían diferentes bebidas alcohólicas, era utilizada por las élites para argumentar que la chicha envenenaba el alma y el cuerpo de los bogotanos. Según Archila:

"En 1919 la Asamblea de Cundinamarca decía que el consumo de la bebida creaba problemas en ese departamento, diferentes de los de Antioquia o Cauca que eran 'pueblos más vigorosos'. Nueve años más tarde, un senador costeño insistía que en la Costa Atlántica no había el alcoholismo del interior, pues en estas zonas 'los trabajadores viven una vida que los conduce a la degeneración y al crimen merced a la base alimenticia que es la chicha'" (Archila, 1991, p. 167).

Este enfoque estigmatizador alimentó una agenda moralista que tocó las fibras más profundas de la exclusión social y económica. La élite capitalina veía en la chicha un obstáculo para la modernización del país, y utilizaba esta narrativa para justificar la marginalización de las prácticas culturales populares. Mientras tanto, impulsaban el consumo de bebidas que favorecían sus propios intereses económicos, como la cerveza y el aguardiente producido oficialmente.

La modernización urbana en Bogotá no solo requería nuevas infraestructuras y servicios, sino también nuevas formas de consumo que consolidaran el control del Estado y de la clase industrial emergente. La élite capitalina, consciente de que el crecimiento de la ciudad debía ir de la mano con un cambio en los hábitos de consumo, promovió la introducción de productos que no solo eran más rentables, sino que también se producían en fábricas que permitían un mejor control y recaudación de impuestos. Como explica Moreno (2019):

"El estado [...] favoreció la introducción de nuevos productos de origen industrial al mercado de bebidas alcohólicas, tales como la cerveza, ya que, su producción industrial se concentraba en fábricas, facilitándole así el control y recaudo de impuestos, mientras que la chicha, por su preparación artesanal y dispersa por toda la ciudad, le ocasionaba grandes esfuerzos a sus funcionarios para llevar un control eficiente sobre la cantidad real de líquido producido" (Moreno, 2019, p. 9).

La chicha, por su propia naturaleza, se resistía a esta lógica de control. Su producción artesanal, dispersa y basada en recetas familiares, dificultaba la regulación y el cobro de impuestos, lo que la convertía en un blanco perfecto para las campañas de desprestigio. A medida que la élite

promovía productos industriales, intentaba simultáneamente erradicar la chicha de los espacios urbanos, vinculando su consumo a la pobreza y la falta de civilización. (Campuzano y Llano, 1994 p. 44)

El ataque a la chicha y a las chicherías no fue solo un asunto de salud pública, sino que se convirtió en un acto de control sobre el espacio público. Las chicherías eran más que simples lugares de consumo; eran espacios de encuentro y sociabilidad, donde se tejían redes de apoyo y solidaridad entre los trabajadores. En un contexto de creciente urbanización y transformación social, las chicherías representaban una resistencia a la imposición de un orden social que buscaba disciplinar a las clases populares.

La élite bogotana, al ver amenazada su visión de una ciudad moderna y ordenada, decidió actuar para eliminar estos espacios de resistencia. En este sentido, la lucha contra la chicha también reflejaba una lucha por el control de la narrativa social y cultural en Bogotá. La construcción de una imagen de modernidad y civilización era incompatible con la existencia de prácticas culturales que la élite consideraba primitivas y anticuadas.

Los hechos del 9 de abril de 1948, cuando fue asesinado el líder político Jorge Eliécer Gaitán, desataron una ola de violencia en Bogotá y en otras ciudades de Colombia, lo que llevó a un colapso del orden público. Esta crisis proporcionó al Estado y a las élites la oportunidad para implementar medidas restrictivas y punitivas, especialmente contra quienes vendían y consumían chicha en Bogotá. Para las autoridades, la chicha era vista como un "disolvente" de la moral y la salud pública de las clases populares, asociada erróneamente con el deterioro de la "raza" y con la amenaza a la estabilidad económica (Campuzano y Llano, 1994, citando a Bejarano). Aprovechando el contexto de la violencia del 9 de abril, el Ministerio de Higiene lanzó una campaña para erradicar lo que consideraban elementos perjudiciales para la "salud física y moral del pueblo."

Lejos de lograr su objetivo, sin embargo, estas medidas represivas reforzaron el simbolismo de la chicha como un acto de resistencia. El consumo y la venta de chicha se convirtieron en una manera de desafiar las imposiciones de las élites, quienes intentaban imponer una nueva cultura urbana e industrial que excluía las tradiciones populares. La chicha, históricamente enraizada en las prácticas y costumbres de las clases populares, fue reinterpretada como un símbolo de reivindicación frente a la represión. La bebida no solo representaba una identidad cultural, sino

una forma de resistencia activa frente al intento estatal de disciplinar y controlar los comportamientos de los sectores populares.

En este contexto, las clases populares no renunciaron a sus prácticas culturales asociadas al consumo de chicha. Según Moreno (2019), el conflicto entre persistir y desaparecer se manifestó en la dinámica de control social sobre la población, creando territorios de prohibición y aceptación en la ciudad. Así, la chicha y las reuniones sociales y políticas en las chicherías se convirtieron en formas de resistencia cultural, permitiendo a las clases populares mantener algunas de sus características identitarias en medio de la adversidad.

3.2 Símbolo de resistencia durante el Bogotazo

Los escenarios de socialización de las clases populares y trabajadoras europeas durante el siglo XIX que se constituyeron alrededor de espacios como el bar o la taberna, en la Bogotá del siglo XX se articularon alrededor de las chicherías.

Del mismo modo, la Bogotá de principios de siglo se caracterizó por la presencia significativa de expendios de chicha, según señala Archila (1991), en esa época, la ciudad albergaba alrededor de 750 de estos establecimientos, generando preocupación entre la élite urbana, para quienes estos lugares no solo representaban una amenaza para la higiene pública, sino que también eran considerados como focos de descontento social.

La expansión de los expendios de chicha durante los años 20 materializó la oposición a las percepciones tradicionales sobre el orden y la pulcritud en el tejido urbano, ideas respaldadas tanto por las castas políticas tradicionales como por las familias más influyentes quienes, al observar el aumento de estos establecimientos, veían comprometida su visión de una ciudad ordenada y controlada. La chicha, una bebida alcohólica tradicional en la región, se convirtió así en un elemento que simbolizaba la resistencia a las normas impuestas por la élite.



Tomado de: "El socialista" martes 03 de agosto 1920

Las chicherías, como señala Maldonado (2019), emergieron como centros de sociabilidad y ocio para las clases trabajadoras, en oposición a la visión de las élites sobre la modernización y la higiene. El consumo de chicha, más que un acto de diversión, constituía un elemento esencial en la dieta de las familias de bajos recursos hacia 1937. El testimonio de Julián Vargas, citado por Calvo y Saade (2002), subraya la importancia de las chicherías en el paisaje citadino y su relación con el comercio y el intercambio mercantil. (p. 13)

El descontento de las élites locales frente a la proliferación de establecimientos de venta de chicha se tradujo en diversas medidas regulatorias y de control, como lo evidencia la promulgación de la Ley 34 de 1948. El artículo 1 de esta legislación establecía las restricciones en torno a la fabricación, venta y consumo de bebidas alcohólicas en el territorio nacional a partir del 1 de enero de 1949.

Se determinó que solo podrían producirse y comercializarse bebidas fermentadas derivadas de la caña, así como de otros cereales y frutas, siempre y cuando hubieren sido sometidas a los procesos de fermentación y pasteurización adecuados, bajo estándares técnicos e higiénicos específicos, y se distribuyeran en envases cerrados individuales de vidrio, regulados por el Gobierno Nacional. Además, se impuso un límite máximo de contenido alcohólico del 4% en volumen para estas bebidas. Esta normativa refleja el intento de regular el consumo de alcohol en el país, abordando preocupaciones de orden sanitario y social asociadas a su consumo considerado descontrolado.

Las llamadas chicherías, donde se vendía este derivado del maíz, servían como lugar de esparcimiento. Se dice que en Bogotá había más de 800 establecimientos de este tipo a finales del

siglo XIX y se consumían más de 50 millones de litros por año, superando incluso las reservas de agua. La popularización de la bebida se debía a su bajo costo, pues en la mayoría de los casos era elaborada en pequeñas fábricas clandestinas o en las casas, lo que implicaba que la preparación no fuera higiénica. En muchas chicherías preparaban el producto en vasijas de barro sucias, destapadas y con poca supervisión, tanto así que era frecuente encontrar insectos y otros elementos en el brebaje. Algunos dueños, incluso, seguían la tradición indígena de masticar los granos de maíz y añadir esta mezcla al producto final, pues se creía que la saliva ayudaba a dar un mejor sabor y a una pronta fermentación.

Jorge Bejarano (1950) nos introduce de manera detallada a las chicherías de Bogotá señalando que se encontraban situadas estratégicamente cerca de la Plaza de Bolívar y los bulliciosos mercados como el de los Mártires, la Perseverancia y las Cruces, mencionados con anterioridad debido a su innegable origen obrero. Estos locales se erigían como verdaderos epicentros sociales, atrayendo a una variada gama de clases sociales. Allí, el acto de beber chicha se convertía en una manifestación de identidad, una práctica arraigada que desafiaba las convenciones establecidas.

Las chicherías, eran microcosmos vivos donde la diversidad se entretrejía con la cotidianidad, ya que, desde el oscuro zaguán, donde indígenas conversaban animadamente, hasta las mesas de toco pino plagadas de moscas, cada rincón de estos lugares estaba impregnado de una realidad palpable, adicionalmente, los sonidos de conversaciones animadas, el humo espeso que escapaba de la cocina y los olores mezclados de grasa y cebolla contribuían a la atmósfera única de las chicherías(Bejarano, 1950: 38)

Por otro lado, la chicha, lejos de ser simplemente una bebida, se convertía en un símbolo visible de resistencia dentro de este contexto social, ya que su consumo se transformaba en un acto desafiante y reivindicatorio. Especialmente relevante era la convergencia de diferentes estratos sociales en estos espacios, donde convivían vivanderos, criadas, mandaderos, jóvenes intelectuales y hacendados sabaneros, derribando las barreras sociales impuestas.

Las chicherías, con su inconfundible chicha de color amarillo y su turbiedad, desafiaban las normas higienistas y estéticas impuestas por las élites, frente a esto, Bejarano (1950) sabe citar las reflexiones y diagnósticos propuestos por el médico Josué Gómez, quién menciona que, la

chicha, etiquetada como "ejemplarmente sucia" y "eminentemente nociva para el hombre", se convierte no solo en un objeto de censura cultural, sino también en un problema médico:

"Nuestros enfermos en cuestión entran al hospital porque se declaran inútiles para el trabajo: gustan de reposo prolongado en el lecho, y si no se les interroga, no solicitan indicación alguna del médico. Algunos llegan al hospital por su propia iniciativa, pudiéndose, por consiguiente, sospechar en ellos algún domino racional de sus facultades. Por el momento, la mayor parte niegan el abuso de la chicha, pero hay otros que decididamente confiesan la causa de su enfermedad, si bien atribuyen el reumatismo los desórdenes funcionales de su mecánica animal". (p. 64)

La asociación entre el consumo de chicha y la vagancia refleja una compleja interacción entre las prácticas culturales populares y las narrativas médicas impuestas por las élites para justificar la exclusión y la marginación de ciertos sectores sociales. En este contexto, la chicha se convierte en una etiqueta que no solo estigmatiza una bebida tradicional, sino que también marca a sus consumidores como individuos moralmente cuestionables, sujetos a ser controlados y normalizados dentro de las estructuras sociales dominantes. La medicalización de la cultura popular, representada en el caso del "Chichismo", resulta ser una herramienta eficaz de disciplinamiento social, al asociar el consumo de la bebida con vicios, patologías y comportamientos indeseables. Esta estigmatización no solo se dirigía contra la chicha, sino también contra quienes la consumían, constituyéndose en un mecanismo que segregaba a las clases populares y las mantenía al margen de las normas impuestas por las élites.

Un claro ejemplo de esta medicalización es el estudio realizado por Liborio Zerda, quien identificó la existencia de una "tomaína", una sustancia tóxica derivada de la alteración del gluten del maíz en la preparación de la chicha. Según Zerda, las modificaciones en el proceso de elaboración de la bebida desde finales del siglo XIX, como el uso de barriles de madera en lugar de vasijas de barro, así como el cambio de maíz tierno por maíz más resistente al ablandamiento, contribuían a la generación de esta sustancia dañina (Campuzano y Llano, 1994, p. 40). Esta explicación médica fue utilizada para reforzar la narrativa de que la chicha no solo era peligrosa para la salud, sino que también debía ser evitada por las clases sociales educadas, contribuyendo a su rechazo cultural y a la estigmatización de quienes la consumían.

Este proceso de medicalización y estigmatización encierra una lucha de poder, donde las élites, mediante la ciencia y las políticas públicas, intentan imponer normas de comportamiento y formas de vida alineadas con los intereses del sistema capitalista y las lógicas de urbanización e industrialización. En contraste, las clases populares, a través del consumo de chicha y la congregación en las chicherías, encuentran un espacio de resistencia donde las normas de trabajo impuestas y las formas de vida capitalistas se ven cuestionadas y, en muchos casos, subvertidas. En este sentido, la chicha no solo representa un elemento cultural, sino también un acto de desafío a las estructuras de poder que buscan reprimir la autonomía de las clases trabajadoras y su derecho a formar sus propios espacios de sociabilidad y resistencia. (Campuzano y Llano, 1994)

En contraste, dentro del surgimiento de esas nuevas industrias productivas y manufactureras de principios de siglo, destaca la ya mencionada Cervecería Bavaria, fundada en 1889, seguida por Fenicia, que fabricaba vidrio y, otras cervecerías, como Bohemia y Camelia Blanca que también hicieron su aparición en el mercado. Ya en 1909, se inauguró la primera cementera del país, la fábrica Samper, con una plantilla de 300 obreros. Por otro lado, se establecieron fábricas de tejidos como Ponce de León, que empleaban a más de 100 obreros, de modo que, la expansión industrial no se limitó a Bogotá, sino que se extendió a la región de la Sabana, con empresas como la fábrica de Santa Ana en Cajicá, la primera cementera en Usaquén y La Calera, y la fábrica Samacá en Boyacá, industrias que contribuyeron significativamente al crecimiento económico y al empleo en la región (Acebedo, 2006).



Tomado de: <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll26/id/14557/rec/3>

La industria cervecera, con Bavaria a la cabeza, desempeñó un papel destacado en la transformación económica de Bogotá durante las primeras décadas del siglo XX. Fundada por el

emigrante alemán Leo S. Kopp en 1889, Bavaria se convirtió en un actor clave en el panorama industrial de la ciudad. Posteriormente, este mismo empresario alemán estableció la fábrica de vidrios Fenicia, ampliando así su presencia en el sector manufacturero. No obstante, la influencia de Bavaria no se detuvo allí, en 1904, Kopp junto a Eduardo Sayer, fundó la Fábrica de Cerveza Bohemia, diversificando su producción para incluir cerveza, malta, champañas, gaseosas y aguas minerales. Esta expansión de su catálogo de productos reflejó la ambición de la empresa por satisfacer las demandas de un mercado en crecimiento. (Vega 2002)

La competencia en la industria cervecera también se hizo evidente con la creación de la cervecería Germania en 1905, nueva empresa que fue establecida por un antiguo empleado del fundador de Bavaria, lo que subraya el dinamismo del sector en ese período. Además de estas cervecerías más grandes, existían otras fábricas de cerveza de menor envergadura que producían una bebida fermentada ligeramente mejorada y la envasaban. (Vega 2002)

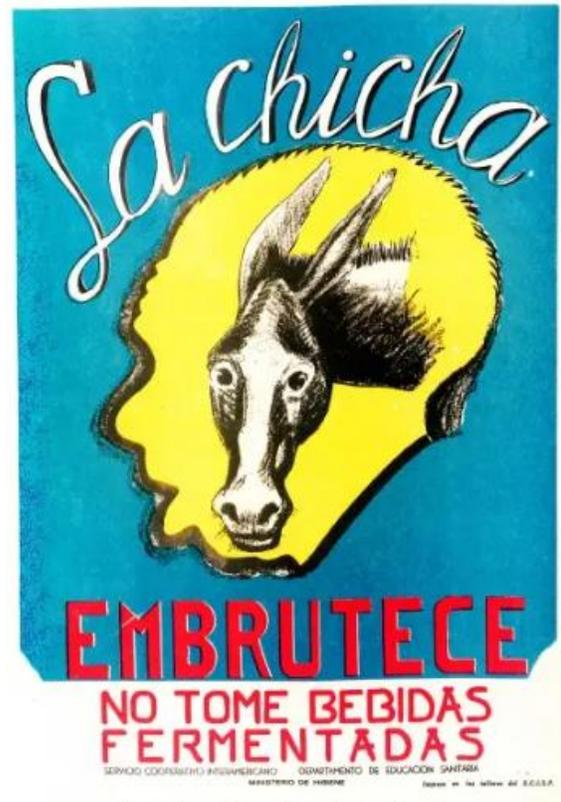
La importancia de Bavaria no solo radicaba en su tamaño, sino en su adopción de prácticas empresariales de avanzada, pues la compañía se convirtió no solo en la fábrica más importante de la Bogotá del siglo XX, sino también en una de las más modernas de Colombia. Ello se debió a su administración especializada, la división del trabajo, la mecanización, la utilización de equipos costosos y la contratación de trabajadores asalariados, muchos de ellos provenientes de los primeros procesos de migración antes mencionados. (Acebedo 2006 p. 52)



Tomado de: <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll26/id/14103/>

Durante gran parte del siglo XX, las élites y algunas empresas cerveceras, como Bavaria, emprendieron una arremetida publicitaria en contra del consumo de chicha. Más que una simple competencia entre productos, esta campaña tuvo un matiz cultural y social significativo. Las élites, respaldadas por intereses económicos, desestimaron la chicha no solo como una alternativa de consumo, sino como un símbolo arraigado en las tradiciones populares. De este modo, la narrativa construida en torno a la chicha no solo apuntaba a su calidad o características, sino que estigmatizaba a quienes la consumían. (Campuzano y Llano, 1994, p. 39)

En efecto, se forjó la idea de que el consumo de chicha estaba vinculado a la degeneración, la falta de higiene y, en algunos casos, a la predisposición a actividades delictivas. Esta estrategia publicitaria no solo buscaba captar clientes para la cerveza industrial, sino que también contribuía a la marginalización de aquellos que seguían disfrutando de la chicha, consolidando así una narrativa que asociaba la bebida tradicional con estigmas sociales y económicos. (Calvo, O. y Saade, M. 2002 pp. 138 - 139)



Tomados de: Bejarano, J. (1950). La Derrota de Un Vicio: Origen e Historia de La Chicha. Bogotá D.C.: Iqueima.

La confluencia entre expresiones culturales arraigadas, identidades políticas en evolución y turbulentas dinámicas económicas en Bogotá durante el siglo XX no solo moldeó la vida de obreros, buhoneros y vagabundos, sino que también desempeñó un papel crucial durante procesos históricos importantes, como en el caso del Bogotazo. La ciudad se sumió en el caos durante varios días, con manifestaciones, saqueos y disturbios que dejaron una profunda huella en la organización social y política de la capital colombiana. Al respecto, Alape describe:

“El grito inicial fue espontáneo: «¡A palacio...! ¡A palacio!» La multitud vibra en su venganza, cuando llevan a rastras el cuerpo de Roa Sierra y todos quieren matarlo de dolor, para vengar la sangre del jefe. Todos querían hacerle algo, patearlo, golpearlo, escupirlo, maldecirlo, profanarlo. El presidente del directorio liberal de Bogotá había dado la orden de llevarlo a palacio. En ese recorrido por la séptima hacia el sur, la multitud se detiene y en enjambre vuelve contra el cuerpo inerte del asesino: un hombre pateo su cabeza, otro chuza su estómago con una lezna, lo arrastran. La expresión de los rostros es terrible cuando la venganza se desborda. Detrás, como la huella total de todo su cuerpo, polvo, rastros que

iban que- dando por la carrera séptima entre los rieles del tranvía; luego un embolador, como arrastrando una carretilla, lo lleva agarrado de las piernas, y así sigue el espectáculo sin que nadie se detenga, hacia el palacio de gobierno, en la ruta en que culminaría la primera fase del levantamiento.” (p. 41)

El Bogotazo convulsionó la ciudad, modificando su estructura política, su estilo de vida e inclusive, su organización urbana. Este hecho se consolidó como una suerte de quiebre en la historia de Bogotá, transformando radicalmente la dinámica urbana y social. Además, la violencia desatada durante el Bogotazo tuvo un impacto significativo en la configuración de la ciudad y sus habitantes, así mismo, las secuelas de dicho asesinato resonaron en las décadas posteriores, influyendo en la evolución de las expresiones culturales, las identidades políticas y las dinámicas económicas.

Es importante mencionar que, dentro de las clases populares, que en gran medida se volcaron a las calles en defensa de la figura de Gaitán, existían una serie de prácticas culturales particulares que se organizaban alrededor de los principales barrios populares de la ciudad de Bogotá, dotando a estos escenarios de prácticas y costumbres propias. En este contexto, por ejemplo, el consumo de chicha, la construcción de identidades políticas y la influencia de estos grupos resonaron de manera impactante en un momento crítico de la historia bogotana.

Desde las últimas décadas del siglo XIX hasta la primera mitad del XX, las clases populares llevaban a cabo prácticas sociales y culturales que desafiaban las normas impuestas por las élites y la emergente clase industrial. Moreno (2019) destaca que actividades como reuniones en chicherías, formación de grupos mutualistas, juegos de tejo y conversaciones políticas eran parte integral de la cotidianidad, prácticas que, sin embargo, se enfrentaron a la oposición de las élites políticas y la incipiente clase industrial capitalina, en un conflicto entre la tradición arraigada y el modelo modernizador proyectado para la capital.

La resistencia de estas prácticas culturales, a pesar de la persecución y censura estatal, se logró evidenciar en la persistencia de las clases populares para preservar su identidad, como señala Moreno (2019), pues a través de más de medio siglo, estas prácticas resistieron desde la cotidianidad, convirtiéndose en un distintivo de la vasta masa bogotana.

En este sentido, el propósito de este análisis radica en aclarar las complejas interconexiones entre el consumo de chicha, la construcción de identidades políticas y la influencia de los grupos marginados durante el Bogotazo. Al destacar la resiliencia y resistencia de las clases populares en su vida cotidiana, se busca examinar cómo estas expresiones culturales impactaron de manera significativa en un momento fundamental de la historia bogotana. Este enfoque no solo posibilita la comprensión de las dinámicas culturales de la época, sino que también subraya la importancia de las prácticas culturales como herramientas de resistencia y afirmación de la identidad en contextos históricos coyunturales. En última instancia, la intención es ofrecer una perspectiva más completa y matizada de los eventos relacionados con el Bogotazo, explorando las dimensiones culturales que a menudo quedan en segundo plano en las narrativas históricas convencionales.

3.3 Campañas de desprestigio

En los años 40 y 50 del siglo XX, Colombia se sumió en tribulaciones sociales y políticas que dejaron una profunda marca en la historia del país. Dentro de las tensiones más evidentes del momento, se destacan los constantes roces y ataques entre los partidos políticos tradicionales que hasta el momento habían protagonizado la esfera política de la época. En ese contexto, La Perseverancia, un barrio obrero bogotano por excelencia y parte del Cinturón Rojo gaitanista, término acuñado por el propio Jorge Eliécer Gaitán, quien lo utilizó para describir los barrios obreros que rodeaban el centro de Bogotá y que conformaban su núcleo de apoyo más leal, (Ruíz y Cruz 2007, p. 26), no escapó a los conflictos que marcarían la bifurcación del siglo XX, años que dejaron como legado la imagen inmortalizada del líder Jorge Eliécer Gaitán y los trágicos sucesos del Bogotazo, así como las huellas de las esperanzas populares truncadas por la violencia.

Para los habitantes de La Perseverancia, la figura de Gaitán se fusionó con las tradiciones del barrio, incorporando elementos cruciales para su identidad. La chicha y el tejo, elementos arraigados en la cultura cotidiana de obreros, buhoneros y vagabundos, se convirtieron en testigos silenciosos de las interacciones de Gaitán con la comunidad. Como señalan Ruíz y Cruz (2007), "Gaitán era un señor muy formal con todo el mundo... jugaba tejo y tomaba chicha, recibía comida de la gente y era muy alegre. En el barrio todos éramos seguidores de Gaitán, éramos liberales" (p. 48).

En esa medida, la chicha, bebida emblemática de los barrios populares de Bogotá, se entrelazó estrechamente con la imagen de Gaitán, caudillo liberal que encarnaba al hombre del pueblo, al defensor de los desposeídos, y su presencia en las chicherías y campos de tejo simbolizaba la conexión con las raíces del común. Ruiz y Cruz (2007) señalan que Gaitán representaba al hombre popular, un político hecho a pulso que defendía al pueblo, y que las chicherías y los campos de tejo eran espacios del hombre común, lugares de socialización e igualdad (p. 48). Así, las chicherías no solo eran lugares de expendio de la bebida, sino también espacios de socialización y camaradería entre vecinos y amigos. Estos lugares eran el corazón de la cotidianidad en La Perseverancia, donde las diferencias se diluían en la camaradería y la celebración de la vida diaria.

No obstante, la armonía de La Perseverancia se vería trastornada a partir del fatídico 9 de abril de 1948. El asesinato de Gaitán no solo desencadenó el estallido popular conocido como el Bogotazo, sino que también marcó el inicio de una represión estatal que alcanzó a La Perseverancia y a un gran número de barrios, edificios y estructuras ubicados a los alrededores del centro de la ciudad. En ese momento, la chicha, que representaba tanto para los pobladores de los barrios populares, fue prohibida.



Portada del periódico El Tiempo, 12 de abril de 1948

La Ley 34 de 1948, promulgada tras el Bogotazo, estableció regulaciones estrictas para la fabricación, venta y consumo de bebidas fermentadas, incluida la chicha. Desde el 1° de enero de 1949, solo podían producirse y consumirse este tipo de bebidas en envases cerrados, individuales, de vidrio, y debían pasar por procesos de fermentación y pasteurización adecuados, además, se impusieron límites al contenido alcohólico, normativa que, si bien buscaba imponer estándares de calidad e higiene, resultó ser un golpe devastador para las tradiciones populares. (Calvo, O. y Saade, M. 2002 p. 332)

En el imaginario colectivo, la chicha pasó de ser una bebida de alegría y unión a ser etiquetada como la responsable de la violencia del 9 de abril. La narrativa de una "horda enchichada y peligrosa" que quemó la ciudad se propagó, transformando la chicha de símbolo cultural a chivo expiatorio. Los incendios y saqueos del centro de la ciudad fueron interpretados como la expresión de una supuesta sed de venganza alimentada por la chicha. (Campuzano y Llano, 1994 citando a Bejarano p. 46)

La Ley 34 de 1948, aunque presentada como una medida de orden y salud pública, se reveló como un instrumento de control social. La prohibición de la chicha, junto con la represión estatal, no solo privó a La Perseverancia de su bebida tradicional, sino que también despojó a la comunidad de un elemento central de su identidad cultural. La ley, respaldada por un gobierno que temía la resistencia popular, dejó un vacío en la cotidianidad de obreros, buhoneros y vagabundos.

El Bogotazo marcó un antes y un después en la historia de Bogotá y la influencia de actores clave como Gaitán se entrelazó con la cultura popular, representada por la chicha y el tejo. La prohibición de la chicha, establecida mediante la Ley 34 de 1948, no solo afectó la vida diaria de la comunidad, sino que también simbolizó la pérdida de una parte fundamental de su identidad. La chicha, una vez símbolo de unidad y celebración, fue vilipendiada y utilizada como chivo expiatorio en un momento crucial de la historia colombiana, transformándose en una víctima más de los turbulentos eventos que marcaron la mitad del siglo XX.

En resumen, la confluencia de expresiones culturales arraigadas, evolución de identidades políticas y dinámicas económicas turbulentas en Bogotá durante el siglo XX desencadenó eventos cruciales, como el Bogotazo de 1948. Las clases populares, expresando resistencia a élites políticas y económicas, encontraron en las chicherías espacios fundamentales de organización y solidaridad.

La chicha, más que una bebida, se convirtió en símbolo de resistencia, pero su prohibición tras el Bogotazo representó un control social que privó a la comunidad de su identidad cultural.

La estigmatización de la chicha, en relación con el liderazgo de Jorge Eliécer Gaitán, ilustra cómo una práctica cultural fue utilizada y manipulada políticamente para reforzar divisiones sociales. Aunque la chicha ya era un símbolo de resistencia para los sectores populares mucho antes de Gaitán, su defensa y consumo cobraron una carga aún más subversiva en el contexto político de su época. Este fenómeno refleja cómo una expresión cultural, originalmente ligada a la identidad y a la lucha popular, fue transformada por las élites en un "chivo expiatorio," asociándola a prácticas consideradas indeseables y peligrosas para justificar políticas de control social. Así, la chicha se convirtió en un punto de tensión cultural y política en momentos críticos para Bogotá, destacando el poder de las élites para reinterpretar y deslegitimar símbolos populares de resistencia cuando estos desafiaban su visión de progreso y orden social.

Conclusiones

Este capítulo ha analizado la politización de las prácticas culturales en Bogotá, centrándose en la chicha como un elemento significativo dentro de la vida social de las clases populares. Esta bebida, profundamente arraigada en el barrio La Perseverancia y en otros sectores populares, fue utilizada políticamente durante el Bogotazo, lo que ejemplifica cómo las expresiones culturales pueden ser instrumentalizadas en momentos de crisis. La chicha, más allá de su función como bebida, se convirtió en un símbolo que reflejaba las tensiones sociales y económicas de la época.

A lo largo del tiempo, la chicha fue objeto de campañas de desprestigio que la asociaron con condiciones higiénicas deficientes y con comportamientos considerados indeseables por parte de las élites. Sin embargo, estas percepciones no impidieron que las clases populares la defendieran. La resistencia a las políticas restrictivas y a los estigmas sociales evidenció un proceso de reivindicación que fortaleció el sentido de pertenencia y la cohesión comunitaria en estos sectores.

Este estudio ofrece un panorama amplio de un período crucial en la historia de Bogotá, enfatizando la importancia de analizar las raíces de su estructura social actual. A través de un

enfoque que considera las interacciones entre lo económico, lo social y lo cultural, se revela la complejidad de la evolución urbana. La preservación de la chicha, por tanto, debe ser entendida no solo como una preferencia de consumo, sino también como una manifestación de la identidad cultural de las clases populares.

Capítulo 4: El impacto de las transformaciones sociales y urbanas

En este capítulo se analiza el impacto que tuvieron las transformaciones sociales y urbanas en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX en la estabilidad y la duración de los asentamientos de los grupos analizados: obreros, buhoneros y vagabundos. Con ello, se propone determinar si los procesos migratorios estudiados fueron temporales o condujeron a una integración permanente en la vida urbana de la ciudad. A través de un enfoque multidimensional, se pretende desentrañar cómo estos cambios estructurales y demográficos influyeron en la capacidad de estos grupos para establecerse de manera estable en Bogotá, ofreciendo una comprensión más profunda y matizada del impacto de las transformaciones sociales y urbanas en la ciudad capital. Se espera contribuir al conocimiento histórico desde la perspectiva de la historia social, visibilizando las experiencias de comunidades tradicionalmente marginadas.

Para ello, en primer lugar, se analiza cómo los procesos migratorios y las transformaciones urbanas actuaron como catalizadores para la organización política dentro de los grupos estudiados. En este sentido se examinan las formas de resistencia y solidaridad que surgieron en respuesta a las nuevas dinámicas sociales, así como la influencia de la identidad política en la estabilidad de los asentamientos. Además, se profundiza en cómo estas comunidades desarrollaron vínculos políticos y sociales, identificando las estrategias de organización y solidaridad que contribuyeron a su estabilidad o vulnerabilidad en el contexto urbano cambiante.

En segundo lugar, se indagan los patrones de migración observados entre los obreros, buhoneros y vagabundos, evaluando cómo estos movimientos poblacionales influyeron en la cohesión y permanencia de dichas comunidades en Bogotá. Con ello se busca determinar si los procesos migratorios llevaron a una integración más sólida en la vida urbana o si, por el contrario, generaron tensiones y contradicciones adicionales que afectaron la estabilidad de los asentamientos. Por otro lado, se identifican los factores socioeconómicos y urbanos que impactaron en la estabilidad de los asentamientos. Se examina cómo la disponibilidad de empleo, vivienda y servicios públicos influyeron en la permanencia de los grupos en la ciudad y el papel de las políticas gubernamentales en la configuración de estos contextos. Este apartado profundiza en cómo las condiciones socioeconómicas y urbanas moldearon las experiencias de los grupos estudiados y su capacidad para mantenerse en Bogotá.

En tercer lugar, se analizan las estrategias de resistencia adoptadas por los grupos estudiados frente a las transformaciones socioeconómicas y urbanas. Para ello, se estudia cómo estos grupos se adaptaron mediante la creación de redes de apoyo y la búsqueda de soluciones colectivas para enfrentar las condiciones adversas en su entorno urbano cambiante. Se utilizarán estudios de caso para ilustrar estas dinámicas y comprender mejor cómo las comunidades respondieron a las presiones externas.

En cuarto lugar, se evalúa la integración urbana de los grupos estudiados y la permanencia de sus asentamientos. Se analiza si las transformaciones sociales y urbanas facilitaron una integración sostenible en la vida urbana de Bogotá, o si, por el contrario, perpetuaron la marginalización de estos grupos. Este apartado busca ofrecer una visión comprensiva de las dinámicas de asentamiento y su relación con el desarrollo urbano de la ciudad.

4.1. Identidad política: solidaridad y organización

Los diversos procesos implicados en el desarrollo de una identidad política específica dentro de los grupos analizados, desempeñan una función primordial en su capacidad para afrontar, ajustarse y adaptarse a las transformaciones sociales y urbanas en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX. En este sentido, resulta esencial examinar cómo estas comunidades forjaron nexos políticos y sociales en reacción a su entorno, identificando estrategias de organización y solidaridad que influyeron tanto en su estabilidad como en el desarrollo de la dinámica urbana.

El contexto histórico brinda un terreno fértil para comprender la emergencia y evolución de la identidad política en Bogotá, pues durante el quinquenio 1920-1925, se observa una creciente influencia de las ideas socialistas en la escena política nacional que perneó a sectores tanto de la política tradicional como de la clase trabajadora. Este influjo de las corrientes socialistas, provenientes de Rusia y otros lugares, generó debates, señalamientos y presiones públicas dentro de los partidos liberales y conservadores, así como el surgimiento de nuevos sujetos políticos desde sectores obreros, artesanales e intelectuales (Flórez, 2010).

La aparición de los primeros sindicatos en el país, predominantemente de tipo gremial y conformados en su mayoría por trabajadores calificados, marcó el inicio de un movimiento obrero

organizado en Colombia. Sin embargo, la falta de apoyo estatal y la represión por parte de las autoridades limitaron su efectividad durante este periodo inicial. Así mismo, las huelgas de trabajadores no calificados, como los de las bananeras y de la construcción, enfrentaron dificultades para obtener mejoras en las condiciones de trabajo debido a la falta de protección estatal frente a la competencia de los esquiroleros (Urrutia, 1989).

Por otro lado, el surgimiento del Partido Socialista y el Congreso Obrero en 1919 marcó un hito importante en la historia política y sindical de Colombia. Esta organización, compuesta por delegados de diferentes regiones del país, representaba la primera asociación de trabajadores de carácter nacional y jugó un papel crucial en la defensa de los intereses gremiales y laborales. Aunque influenciados por corrientes socialistas y anarquistas, los líderes obreros buscaron establecer una identidad política propia que reflejara sus demandas y aspiraciones específicas (Núñez, 2006). Es importante destacar que, tras los acontecimientos que marcaron el triunfo de la Revolución Rusa, cualquier manifestación de radicalismo en Colombia tendía a ser señalada y perseguida, como lo evidencian las persecuciones sistemáticas a los miembros tanto del *PST* Partido Socialista de los Trabajadores (PST) como de los del Partido Comunista Colombiano (PCC) desde su fundación en 1930.

Los procesos migratorios desempeñaron un papel clave en la configuración de la identidad política de los grupos estudiados. La migración interna hacia la ciudad creó las condiciones de posibilidad para la formación de comunidades urbanas diversas y dinámicas. Estos flujos migratorios actuaron como catalizadores de la organización política al reunir a individuos con experiencias y preocupaciones comunes en entornos urbanos desconocidos.

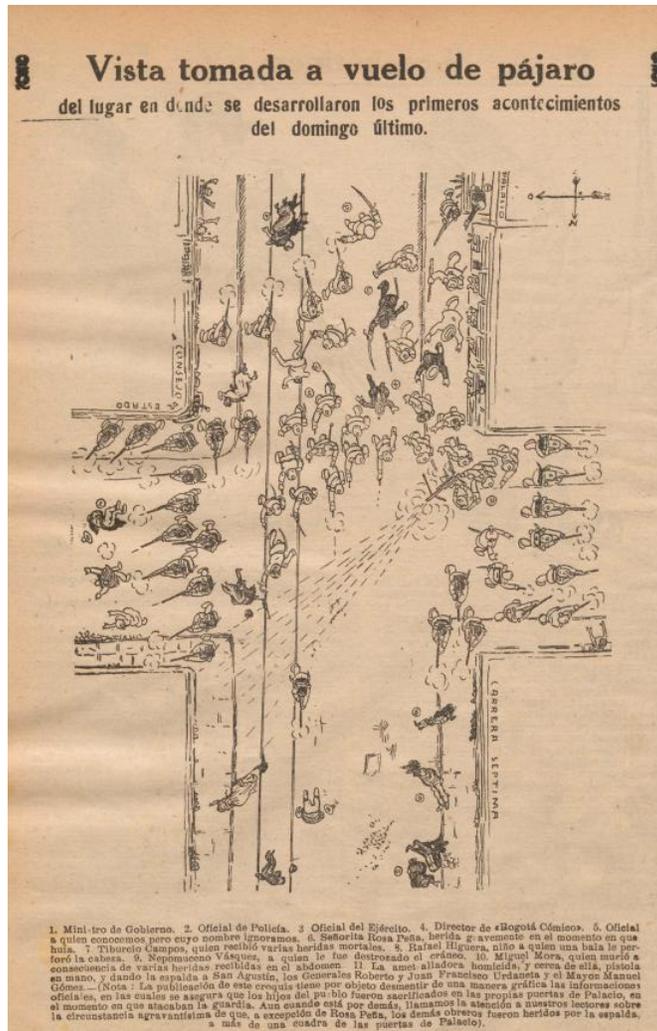
La masacre de obreros en marzo de 1919, conocida como la masacre de los sastres, evidenció los temores del conservadurismo frente al ascenso del socialismo como expresión política y organizativa. La represión del gobierno ante las manifestaciones obreras reflejó la resistencia de las élites políticas y económicas a los cambios propuestos por el movimiento obrero emergente. Sin embargo, estas acciones represivas también sirvieron para catalizar la solidaridad y la organización entre los trabajadores, fortaleciendo su determinación de luchar por sus derechos (Valero, 2013).

Frente a la masacre señalada, el periódico *El Gladiador*, semanario político y de variedades de tendencia liberal, fundado en el municipio de Honda, en su edición del 19 de abril de 1919, destacó

los eventos ocurridos en Bogotá. El artículo exponía con intensidad la indignación ante la violencia perpetrada contra un pueblo indefenso que simplemente exigía la derogación de un decreto cuestionado. Se denunciaba la “brutalidad de la represión, perpetrada por aquellos encargados de preservar la dignidad nacional y garantizar la seguridad de los ciudadanos”. Además, describía cómo “la guardia de Palacio y los ordenadores del operativo actuaron con una saña y felonía inauditas, disparando alevosamente por la espalda a manifestantes inermes”. En tono de denuncia expresaba que, “incluso cuando los manifestantes se dispersaron en confusión y espanto, la guardia aumentó su violencia, obligando a los fugitivos a buscar protección desesperada” (El Gladiador 19 de abril de 1919 p. 2). Estos elementos permiten profundizar en las formas de represión y persecución a la organización social durante este periodo, evidenciando la severidad de las acciones gubernamentales contra la protesta civil.

Por otro lado, el semanario *Bogotá Cómico*, en su edición del 22 de marzo de 1919, abordó de manera sarcástica los eventos relacionados con la masacre a través de caricaturas y comentarios irónicos. Entre las representaciones se incluía un esquema que mostraba las posiciones de los involucrados en el suceso, así como una caricatura del general Pedro Sicard Briceño, quien había liderado el operativo destinado a reprimir la revuelta. Además, describió cómo la masacre había transformado la ciudad, sumiéndola en una atmósfera de tragedia y tristeza donde había desaparecido la alegría. En la imagen puede verse una fosa común abierta precipitadamente. (*Bogotá Cómico, Semanario Ilustrado* 1919 p. 6).

Estos detalles subrayan la crueldad del suceso y la respuesta popular, evidenciada por un estado generalizado de tristeza e indignación. Por otro lado, la fuente proporciona una perspectiva sobre el uso del humor y la sátira como estrategias de resistencia y denuncia, destacando las diversas formas en que se llevó a cabo la represión contra la organización social y gremial. La crítica irónica ofrecida por el semanario amplía aún más la comprensión de la represión estatal y sus repercusiones en la estructura social, enriqueciendo el análisis de la dinámica de control y resistencia en el contexto de la época.



Tomado de: https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/181272

En paralelo, la creación de sindicatos y asociaciones obreras permitió a los trabajadores unirse en torno a objetivos comunes y defender sus derechos laborales y sociales. Estas organizaciones proporcionaron un espacio para la expresión política y la acción colectiva, fortaleciendo la identidad y la solidaridad dentro de la clase trabajadora (Archila, 1991).

Por su parte, los buhoneros encontraron en la organización gremial una forma de proteger sus intereses económicos y sociales frente a la competencia y la regulación estatal. Los sindicatos de vendedores ambulantes se convirtieron en espacios de resistencia y negociación, donde los trabajadores buscaban defender su derecho al trabajo y la ocupación del espacio público (Valero, 2013).

En el caso de los vagabundos, más que organizarse políticamente, concentraron sus esfuerzos en la supervivencia y la búsqueda de oportunidades en un entorno hostil. Sin embargo, su concentración en ciertas áreas de la ciudad, como el Barrio Santa Inés (El Cartucho), contribuyó a la consolidación de espacios marginales asociados al hampa y la criminalidad. La exclusión social y económica de estos grupos reflejó las limitaciones de la identidad política como herramienta de cambio social en un contexto de desigualdad estructural y marginalidad (Flórez, 2010).

Al respecto de las diferentes formas de organización gremial y colectiva, es importante mencionar que los obreros, como grupo fundamental en la estructura social y económica de Bogotá, jugaron un papel crucial en la vida política y sindical de la ciudad. Su identidad política y su capacidad de organización fueron fundamentales para la defensa de sus derechos laborales y la mejora de sus condiciones de vida y trabajo.

Según Agudelo (2014), varios factores impulsaron el surgimiento del sindicalismo a principios del siglo XX. Entre ellos se encuentran el proceso de industrialización, la llegada de ideas progresistas desde Europa, la Revolución Mexicana, y el Movimiento Obrero en Estados Unidos. Además, el aumento de la densidad poblacional de las ciudades, las condiciones laborales precarias y la aparición de grandes empresas, como las de navegación fluvial y los ferrocarriles, también desempeñaron un papel importante. Estos elementos motivaron a los obreros a organizarse y, en 1910, varias asociaciones obreras y artesanales intentaron formar un Partido Obrero Colombiano.

Por otro lado, la Revolución Rusa de 1917 y la creación de la Unión Soviética tuvieron un impacto profundo en los movimientos obreros de todo el mundo, incluyendo a Colombia. Las ideas de igualdad, justicia social y lucha de clases resonaron entre los obreros bogotanos, alimentando la organización sindical y la resistencia contra las injusticias laborales y sociales. Como señala

Morris (2010), "La ahora denominada clase obrera exigía reivindicación de derechos tomándose el espacio público y la calle empezaba a ser apropiada como lugar de igualdad y libertad." (p.36)

La influencia del radicalismo soviético se manifestó en la creación de organizaciones obreras inspiradas en los principios del socialismo y el comunismo. Sindicatos como la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC), fundada en 1936, adoptaron un enfoque más radical en la defensa de los derechos de los trabajadores y la lucha contra la explotación capitalista. Estas organizaciones no solo buscaban mejoras inmediatas en las condiciones de trabajo, sino que también aspiraban a transformaciones más profundas en la estructura socioeconómica.

Sin embargo, la influencia del radicalismo soviético también enfrentó resistencia y oposición, tanto interna como externa, pues el gobierno colombiano y los sectores conservadores veían con recelo cualquier manifestación de ideas socialistas, y a menudo respondían con represión y persecución. Además, dentro de los propios movimientos obreros, surgieron disputas y divisiones ideológicas entre los partidarios del socialismo y aquellos que abogaban por enfoques más moderados o reformistas. (Melo, 1996, p. 44 - 45).

A pesar de estas condiciones, las organizaciones obreras continuaron desempeñando un papel crucial en la vida política y social de Bogotá. Su capacidad para articular demandas y movilizar a los trabajadores fue fundamental para presionar a los gobiernos y empleadores a implementar reformas laborales y sociales. Como señalan Ruiz y Cruz (2007), "Con este crecimiento, Bogotá se convierte en una fuente de empleo para todo aquel que llegara a la ciudad y empiezan a darse muestras de los adelantos industriales que surgen con la modernidad." (p. 17)

Por su parte, los buhoneros y vendedores ambulantes desempeñaron un papel significativo en la vida económica y social de Bogotá, especialmente en áreas como San Victorino, donde la actividad comercial callejera se convirtió en una característica distintiva del paisaje urbano. Su historia y su lucha por el reconocimiento y la legalización de su actividad fueron fundamentales para la transformación de lugares como San Victorino en espacios reconocidos y valorados para la venta ambulante.

Como señala Carbonell (2010), "La intensa dinámica comercial fue creando paulatinamente aglomeraciones de vendedores ambulantes que con el pasar del tiempo se fueron convirtiendo en asociaciones y sindicatos vinculados al sector del comercio informal, la mayoría

de ellos avalados por la administración o las leyes del Estado." (p. 240) Este proceso de organización y lucha por el reconocimiento legal de su actividad fue crucial para establecer la legitimidad de los vendedores ambulantes en el espacio público y para garantizar sus derechos laborales y sociales.

El caso de San Victorino es emblemático en este sentido. Inicialmente, este sector de Bogotá era conocido por su actividad comercial informal y la presencia de vendedores ambulantes que ofrecían una amplia variedad de productos. Sin embargo, durante mucho tiempo, esta actividad fue vista con desconfianza por parte de las autoridades y los sectores formales de la economía. Según Carbonell (2010), "al ver esta situación, el Fondo de Ventas Populares comenzó a participar en la proliferación de las casetas y puestos callejeros en el sector, con el aval de algunos dirigentes políticos que comenzaron a mostrarse interesados en la instalación de estos locales comerciales improvisados en plena vía pública." (p. 240)

El reconocimiento y la legalización de la actividad comercial callejera en lugares como San Victorino fueron el resultado de años de lucha y organización por parte de los vendedores ambulantes y sus organizaciones sindicales. Carbonell (2010) menciona que, "De este modo surgieron varios grupos de informales que muy rápidamente encontraron la manera de instalarse en el sector con el respaldo de líderes y organizaciones sindicales, que venían convocando a los vendedores callejeros, defendiendo sus intereses y atendiendo a sus necesidades." (p. 240)

Este proceso de reconocimiento legal no solo benefició a los vendedores ambulantes al garantizar sus derechos laborales y sociales, sino que también contribuyó al desarrollo económico y social de lugares como San Victorino. La actividad comercial callejera se convirtió en una fuente importante de empleo e ingresos para miles de personas, contribuyendo a dinamizar la economía local y a mejorar las condiciones de vida de numerosas familias.

Así mismo, los vagabundos, debido a su exclusión social y económica, se encontraban en una situación precaria que dificultaba su capacidad para organizarse políticamente y garantizar la estabilidad de sus asentamientos. A menudo, su estilo de vida nómada y su falta de recursos los mantenían al margen de la participación política formal y la protección sindical. Sin embargo, esto no significa que carecieran por completo de formas de organización y cohesión social.

Según Morris (2010), los vagabundos, especialmente los jóvenes conocidos como “gamines” o “pelafustanes”, tendían a agruparse en torno a un estilo de vida en común, marcado por la supervivencia en las calles de la ciudad. Estas comunidades informales surgían como una respuesta a la exclusión social y la falta de oportunidades, y aunque no se organizaban en sindicatos o asociaciones formales, compartían vínculos y redes de solidaridad dentro de sus grupos. Esta dinámica de supervivencia en común se evidenciaba en el día a día de los vagabundos, quienes buscaban protegerse mutuamente y compartir recursos escasos en un entorno hostil y desfavorable. Las calles de Bogotá se convertían en su hogar y su espacio de interacción social, donde establecían relaciones de apoyo y colaboración para enfrentar los desafíos diarios.

Sin embargo, a pesar de esta cohesión social informal, la falta de recursos y oportunidades limitaba significativamente la capacidad de los vagabundos para organizarse políticamente y abogar por sus derechos. Su situación de marginación los dejaba vulnerables a la represión estatal y la criminalización, lo que dificultaba aún más cualquier intento de movilización política o acción colectiva.

En lugares como el barrio Santa Inés, la presencia de vagabundos contribuía a la apropiación de espacios urbanos tradicionales, pero de una manera que reflejaba más la marginalidad y la criminalidad que la organización política. Morris (2010) señala cómo los vagabundos, en su búsqueda de subsistencia y refugio, se congregaban en áreas urbanas donde la criminalidad y el consumo eran predominantes, creando una dinámica social marcada por la supervivencia más que por la lucha colectiva por derechos laborales o sociales.

En este contexto, es importante mencionar que, las chicherías, como se mencionó en el anterior capítulo, configuradas como espacios de socialización y divertimento, congregaban no solamente a obreros, buhoneros y vagabundos, quienes, al pertenecer a las clases más bajas de la sociedad bogotana de la época, también agrupaba a una amplia amalgama de sectores populares que encontraban en estos escenarios un refugio de camaradería y esparcimiento. La resistencia que palpitaba en estos lugares iba más allá del placer de consumir chicha, pues se convertía en un acto de desafío ante la centralización y el control ejercido por las élites políticas y económicas.

Desde sus orígenes, las chicherías se erigen como campos de batalla simbólicos, siendo mucho más que simples puntos de encuentro para disfrutar de una bebida. La narrativa histórica propuesta por Calvo y Saade (2002), señala la diversidad de asistentes en estos establecimientos.

Convergían en estas chicherías, siendo parte de las clases sociales más desfavorecidas, “entre los asistentes a estos establecimientos se contaban también delincuentes, prostitutas, vagabundos y mendigos”. (p. 88) En un contexto donde la élite política y económica buscaba imponer su orden social y cultural, estos lugares se transformaron en bastiones de resistencia, donde diferentes estratos sociales se unían en la celebración de una bebida que, lejos de ser simplemente alcohólica, se convertía en el elixir de la resistencia contra las fuerzas que buscaban imponer un orden social y cultural.

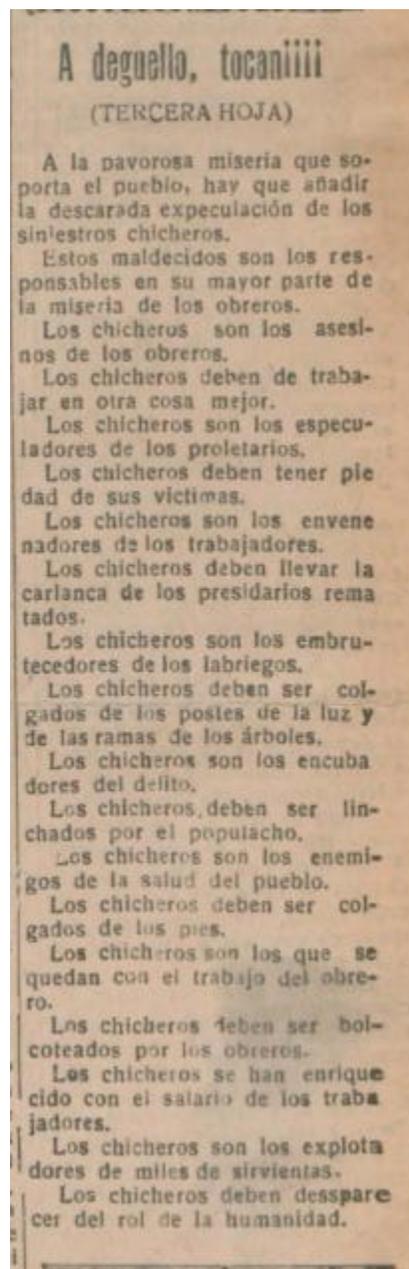
Las chicherías se convirtieron en blanco de la vigilancia de autoridades civiles y eclesiásticas, no solo por razones de orden público y moral, sino también por ser percibidas como posibles focos de conspiraciones políticas. Para los sectores temperantes o abstemios y las élites de la sociedad, la chicha no era simplemente una bebida tradicional, pues representaba una amenaza directa a la disciplina laboral y la productividad de los trabajadores. La percepción de la degeneración del pueblo, sumada a supuestos impactos económicos negativos, desencadenó una lucha encaminada a disciplinar la mano de obra y controlar el tiempo libre de los trabajadores. En este contexto, en donde también se experimentó la prohibición, las chicherías se transformaron en espacios de resistencia, donde se desafiaba abiertamente la imposición de los ritmos de trabajo y las formas de vida capitalistas.

La resistencia no solo era una negativa a aceptar las imposiciones de las élites; también se manifestaba como una forma de preservar las identidades de los sectores marginados. Estas chicherías, con su clientela diversa, emergieron como símbolos de solidaridad y organización.

La resistencia no solo representaba un rechazo a las imposiciones de las élites, sino también una manera de preservar las identidades de los sectores marginados. Estas chicherías, con su diversa clientela, se erigieron como símbolos de solidaridad y organización, donde diferentes estratos sociales se unían en la celebración de una bebida que, lejos de ser simplemente alcohólica, se convertía en el elixir de la resistencia contra las fuerzas que buscaban imponer un orden social y cultural.

Sin embargo, las tensiones internas también eran evidentes, como lo ilustra la campaña de denuncia emprendida por *El Socialista* en 1928 en contra de los chicheros, según lo señala Núñez (2006). Esto sugiere que, a pesar de su importancia como espacios de resistencia, las chicherías

generaban controversias y confrontaciones internas en la percepción del rol de estos establecimientos en la lucha sindical.



Tomado de: Tomado de: "El socialista" Jueves 29 de noviembre de 1928

https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/137952

En paralelo, el sindicalismo en Colombia experimentaba un proceso de consolidación y expansión durante las décadas de 1920 y 1930, fenómeno surgido en respuesta a cambios económicos y políticos, como la Sociedad de Artesanos de Bogotá en 1847. El movimiento

sindical tomó fuerza con el reconocimiento oficial de sindicatos, como el de Tipógrafos de Bogotá en 1906. Líderes destacados, entre ellos María Cano, Raúl Eduardo Mahecha e Ignacio Torres Giraldo, jugaron un papel crucial en la dirección de las principales huelgas y en la politización del movimiento obrero. (Urrutia 2016, pp. 146 - 147)

De la misma manera, el censo sindical de 1947 reveló un aumento significativo en la cantidad de sindicatos, llegando a existir un total de noventa y nueve para finales de la década de 1930, crecimiento que se asoció con la realización de las primeras huelgas y la matriculación del Movimiento Obrero Organizado en partidos políticos de izquierda, primero en el Socialista y luego en el Comunista. (Urrutia 2016, p. 84)

En suma, el sindicalismo en Colombia durante el periodo de entreguerras se entrelazó de manera significativa con la emergencia de las chicherías como puntos neurálgicos de resistencia y organización. Estos fenómenos marcaron una etapa crucial en la búsqueda de mejores condiciones laborales y transformaciones sociales en el país, contribuyendo a la configuración de la resistencia popular en la sociedad colombiana de la época.

4.2 Procesos migratorios y estabilidad de los asentamientos

El flujo migratorio hacia las ciudades colombianas ha sido un factor determinante en la configuración y estabilidad de los asentamientos urbanos a lo largo del tiempo. Este fenómeno plantea la necesidad de analizar, tal como destaca la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) en 2013, si los procesos migratorios llevan a una integración permanente o son de carácter temporal. Comprender esta dinámica es crucial para evaluar cómo la migración afecta la estabilidad de los asentamientos urbanos y, en consecuencia, influye en el desarrollo económico y social del país.

En este sentido, el análisis de los patrones migratorios puede revelar si los migrantes logran integrarse plenamente en la vida urbana o si, por el contrario, enfrentan barreras que dificultan su asentamiento definitivo. Factores como el acceso al empleo, la vivienda, los servicios públicos y las redes de apoyo comunitario juegan un papel fundamental en la estabilidad de estos grupos. Una integración efectiva no solo mejora la calidad de vida de los migrantes, sino que también contribuye a la cohesión social y al crecimiento económico de las ciudades receptoras.

Como resultado de este proceso de migración se puede evidenciar la relación entre la marginalidad y el vagabundeo en la Bogotá de la primera mitad del siglo XX fue compleja y multifacética. Las políticas públicas y el contexto socioeconómico transformaron las dinámicas de la vagancia, entrelazando las experiencias individuales de quienes vivieron al margen de la sociedad y el discurso oficial sobre la pobreza y la marginalidad.

En el contexto de Bogotá, el Estado implementó políticas que, lejos de abordar de manera efectiva la problemática de la pobreza, contribuyeron a la estigmatización de los sectores populares. Albán (2009) argumenta que la construcción de la figura del "vagabundo" se vio alimentada por un imaginario social que asociaba la pobreza con el desarraigo y la criminalidad. Esta imagen negativa facilitó la aplicación de políticas represivas y excluyentes que no solo buscaban erradicar la vagancia, sino que también pretendían despojar a estos individuos de sus derechos y dignidad.

La figura del vagabundo, tal como se construyó en el discurso público, era emblemática de una sociedad que temía y marginaba a aquellos que no se ajustaban a los moldes de la respetabilidad social. Para Cardeño (2007), en esta época la pobreza era percibida como un fenómeno que debía ser controlado y corregido, en lugar de ser entendido como una cuestión estructural que requería una intervención social más profunda. Este enfoque contribuyó a crear una narrativa en la que los vagabundos eran vistos como una amenaza para el orden público, reforzando la estigmatización y la exclusión social.

A medida que la ciudad crecía y se modernizaba, las tensiones entre el desarrollo urbano y la marginalidad se hicieron más evidentes. La expansión de la ciudad y la llegada de nuevos migrantes crearon las condiciones de posibilidad para la proliferación de asentamientos informales, donde la falta de oportunidades laborales y el acceso limitado a servicios básicos empujaron a muchos a la vagancia. Según Leibovich (1996), el aumento de la pobreza urbana estuvo acompañado por una fragmentación del tejido social, exacerbando las condiciones de vida de aquellos que se encontraban en situación de vulnerabilidad.

Bolívar et al. (2006) sostienen que la modernización de Bogotá, promovida por políticas urbanas y de desarrollo, impactó profundamente en las dinámicas de inclusión y exclusión social, consolidando una segregación espacial que benefició a sectores privilegiados y relegó a otros a condiciones de marginalidad. La transformación del espacio urbano no solo afectó a quienes vivían

en situación de vagancia, sino que también generó desconfianza y rivalidad entre diferentes grupos sociales, creando tensiones que persistirían a lo largo del tiempo.

A la luz de lo propuesto por Balibar (2013), estas dinámicas pueden interpretarse como una restricción en el acceso al “derecho a los derechos” de estos sectores. Este concepto, ampliado más allá de la idea original de Arendt, enfatiza no solo el derecho de pertenencia a una comunidad política como el Estado-nación, sino la capacidad activa de reivindicar derechos en el espacio público. En este sentido, quienes fueron excluidos de los beneficios de la modernización urbana en Bogotá también fueron, en gran medida, excluidos del derecho a luchar por sus derechos en espacios donde el poder constituyente, es decir, la capacidad de intervenir en la configuración de la vida pública y el espacio urbano, fue usurpado por quienes controlaban el desarrollo de la ciudad. (p. 109)

La situación de estos sectores, por lo tanto, se convierte en un reflejo de cómo el proceso de modernización urbana se estructuró alrededor de una visión excluyente que privilegió ciertos intereses y relegó a otros. En este contexto, las políticas urbanas se erigieron no solo como formas de organización espacial, sino como mecanismos para limitar la agencia política y social de aquellos marginados por el mismo desarrollo urbano, marcando una frontera entre quienes tenían el derecho a reclamar y quienes, por su exclusión, carecían de la posibilidad efectiva de hacer valer sus derechos.

El contexto político de la época, caracterizado por la inestabilidad y la violencia, también desempeñó un papel crucial en la construcción de la vagancia como un fenómeno social. La violencia política y el desplazamiento forzado resultante de la confrontación armada contribuyeron a la desintegración de familias y comunidades, arrojando a muchos a la calle y aumentando la población en situación de calle. En este sentido, las políticas de control social que buscaban erradicar la vagancia fueron, en muchos casos, una respuesta a las crisis políticas y sociales que afectaban a la ciudad. (Vega Cantor 2002 p. 80)

Asimismo, el estudio de la vagancia en Bogotá debe considerar la intersección de diversas dimensiones sociales, como el género y la raza. Los hombres y mujeres en situación de vagancia enfrentaron experiencias diferentes debido a las expectativas sociales y los roles de género asignados por la sociedad. Mientras que los hombres a menudo eran percibidos como delincuentes potenciales, las mujeres eran vistas bajo la lente del riesgo de la explotación sexual y la maternidad.

Esta dualidad en la percepción de la vagancia refleja las tensiones y contradicciones inherentes a las construcciones sociales de género en la época (Albán, 2009).

Por otro lado, la vulnerabilidad económica de las familias también fue un factor determinante en la situación de vagancia. La falta de oportunidades laborales, unida a la inestabilidad económica, empujó a muchas personas a la calle. Según Bolívar et al. (2006), el desempleo y la precariedad laboral fueron realidades que afectaron a un número creciente de habitantes de Bogotá, quienes se vieron obligados a buscar alternativas en el espacio público, alimentando así el fenómeno de la vagancia.

Las políticas de "limpieza" social implementadas por el Estado también merecen ser examinadas. Estas políticas, que buscaban erradicar la vagancia mediante la represión y el control, a menudo resultaron en la criminalización de la pobreza. Cardeño (2007) indica que estas medidas reflejaban una visión limitada de la realidad social, que consideraba la vagancia como un problema individual en lugar de un fenómeno estructural que requería soluciones integrales. La criminalización de la vagancia no solo perpetuó el ciclo de pobreza, sino que también aisló a los individuos de las redes de apoyo comunitario.

La construcción social del vagabundeo en Bogotá estuvo marcada por un enfoque que priorizaba la seguridad y el control sobre el bienestar social. Albán (2009) resalta que las políticas implementadas por las autoridades se centraron en la represión y la marginalización, dejando de lado la posibilidad de generar espacios de inclusión y apoyo. Esto resultó en un estigma social que perdura hasta hoy, donde quienes se encuentran en situación de vagancia son frecuentemente vistos como parásitos de la sociedad, en lugar de ser reconocidos como víctimas de un sistema que falla en proporcionar oportunidades y recursos.

El legado de estas políticas se refleja en la manera en que se aborda hoy la cuestión de la vagancia y la exclusión social en Bogotá. Las narrativas sobre la pobreza y la marginalidad han evolucionado, pero los ecos de la estigmatización y el control continúan presentes. A medida que la ciudad enfrenta nuevos desafíos, es fundamental reflexionar sobre las lecciones del pasado y trabajar hacia una comprensión más holística de la vagancia que contemple las complejidades sociales, económicas y políticas que la rodean.

4.3 Mecanismos de resistencia

En el contexto de las transformaciones socioeconómicas y urbanas que marcaron las primeras décadas del siglo XX, los obreros, buhoneros y vagabundos se vieron obligados a adoptar diversas estrategias de resistencia para enfrentar las condiciones adversas que surgieron tanto con los procesos de modernización e industrialización de las ciudades como del capitalismo emergente. La urbanización acelerada, impulsada por el desarrollo del capitalismo y la expansión de las obras públicas, provocó un notable flujo migratorio desde las zonas rurales hacia los centros urbanos, lo que tuvo profundas implicaciones para estos grupos.

Vega (2002) señala que la expansión del capitalismo en las ciudades atrajo a campesinos, peones, colonos, aparceros y terrazgueros en busca de trabajo asalariado y nuevas oportunidades que se ofrecían fuera de las haciendas y la campiña rural. Este fenómeno generó luchas y formas de resistencia dentro de las haciendas, las cuales se extendieron a diversas regiones del país durante las décadas de 1920 y 1930. Estas luchas se concentraron principalmente en cuestionar las formas de trabajo precapitalistas imperantes en las haciendas y posteriormente reivindicaron la propiedad de la tierra, desafiando la existencia de las haciendas y contribuyendo a la configuración de nuevas dinámicas sociales y económicas en las ciudades (Vega, 2002, p. 101).

La migración masiva de estos grupos hacia las ciudades los enfrentó a nuevas realidades, marcadas por la falta de infraestructura adecuada y la explotación laboral. En este contexto, tanto los obreros como los buhoneros desarrollaron formas de resistencia que les permitieron enfrentar y adaptarse a las condiciones adversas impuestas por la urbanización y el capitalismo. La creación de redes de apoyo y la búsqueda de soluciones colectivas se convirtieron en herramientas cruciales para estos grupos en su lucha por mejorar sus condiciones de vida y trabajo.

Para los buhoneros, la situación era igualmente desafiante. También ellos desarrollaron formas de resistencia que les permitieron adaptarse a su entorno. La creación de redes informales de apoyo entre buhoneros y la organización de protestas contra las restricciones impuestas por las autoridades locales fueron estrategias clave en su resistencia. Estos grupos utilizaron su conocimiento de los mercados locales y su habilidad para negociar con las autoridades para encontrar formas de sobrevivir y mantener sus medios de vida en un contexto urbano cambiante.

Por su parte, los vagabundos también enfrentaron duras condiciones de vida en las ciudades en expansión. A menudo marginados y excluidos de los beneficios del desarrollo urbano, formaron redes de apoyo entre sí y buscaron formas de resistencia a través de la autoorganización, concentrándose alrededor de centros y lugares reconocidos como marginales. Las formas de resistencia de los vagabundos incluyeron la ocupación de espacios públicos y la creación de comunidades informales que les proporcionaban un sentido de pertenencia y apoyo mutuo en un entorno hostil, como también la apropiación de lugares.

El legado de la migración campesina y su influencia en las formas de resistencia de la naciente clase obrera también es significativo. Saade Granados (2020) subraya que uno de los elementos centrales de la vida campesina y su resistencia histórica es la lucha por la autonomía, tanto de la familia como de la comunidad. Esta resistencia a la desaparición y la lucha por la autonomía se manifestaron en la forma en que los campesinos migrantes trasladaron sus prácticas culturales y formas de organización a las ciudades. Estas prácticas no solo contribuyeron a la formación de nuevas identidades colectivas, sino que también influyeron en las formas de resistencia de los trabajadores urbanos, quienes adoptaron mecanismos de lucha inspirados en sus experiencias previas en el campo (Saade Granados, 2020, p. 32).

La resistencia de los campesinos migrantes se materializó en su cotidianidad a través de prácticas culturales, organización comunitaria y relaciones de compadrazgo. Estas prácticas culturales facilitaron la formación de redes de apoyo y la creación de espacios de resistencia dentro de las ciudades (Saade Granados, 2020, p. 151). Así, los campesinos migrantes no solo se adaptaron a su nuevo entorno urbano, sino que también influyeron en las formas de resistencia de los grupos urbanos al incorporar sus prácticas y valores en sus nuevas formas de organización social y económica.

Además, el cambio en la organización y la lucha de los trabajadores también refleja la adaptación de la clase obrera a las nuevas realidades urbanas. Según Vega (2002), los trabajadores antes de la década de 1920 eran predominantemente artesanos que habían desarrollado sus propias formas de organización y protesta. Sin embargo, con la expansión del capitalismo y la aparición de nuevas industrias, estas formas tradicionales de resistencia resultaron inadecuadas. La naciente clase obrera, particularmente en el sector de transportes, adoptó nuevos mecanismos de lucha para hacer frente a las condiciones cambiantes (Vega, 2002, p. 208).

En resumen, las estrategias de resistencia adoptadas por obreros, buhoneros y vagabundos durante las primeras décadas del siglo XX reflejan una adaptación significativa a las transformaciones socioeconómicas y urbanas. La creación de redes de apoyo, la autoorganización y la búsqueda de soluciones colectivas fueron cruciales para enfrentar las adversidades y desafíos impuestos por la urbanización y el capitalismo emergente. Estos grupos no solo respondieron a las presiones externas, sino que también contribuyeron a la configuración de nuevas dinámicas urbanas y sociales, demostrando una notable capacidad de adaptación y resistencia en un contexto en constante cambio.

4.4 Integración y permanencia

El análisis de la integración urbana de los grupos estudiados y la permanencia de sus asentamientos en Bogotá revela una compleja interacción entre las transformaciones urbanas y sociales y las dinámicas de marginalización y adaptación. Este apartado se centra en evaluar cómo las modificaciones en el paisaje urbano y las políticas de planificación influyeron en la integración de estos grupos y en la permanencia de sus asentamientos, así como en determinar si dichas transformaciones facilitaron una integración sostenible o perpetuaron su marginalización.

Desde finales del siglo XIX, Bogotá, como muchas ciudades latinoamericanas, comenzó a experimentar un crecimiento urbano acelerado e informal, que tuvo como escenario principal las zonas periféricas del Centro Histórico. La expansión de la ciudad, hacia áreas que anteriormente eran rurales, fue impulsada en gran parte por la migración de trabajadores y obreros, quienes se asentaron en zonas marginales debido a la falta de políticas de vivienda que atendieran la demanda de esta población. Este fenómeno dio lugar a asentamientos precarios en sectores como el Paseo Bolívar, donde convergían obreros, buhoneros y personas en situación de vagancia (Murcia et al., 2023, p. 14). Estos asentamientos reflejaban las deficiencias de las políticas urbanas para abordar el creciente número de habitantes que llegaban a la ciudad en busca de trabajo y oportunidades.

A medida que Bogotá crecía, el suroriente de la ciudad, por las características de sus suelos y la instalación de fábricas de productos de gres y ladrillo, se transformó en un sector industrial que atraía a numerosos trabajadores y empresarios. Según Cifuentes (2018), lugares como el barrio San Cristóbal se formaron gracias al establecimiento de chircales y fábricas como Ladrillos Calvo y Tubos Moore, que empleaban a una población variada, desde empresarios hasta obreros y

trabajadores agrícolas (p. 195). La presencia de esta industria artesanal y fabril no solo generó empleo, sino que también consolidó el poblamiento de esta zona, atrayendo a quienes buscaban mejores condiciones de vida o un entorno más saludable que el congestionado centro de la ciudad.

La integración de estos asentamientos a la estructura formal de Bogotá fue un proceso gradual y en ocasiones forzado. En el contexto de las primeras décadas del siglo XX, las autoridades tomaron medidas para reubicar a algunas poblaciones hacia nuevos barrios con infraestructuras mejoradas, como el barrio Centenario, con el objetivo de ofrecer una alternativa de vivienda a los obreros y vendedores ambulantes que habían creado asentamientos informales (Murcia et al., 2023, p. 14). Así surgieron barrios obreros como La Perseverancia, Villa Javier, La María y Acevedo Tejada, que se convirtieron en espacios donde los trabajadores podían establecerse de manera más estable y donde se fortalecía una identidad de clase. Estos barrios, construidos para albergar a quienes migraban a la ciudad en busca de trabajo, contribuyeron a la consolidación de un tejido urbano que reflejaba la creciente urbanización y diversificación económica de Bogotá.

Por otro lado, como apunta Cerdeño (2007), el proceso de crecimiento urbano en torno al centro también implicó una reconfiguración en la economía de la ciudad, que generó nuevas fuentes de empleo en sectores como el almacenamiento y distribución de alimentos y mercancías. Este desarrollo generó una centralidad en torno a la que convergían habitantes de diversos estratos y ocupaciones, incluyendo a buhoneros y vendedores ambulantes, quienes encontraron en esta zona oportunidades de subsistencia. Sin embargo, la alta concentración de la propiedad del suelo en esta área limitaba el crecimiento físico de la ciudad, lo que condujo a un aumento en el hacinamiento en las viviendas del centro, muchas de las cuales eran subdivisiones de antiguas estructuras coloniales donde varias familias compartían espacios mínimos que servían a la vez como dormitorio, cocina y espacio de trabajo (p. 104-105).

A pesar de los esfuerzos por integrar los barrios obreros a la ciudad, esta integración fue todo menos fluida, enfrentando numerosas situaciones. La expansión hacia el suroriente y las zonas aledañas a fuentes hídricas como el río San Francisco y el río Bogotá evidenció un patrón de crecimiento impulsado por la urgencia de resolver la necesidad de vivienda, pero que derivó en la consolidación de áreas con infraestructura insuficiente y una limitada planificación urbana (Murcia et al., 2023, p. 14). Este proceso se produjo en paralelo a la creación de barrios residenciales con

marcados rasgos higienistas y estilos arquitectónicos homogéneos, que buscaban reflejar una primacía social y separarse de las áreas públicas mediante zonas verdes y espacios privados bien diferenciados, especialmente diseñados para promover la salud y la intimidad familiar (Cerdeño, 2007, p. 43).

Por otro lado, la autoconstrucción y la urbanización informal se convirtieron en las principales formas de expansión en áreas como Ciudad Bolívar, Usme, Tunjuelito, Rafael Uribe, San Cristóbal, Bosa, y en sectores del occidente de la ciudad como Kennedy, Engativá, Fontibón y Suba. Estas zonas crecieron de manera espontánea, con viviendas construidas por sus habitantes sobre terrenos periféricos, lo cual originó más de una tercera parte del tejido urbano actual (Murcia et al., 2023, p. 16). Este fenómeno reflejó tanto una respuesta autónoma de las clases populares frente a las restricciones del mercado formal como una resistencia a las formas de urbanización tradicionales, buscando soluciones de vivienda autoorganizadas. Sin embargo, esta modalidad revelaba una carencia de planificación y recursos adecuados, y a menudo comprometía la calidad de vida al no contar con los servicios básicos necesarios.

Las características de estos barrios obreros eran heterogéneas, aunque compartían elementos comunes: construcciones adosadas, sin antejardines ni arborización, y con calles estrechas. La edificación dependía de la capacidad económica de cada propietario, lo que daba lugar a un paisaje urbano donde la funcionalidad prevalecía sobre la estética (Cerdeño, 2007, p. 43). En contraposición a los modelos de zonificación industrial-capitalista propuestos en ciudades europeas, que planteaban una distribución equitativa de servicios, Bogotá presentaba un marcado contraste entre sus barrios obreros y residenciales, donde los primeros quedaban excluidos de las ventajas de la infraestructura urbana planificada (Acebedo, 2006, p. 64).

La vida en estos barrios autoconstruidos además de intensa y dinámica, es caracterizada por una relación fundamental con el espacio público y una fuerte presencia de actividades comunitarias (Murcia et al., 2023, p. 24-25). En estos barrios, los obreros, buhoneros y vagabundos encontraron un sentido de pertenencia y comunidad que les permitió resistir las adversidades de la vida urbana. Sin embargo, el urbanismo racionalista que predominó en otros sectores de la ciudad, con su enfoque en bloques de vivienda masiva y la minimización del espacio público, contrastó con la vitalidad y sentido urbano de los barrios populares. En lugar de seguir las pautas de este urbanismo, los barrios populares conservaron elementos vitales del tejido urbano, como plazas,

mercados, paraderos y canchas, que facilitaron una forma de vida comunal y la preservación de la identidad barrial.

La perpetuación de la marginalización en estos sectores subraya la complejidad de la integración urbana. Aunque la ciudad implementó medidas para controlar el crecimiento informal y reubicar a las poblaciones de bajos ingresos, estas acciones no siempre llevaron a una integración efectiva ni a la mejora de las condiciones de vida. La estigmatización y la exclusión social continúan siendo desafíos persistentes, exacerbados por la falta de planificación adecuada y la falta de atención a las necesidades de las comunidades en crecimiento.

En conclusión, la integración urbana de los grupos obreros, buhoneros y vagabundos en Bogotá ha estado marcada por una compleja interacción entre las transformaciones urbanas, las políticas de planificación y las dinámicas de marginalización. Si bien se realizaron esfuerzos significativos para incorporar estos grupos a la ciudad formal y mejorar sus condiciones de vida, los desafíos persistentes en términos de infraestructura, servicios básicos y estigmatización han demostrado que la integración no siempre ha sido sostenible. La comprensión de estas dinámicas es crucial para abordar las cuestiones de marginalización y exclusión en el contexto de la expansión urbana y para desarrollar políticas que promuevan una integración urbana más equitativa y efectiva.

Conclusiones

A partir de los elementos y procesos trabajados en este capítulo centrado en las dinámicas sociales en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX se revela la complejidad de los procesos migratorios de obreros, buhoneros y vagabundos en la ciudad, así como la importancia de factores socioeconómicos, urbanos y políticos en la estabilidad de los asentamientos de estos grupos marginados. A lo largo de este análisis, se ha podido observar cómo la identidad política, la organización comunitaria y la solidaridad jugaron un papel fundamental en la capacidad de estas comunidades para adaptarse y resistir a las transformaciones sociales y urbanas que caracterizaron este período histórico.

En primer lugar, es crucial destacar que los migrantes en Bogotá se enfrentaron a realidades diversas y desiguales en términos de integración, pues mientras algunos lograron establecerse de manera independiente y contribuir al desarrollo económico de la ciudad, muchos otros quedaron

relegados a situaciones precarias y marginales. La antigüedad y la estabilidad en un lugar surgieron como factores determinantes en la percepción de los migrantes como miembros establecidos de la sociedad o simples transeúntes, lo que evidencia la existencia de prejuicios arraigados y estructuras de poder desiguales que perpetuaron la marginalización de ciertos grupos.

En este sentido, la identidad política se erigió como un elemento clave en la capacidad de resistencia y adaptación de los grupos estudiados, así, durante el período analizado, se observó una creciente influencia de las ideas socialistas en la escena política nacional, lo que permeó a las comunidades estudiadas y les brindó herramientas para organizarse y responder a las transformaciones sociales y urbanas. La formación de nexos políticos y sociales, así como la adopción de estrategias de solidaridad y organización, fueron fundamentales para la estabilidad de los asentamientos en un contexto urbano cambiante.

Por otro lado, los factores socioeconómicos y urbanos también desempeñaron un papel crucial en la permanencia de los grupos y gremios estudiados en Bogotá, de modo que, la transición del capitalismo comercial al industrial influyó en la configuración de la ciudad, creando núcleos industriales que demandaban mano de obra y vivienda cercana. Asimismo, las políticas gubernamentales, especialmente en respuesta a crisis económicas, tuvieron repercusiones significativas en la estructura social y económica de la ciudad, contribuyendo a la reconfiguración de la clase propietaria, la expansión urbana y la creación de nuevos barrios.

En cuanto a las estrategias de resistencia adoptadas por los grupos estudiados, se evidenció cómo la creación de redes de apoyo y la búsqueda de soluciones colectivas les permitieron hacer frente a las condiciones adversas del entorno urbano. Dinámicas de solidaridad y organización fueron fundamentales para la adaptación de las comunidades marginadas a un entorno en constante cambio, demostrando su capacidad de resistencia y su voluntad de mantenerse en la ciudad a pesar de las dificultades.

Las transformaciones sociales y urbanas afectaron de manera diferencial a comunidades marginadas en entornos urbanos dinámicos. Este análisis ha puesto de manifiesto la necesidad de promover políticas públicas inclusivas que aborden las desigualdades estructurales y fomenten la organización y la solidaridad como herramientas para fortalecer la estabilidad y la permanencia de estos grupos en la ciudad de Bogotá. Asimismo, se destaca la importancia de seguir investigando en este campo para profundizar en el impacto de las dinámicas sociales y urbanas en la vida de las

comunidades marginadas y para proponer acciones concretas que contribuyan a su bienestar y desarrollo.

En suma, este análisis ha permitido comprender la complejidad de las dinámicas sociales en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX, resaltando la importancia de la identidad política, la organización comunitaria y la solidaridad como pilares fundamentales para la estabilidad y la resistencia de los grupos marginados en un contexto urbano cambiante. A través de un estudio detallado de los procesos migratorios, los factores socioeconómicos y urbanos y las estrategias de resistencia adoptadas, se ha podido arrojar luz sobre las experiencias de obreros, buhoneros y vagabundos en la ciudad, ofreciendo perspectivas valiosas para comprender y abordar las desigualdades y exclusiones presentes en la sociedad bogotana durante este período histórico.

La integración de los diferentes grupos y agremiaciones estudiadas a lo largo del capítulo se puede evidenciar en la organización actual de los barrios de Bogotá, cuya estructura refleja un sincretismo histórico que, en ocasiones, reivindica su origen. Estos barrios, surgidos a partir de las luchas y resistencias de obreros, buhoneros y vagabundos, no solo representan un legado tangible de su historia, sino que también continúan siendo espacios donde se manifiestan las dinámicas de solidaridad y apoyo comunitario que fueron cruciales para su formación y desarrollo. La materialización de este sincretismo histórico en la organización urbana de la ciudad destaca la resiliencia y la capacidad de adaptación de estos grupos ante las transformaciones sociales y económicas, reafirmando su papel en la construcción del tejido urbano de Bogotá.

4. Conclusiones generales

Esta tesis demuestra cómo el fenómeno de la migración campo-ciudad en Bogotá, entre 1900 y 1948, no solo provocó su crecimiento demográfico, sino que fue crucial en la reconfiguración de su estructura social. Los flujos migratorios hacia la capital, impulsados tanto por factores económicos como por conflictos políticos, dieron lugar a la formación de una clase trabajadora urbana que transformó la vida y las dinámicas sociales de Bogotá. Este proceso, reflejo de una tendencia común en América Latina, muestra cómo las capitales de la región absorbieron mano de obra rural, consolidándose como centros de crecimiento industrial y modernización. En Bogotá, la industrialización incipiente y el modelo de sustitución de importaciones ofrecieron a

los migrantes un espacio para integrarse a la economía urbana, aunque con desafíos significativos. En este contexto, los migrantes se consolidaron como actores económicos clave, adaptándose a las nuevas condiciones urbanas y formando comunidades que dieron forma a barrios populares y zonas marginales, los cuales, a su vez, organizaron una estructura social urbana y estratificada.

La investigación destaca, además, que los obreros, buhoneros y vagabundos no fueron simples receptores pasivos en este contexto urbano; cada grupo adoptó sus propias estrategias para enfrentar y adaptarse a las condiciones adversas de la ciudad. La adaptación y resistencia ante la marginación que experimentaron se refleja en las redes de solidaridad y apoyo mutuo que estos migrantes formaron. Barrios como La Perseverancia, Villa Javier y Ricaurte fueron espacios donde estas redes se consolidaron, permitiendo la reproducción de prácticas culturales provenientes del campo en la ciudad. En esta simbiosis de valores rurales y dinámicas urbanas, los migrantes crearon un entramado social que les permitió sobrevivir y resistir, construyendo una vida urbana propia al margen de las políticas excluyentes de la época. Así, cada grupo fue capaz de adaptarse al entorno y desafiar las adversidades, transformándose en un actor activo que influyó en el desarrollo y crecimiento de la ciudad.

Uno de los aportes más significativos es el análisis del comercio informal, representado en la figura de los buhoneros y los vendedores ambulantes, como una vía de subsistencia y movilidad social. Estos migrantes, que no lograron integrarse al mercado laboral formal, encontraron en el comercio informal una actividad económica alternativa que no solo les proporcionó independencia relativa, sino que también estableció un sistema económico paralelo que servía a la población migrante y a los sectores populares urbanos. Sin embargo, las élites y las autoridades de la época veían esta actividad como una amenaza para el orden urbano y la higiene de la ciudad, por lo que adoptaron medidas de represión y control. Al revalorizar este aspecto, la investigación permite cuestionar estas percepciones estigmatizantes y resalta cómo estos actores populares crearon sistemas de subsistencia que no solo respondían a sus necesidades, sino que también enriquecieron la economía urbana y su dinámica. En lugar de ser percibidos únicamente como un problema, estos actores sociales demostraron ser ejemplos de adaptación y agencia frente a un sistema que les negaba oportunidades formales.

Por otro lado, la tesis revela la relación problemática entre las políticas públicas de la época y las condiciones de exclusión e inclusión social de los migrantes. El Estado y la Iglesia Católica, en su intento de gestionar la “cuestión social” que representaban estos grupos migrantes, adoptaron posturas paternalistas, que en lugar de facilitar la integración, profundizaron su marginación. La falta de una infraestructura adecuada, así como la limitada intervención estatal en la mejora de las condiciones de vivienda, relegaron a los migrantes a barrios marginales sin servicios básicos. Estas políticas, lejos de fomentar una integración inclusiva, contribuyeron a la creación de espacios urbanos segregados que limitaron el acceso de estos grupos a una vida urbana digna. Sin embargo, y a pesar de estos obstáculos, los migrantes construyeron comunidades resilientes en estos espacios de exclusión, desarrollando una identidad urbana propia y transformando barrios marginales en centros de resistencia y cohesión social. Así, la investigación aporta una visión sobre la relación entre el Estado y los sectores populares, y destaca cómo estos últimos lograron construir redes de autonomía y agencia en la periferia de la ciudad.

Finalmente, se abren nuevas líneas de estudio en torno a los legados de estas dinámicas sociales en la segunda mitad del siglo XX. La continuidad de los barrios populares creados durante este periodo plantea interrogantes sobre cómo estos espacios han evolucionado y resistido las políticas de modernización, urbanismo y seguridad en las décadas siguientes. Profundizar en este tema permitirá comprender mejor las transformaciones sociales de Bogotá y sus desafíos actuales en términos de inclusión urbana y desarrollo. Asimismo, surge una línea de investigación en torno a la cuestión de género en la migración urbana. Las mujeres migrantes, en su mayoría madres solteras o viudas de guerra, jugaron un papel fundamental en la economía informal y en la construcción de redes de cuidado y solidaridad. Explorar esta dimensión revelaría aspectos esenciales sobre los sistemas de apoyo comunitario y las estrategias de resistencia que se desarrollaron en un contexto de marginalidad y exclusión.

Esta reflexión invita a futuros investigadores a profundizar en los temas de identidad, resistencia y segregación en los espacios urbanos, ya que el fenómeno de la migración y la conformación de clases urbanas marginales no son solo temas del pasado, sino problemas que continúan impactando la estructura y la organización social de las ciudades latinoamericanas en la actualidad.

5. Bibliografía

- Acebedo Restrepo, L. F. (2006). *Las industrias en el proceso de expansión de Bogotá hacia el occidente*. Bogotá D.C.: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Artes.
- Agudelo Cano, M. F. (2014). Participación política del sindicalismo colombiano. Un estudio introductorio. *Desafíos*, 26(1), 267-296.
- Alape, A. (1989). El 9 de abril, asesinato de una esperanza. En Á. Tirado, *NHC - Nueva Historia de Colombia II Historia Política 1946 - 1986* (págs. 33-56). Bogotá D.C. : Planeta.
- Albán Conto, M. C. (2009). *La cultura del trabajo en Colombia: criterios de vinculación, búsqueda de empleo, promoción y despido de personal en la sociedad premoderna*. HAOL, Núm. 18, 41 - 50.
- Álvarez, A. (2012). *Los niños de la calle: Bogotá 1900-1950* en Historia de la educación en Bogotá. Tomo 2, Bogotá D.C., Ed. Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico, IDEP
- Arango, S. (1989). *Historia de la arquitectura en Colombia*. Ediciones Universidad Nacional. Bogotá D.C.
- Ansaldi, W. y Giordano, V. (2012), *América Latina. La construcción del orden*, Buenos Aires, Ariel.
- Archila, M. (1992). *Cultura e identidad obrera. Colombia, 1910-1945*. Bogotá D.C.: CINEP.
- Balibar, É. (2013), *Ciudadanía*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora
- Bejarano, J. (1950). *La Derrota de Un Vicio: Origen e Historia de La Chicha*. Bogotá D.C.: Iqueima.
- Bejarano, J. (16 de Noviembre de 2023). *LEY 34 DE 1948*. Obtenido de Sistema Único de Información Normativa: <https://suin-juriscal.gov.co/viewDocument.asp?ruta=Leyes/1590419>
- Bejarano, J. A. (1975). El fin de la economía exportadora y los orígenes del problema agrario (II). *Cuadernos Colombianos N°7*, 363-428.
- Bejarano, J. A. (1989). La economía colombiana entre 1922 y 1928. En B. Tovar Zambrano, C. E. Posada, J. J. Echavarría Soto, J. F. Gaviria Gutiérrez, G. E. Perry Rubio, J. A. Ocampo Gaviria, . . . J. O. Rueda Plata, *Nueva Historia de Colombia: V Economía, café e industria* (pág. 400). Bogotá D.C. : Planeta.
- Biernat, C. y Ramacciotti, K. (2012), "Preguntas y herramientas para el análisis de las políticas sociales" en: Carolina Biernat y Karina Ramacciotti, *Políticas sociales entre demandas y resistencias, Argentina, 1930-1970*, Buenos Aires, Biblos, pp. 9-36.
- Boccara, G. (. (2002). *Colonización, resistencia y mestizaje en las Américas (Siglos XVI - XX)*. Abya - Yala.
- Bogotá Trágico. (1919). *Bogotá Cómicó, Semanario Ilustrado*, 6-8.

- Borda, O. F. (1975). *Historia de la Cuestión Agraria en Colombia*. Bogotá D.C.: Publicaciones de la rosca.
- Calvo, O. y. Saade, M. (2002). *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología social y profilaxis*. Bogotá D.C.: Ministerio de Cultura.
- Campuzano, M., & Llano, M. C. (2014). Una bebida fermentada a través de la Historia. *Memoria Y Sociedad*, 1(1), 27–48. Recuperado a partir de <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/memoysociedad/article/view/7583>
- Carbonell Higuera, C. M. (2010). El sector de San Victorino en los procesos de reconfiguración urbana de Bogotá (1598-1998). *Cuadernos de Vivienda y Urbanismo*, vol. 3, núm. 6, julio-diciembre, 220-245.
- Carbonell Higuera, C. M. (2011). El reordenamiento del espacio urbano en el sector de San Victorino y Santa Inés (Bogotá) en relación con las dinámicas de informalidad y marginalidad (1948-2010). *Territorios 24*, 131-163.
- Carbonetti, A. (2009) Historia de una epidemia olvidada La pandemia de gripe española en la argentina, 1918-1919, *Desacatos*, núm. 32, enero-abril 2010, pp. 159-174
- Cárdenas, Y. (2012) *Chinos y gamines: imágenes de los habitantes pobres de Bogotá en la primera mitad del siglo XX*. Pro-Posições. 2012. Vol. 23(1):85-98.
- Cardeño Mejía, F. A. (2007). *Historia Del Desarrollo Urbano Del Centro De Bogotá (Localidad De Los Mártires)*. Bogotá: Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte-Observatorio de Culturas.
- Castañeda, A. y. (2007). *Hábitat y espacio público. El caso de los vendedores informales en el espacio público físico de Bogotá*. Bogotá D.C.: Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría de Gobierno, Instituto para la Economía Social, PNUD, ONU-Hábitat.
- Castel, R. (2008), *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?* Manantial, Buenos Aires.
- Castrillón, M. (2014). *Los niños de la minoridad y sus lugares de "reforma y corrección" en Colombia (1900-1930)*. *Sociedad y Economía*, (26), 41-64.
- Cifuentes, J. A. (2018). *Barrios obreros en Bogotá: San Cristóbal y la vivienda obrera, 1910-1940*. Bogotá D.C.: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Historia.
- Cifuentes, J. A. (2018). El tranvía de San Cristóbal y la urbanización del suroriente bogotano, 1900-1940. *tiempo&economía 5 (2)*, 135 - 153.
- Contraloría General de la República. (15 de 08 de 2023). *DANE*. Obtenido de Biblioteca Dane: https://biblioteca.dane.gov.co/media/libros/LD_771_1938_V_1.PDF
- De Nicolás, J. A. (2009). *Musarañas, Programa de intervención con niños de la calle*. Bogotá D.C.: Centro de Investigación sobre Niñez y Juventud Desprotegida, CINJD-IDIPR d Desprotegida, CINJD-IDIPRON.

- Duarte Castro, C., Montoya Carrizosa, L., & Aliaga Sáez, F. A. (2020). Migración interna en Colombia: entre la búsqueda de oportunidades y el desplazamiento forzado. En W. M. Ochoa, *Dimensiones de la migración en Colombia* (págs. 71 - 99). Bogotá D.C.: USTA.
- Fawcett, L. (1991). *Libaneses, palestinos y sirios en Colombia*. Barranquilla: CERES - Universidad del Norte.
- Flórez López, C. A. (2010). Identidades políticas del socialismo en Colombia. 1920-1925. *Opin. jurid. vol.9 no.17*, 167-191.
- Freidenraij, C. (2020) La niñez desviada. La tutela estatal de niños pobres, huérfanos y delincuentes. Buenos Aires, 1890-1919. Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Harvey, D. (2013) Ciudades rebeldes Del derecho de la ciudad a la revolución urbana. Madrid - España. Ediciones Akal S.A.
- Hernández (2007) *Drogodependencias: un enfoque de género y estratificación social*. INGURUAK.44, pp. 273 - 289
- Hobsbawm, E. (1983). *Marxismo e historia social*. Puebla: Instituto de Ciencias de la Universidad Autonoma de Puebla.
- Jimeno, M. (1995). Las mujeres indígenas: antagonismos y complementos. En M. Velasquez, *Las mujeres en la historia de Colombia TOMO II MUJERES Y SOCIEDAD* (págs. 11-30). Editorial Norma.
- Kalmanovitz, S. (2010). *Nueva historia económica de Colombia*. Bogotá D.C.: Taurus.
- LeGrand, C. (1988). Colonización y protesta campesina en Colombia 1850 - 1950. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia
- López, A. R. (2003). Empleados, mujeres de oficina y la construcción de las identidades de clase media en Bogotá, 1930-1950. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 30, 257-279.
- Maldonado, J. (2019). *Espacios para el tiempo libre y la cultura en Bogotá durante su cuarto centenario de fundación (1933-1938)*. Bogotá D.C. : Universidad Nacional de Colombia.
- Marroquín, J. M. (26 de Junio de 1902). Decreto Numero 48. *El Conservador*, pág. 2.
- Martínez, E. (2010). *HACIENDO COMUNIDAD, HACIENDO CIUDAD Los judios y la conformación del espacio urbano de Bogotá*. Bogotá D.C.: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes.
- Mayor Mora, A. (20 de Octubre de 2023). *El nacimiento de la industria colombiana*. Obtenido de Red Cultural del Banco de la República: <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-151/el-nacimiento-de-la-industria-colombiana>
- Melo, J. O. (1996). *Colombia Hoy*. Bogotá D.C: Presidencia de la República.
- Morris, I. (2010). *El Cartucho Del Barrio Santa Inés al Callejón de la Muerte*. Bogotá D.C.: Secretaria de Integración Social.

- Niño, C. M. (2023). *Bogotá hecha a mano. Barrios autoconstruidos, una gesta social y cultural*. Bogotá D.C.: INSTITUTO DISTRITAL DE PATRIMONIO CULTURAL.
- Niño, L. R. (2007). *La Perseverancia: barrio obrero de Bogotá*. Bogotá D.C. : Secretaría General - Unidad Imprenta Distrital.
- Núñez, L. Á. (2006). *El obrero ilustrado : prensa obrera y popular en Colombia (1909-1929)*. Bogotá D.C.: Uniandes.
- Ordúz, J. d. (19 de Abril de 1919). Los sucesos de la capital. *El Gladiador Semanario Político y de Variedades*, pág. 2.
- Rodríguez, Á. I. (2013). *Junta de habitación para obreros 1918-1927 caso barrio Primero de Mayo*. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/10554/15266>.
- Röthlisberger, E. (1963). *El Dorado : estampas de viaje y cultura de la Colombia suramericana*. Bogotá D.C.: PUBLICACIONES DEL BANCO DE LA REPUBLICA - ARCHIVO DE LA ECONOMIA NACIONAL.
- Ruíz, L. y. Cruz, E. (2011). *La Perseverancia, Barrio Obrero de Bogotá*. Bogotá D.C.: Instituto Distrital de Patrimonio Cultural.
- Saade Granados, M. (2020). *Conceptualización del campesinado en Colombia. Documento técnico para su*. Bogotá D.C. : Instituto Colombiano de Antropología e Historia - ICANH.
- Santa, E. (1998). *El Libro de los oficios de antaño*. Academia Colombiana de Historia.
- Sowell, D. (2006), *The Early Colombian Labor Movemen: Artisans and Politics in Bogotá, 1832 - 1919*, Philadelphia Ed. Temple University Press
- Suriano, J. (2000) *La cuestión social en Argentina: 1870-1943*. Buenos Aires. Ed. La Colmena.
- Thompson, E. (1966). *The Making of the English Working Class*. New York: Vintage Books.
- Tirado, Á. (1970). La tierra en Colombia. *Revista de la Dirección de Divulgación Cultural Universidad Nacional de Colombia (Dic)*, N° 7, 93-188.
- Tirado, Á. (1989). *Introducción a la historia económica de Colombia*. Bogota: El Ancora.
- Tirado, Á. (1995). La violencia en Colombia. *Historia y sociedad*, 2, 115-128.
- Torres Giraldo, I. (2009). *Los Inconformes. Historia de la rebeldía de las masas. Volúmen 2*. Cali: Editorial Latina - Universidad del Valle.
- Trujillo Gómez, S. (17 de Diciembre de 2023). *DECRETO 76 DE 1950*. Obtenido de Alcaldía de Bogotá: <https://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?dt=S&i=11418>
- Urrutia, M. (1980). EL DESARROLLO DEL MOVIMIENTO SINDICAL Y LA SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA. En J. J. Uribe, *Manual de Historia de Colombia V. 3* (págs. 179 - 245). Bogotá: Andes: Impresión.

- Urrutia, M. (2016). *Historia del sindicalismo en Colombia, 1850-2013*. Bogotá D.C.: Universidad de los Andes, Facultad de Economía, Ediciones Uniandes.
- Valero Martínez, M. (2013). Vendedores ambulantes: Viejos y nuevos actores en ciudad de fronteras: Caso San CristóbalVenezuela. *Aldea Mundo*, vol. 18, núm. 35, 59 - 72.
- Vega, R. (2002). *Gente muy rebelde 1. Enclaves, transportes y protestas obreras*. Bogotá D.C.: Pensamiento crítico.